

il programma comunista

periódico bimensual

Precio del ejemplar 1,50 FF — 15 FB — 150 Liras — 1 FS — 15 Pts
 Abono anual: 30 FF — 300 FB — 3.500 Liras — 18 FS — 300 Pts

programme communiste

revista teórica trimestral

Precio del ejemplar: 8 FF — 1.400 Liras — 40 Esc. — 80 Pts — £ 0.80 — \$ 1.50
 Abono anual: 32 FF — 5.600 Liras — 160 Esc. — 320 Pts — £ 3.20 — \$ 6.00

le prolétaire

periódico bimensual

Precio del ejemplar: 2 FF — 25 FB — 300 Liras — 1 FS — 20 Pts
 Abono anual: 40 FF — 500 FB — 6.000 Liras — 20 FS — 400 Pts

el programa comunista

revista teórica trimestral

Precio del ejemplar: 100 Pts — 10 FF — 5 DM — £ 1 — \$ 1.00 — A. Latina: \$ 0.75
 Abono anual: 400 Pts — 40 FF — 20 DM — £ 4 — \$ 4.00 — A. Latina: \$ 3.00

el comunista

periódico mensual

Precio del ejemplar: 15 Pts — 2 FF — 1.50 FS — 150 Liras — 20 FB — 1 DM
 Abono anual: 150 Pts — 20 FF — 15 FS — 1.500 Liras — 200 FB — 10 DM

el proletario

suplemento bimestral para América Latina de « el programa comunista »

Precio del ejemplar: 2 FF — 15 Pts — Colombia \$ 4 — EE.UU.: \$ 0.50 — México: 2 M/N
 Perú: 70 Soles — Venezuela: 0.50 Bols. — Abono anual: precio de 5 ejemplares

Publicación trimestral - Precio del ejemplar: 100 Pts - Francia: 10 FF - Alemania: 5 DM -
 Inglaterra: 1 £ - Holanda: 5 Fl - Bélgica: 100 FB - Italia: 1.000 Lir. - Portugal: 50 Esc. -
 Suiza: 5 FS - EE.UU.: \$ 1 - América Latina: el equivalente de \$ 0.75
 Abono anual: precio de 4 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- Asociacionismo obrero, frente proletario de lucha y partido revolucionario, hoy 1

El marxismo y la cuestión nacional y colonial

● Introducción	14
● Las revoluciones múltiples (1953)	17
● Presión « racial » del campesinado, presión de clase de los pueblos de color (1953)	19
● Factores de raza y de nación en la teoría marxista (1953)	31
● La lucha de clases y de estados en los pueblos de color, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista (1958) ..	37
● La cuestión nacional y colonial (1958)	46
● El ardiente despertar de los « pueblos de color » en la visión marxista (1960)	49

- Lecciones de las contrarrevoluciones (I) 60
- Nota de lectura: Pierre Franck manipula la historia .. 73

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Llorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución stalinista; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoral.

Asociacionismo obrero, frente proletario de lucha y partido revolucionario, hoy

Ya hace más de veinte años, y en particular en nuestras tesis sobre la cuestión rusa de 1957 (1), nuestro Partido había previsto puntualmente el desencadenamiento de la crisis económica internacional que habría de ocurrir hacia 1975. También es cierto que nuestra previsión de entonces se refería no solo a una crisis económica, sino a una crisis social y política, a una crisis revolucionaria. En varios escritos posteriores al 75, así como en nuestras reuniones generales, y siguiendo de este modo el ejemplo de Marx, Engels y Lenin, hemos defendido la necesidad de la previsión de la revolución, incluso viéndola más cercana de lo que en realidad pueda estarlo, como una exigencia de la preparación de su vanguardia combatiente, siempre y cuando esta previsión no esté basada en la simple subjetividad voluntarista, sino en las tendencias fundamentales y objetivas del capitalismo mismo. Al mismo tiempo, hemos explicado (2) las razones *objetivas* y *subjetivas* de este atraso de la eclosión revolucionaria, encarnadas básicamente en la superposición y el mutuo potenciamiento de las dos olas sucesivas de degeneración socialdemócrata y stalinista, en el denso tejido social e institucional que liga las más vastas organizaciones obreras y sus burocracias sindicales al Estado burgués, en el sistema del Estado providencial que constituye para amplias masas una especie de "reserva", en el incrementado potencial totalitario del sistema burgués a escala nacional e internacional, y, *last but not least*, en la ausencia dialécticamente ligada a los antedichos factores- del partido de clase previa y profundamente implantado en el proletariado.

(1) Véase "El marxismo y la cuestión rusa", publicado en castellano en *El Programa Comunista* nº 19, enero de 1976.

(2) Véase, en particular, "Crisis y revolución" y "Una vez más sobre crisis y revolución", en *El Programa Comunista* nº 15 y 18 (agosto de 1974 y septiembre de 1975) respectivamente.

Pero, a la vez y dialécticamente, en la acción que sobre dichos factores ejercerá la situación de crisis económica, podía leerse la premisa *objetiva* necesaria del futuro auge:

"A la larga, la crisis económica actuará como un 'acelerador' sobre los antagonismos que hoy se incuban, sin exteriorizarse aún, en el seno del modo de producción capitalista y de la sociedad burguesa(...). La crisis destruirá los equilibrios realizados a duras penas, agravando los desequilibrios jamás suprimidos, destruyendo las 'garantías' económicas y sociales que parecían eternas, y haciendo saltar esas 'reservas patrimoniales' que parecían adquiridas, incluso para los proletarios, como 'derechos' arraigados, y minando las bases de viejas 'certezas'. Lentamente, pero con bruscos sobresaltos, la crisis despertará de su letargo a la lucha reivindicativa y tenderá a destrozar a las fuerzas que querían disciplinarla fragmentándola o conteniéndola". Y concluimos haciendo un llamamiento para la preparación *subjetiva* de las condiciones de la revolución, encarnadas en el reforzamiento del partido y de su influencia sobre las masas combatientes del proletariado, a través de la lucha "tanto por los objetivos inmediatos como por los objetivos finales del movimiento proletario, aceptando el terreno de las luchas reivindicativas y construyendo en esas luchas, y por encima de ellas, el terreno de la guerra de clase para la revolución comunista" (3).

Cuatro años más tarde, podemos y debemos constatar no solo un atraso de la curva de la lucha política respecto a la curva económica, sino incluso en el terreno mismo de la lucha reivindicativa y en el del renacimiento, aunque sea a escala reducida o embrionaria, de un atisbo de asociacionismo obrero.

A pesar de una ofensiva generalizada de carácter internacional de la clase capitalista contra las "ventajas" acordadas en el período del *boom* económico posbélico, ofensiva que está aún en sus primeros pasos; a pesar del incremento masivo del paro y de las reestructuraciones industriales en gran escala, la clase obrera de los centros imperialistas (y aquí no nos referimos solamente a los EE.UU., Japón, Francia, Inglaterra y Alemania, sino también a Italia) no ha accedido con continuidad al terreno de la lucha inmediata de defensa. Las razones de ello están en las premisas mismas de un cuadro histórico que ya hemos esbozado y que están confirmadas *inversamente* por el hecho de que allí donde varios de estos factores están ausentes o debilitados por motivos objetivos e históricos dados, la lucha proletaria en el terreno económico ha alcanzado un auge ausente en el área central del capitalismo mundial.

La crisis ha desencadenado importantes choques sociales en los países de la periferia capitalista, como Perú, Bolivia, Colombia, Brasil, Túnez, Egipto, Irán, donde los resortes amortiguadores de las garantías y "reservas" materiales consentidas a la clase obrera son nulas, y donde el entrelazamiento político y sindical de la socialdemocracia y del stalinismo con el Estado burgués está ausente o es secundario respecto a los otros factores de estabilización del Orden; como también en España, donde a pesar de la presencia de las fuerzas básicas de la democracia y de las estructuras del *Welfare State* la ausencia de una sólida tradición y continuidad del método democrático de dominación, con sus inseparables estructuras políticas y sindicales "obreras", se re-

(3) "Una vez más sobre crisis y revolución", art.cit.

fleja en un movimiento de resistencia que, con altos y bajos, se prolonga desde hace cinco años. En este sentido, también es una confirmación de nuestro análisis el movimiento en los albergues Sonacotra en Francia, que concierne a las capas más desprovistas de la clase obrera y con menos encuadramiento reformista.

Desde hace ya dos años, sin embargo, nos hemos referido en Francia y en Italia al *desapego pasivo* de las masas respecto a las direcciones políticas y sindicales oficiales que son verdaderas correas de transmisión, activas o pasivas en sucesión alterna da, de la ofensiva burguesa, así como a la creciente incapacidad de éstas últimas para movilizar a aquéllas en función de la política de este ala del espectro burgués. Esto es indudable, así como también es indudable la revuelta y los choques momentáneos de masas no desdeñables de trabajadores lanzados a la lucha contra la política abiertamente capituladora del reformismo socialdemócrata y eurocomunista en España.

Precisamente, el caso español nos plantea el problema *adicional* del por qué de la ausencia de una cristalización, no digamos ya de un asociacionismo de clase, sino más modestamente de un *embrión organizativo* de lucha clasista en el terreno inmediato, de la ausencia de consolidación de una vanguardia proletaria mínimamente estable capaz de impulsar y movilizar aunque más no sea a *fronteras* del proletariado por la defensa de sus condiciones de vida y de trabajo, ausencia que es parcialmente comprensible en los otros países europeos por la inexistencia actual de una *continuidad* relativa de las luchas sociales. La cuestión nos lleva directamente al problema del presupuesto *subjetivo* de este asociacionismo.

Premisas del asociacionismo obrero

Si las condiciones *objetivas* de todo asociacionismo obrero de defensa económica están dadas por los antagonismos sociales in situ en las leyes materiales del modo de producción capitalista, las premisas *subjetivas elementales* del renacimiento del asociacionismo de clase residen en la posibilidad de que, sobre la marea de vigorosos impulsos clasistas que emanan del subsuelo social en plena ebullición, las vanguardias de la clase estén impulsadas a organizarse (y a organizar a su vez a la gran masa del proletariado) fuera y contra el control de la burguesía y del oportunismo. Sin embargo, esta condición no es suficiente para asegurar que las asociaciones, una vez surgidas, no se sometan a la tendencia "espontánea" de las *luchas*, y, por consiguiente, incluso de las *organizaciones económicas*, a refugiarse bajo las alas de esa misma burguesía y de ese mismo Estado contra los cuales habían emprendido la lucha. La condición indispensable para que eso no ocurra y para que el asociacionismo obrero *conserv*e su carácter y su orientación de clase, es la presencia de una vanguardia política que, en el terreno inmediato, encamine su acción según *orientaciones* bien definidas, que no son necesariamente de partido, bien que el partido las propague y las defienda, y bien que sólo en el partido comunista esos principios alcancen su expresión completa, coherente y estable, volviéndose *precisamente* por eso el instrumento *indispensable* de la consolidación y el fortalecimiento del carácter clasista y de la independencia de los organismos económicos de defensa obrera. Nos referimos a "anguar

días que, al comprender la exigencia fundamental de impedirlo por lo menos atenuar la competencia que los obreros se hacen entre sí, tiendan a generalizar las organizaciones inmediatas de defensa y a solidarizarse entre sí; a vanguardias que sepan que el asociacionismo y sus luchas, que representan el primer paso incompleto, por cierto, pero esencial para superar esa competencia, son una necesidad para elevarse, incluso moralmente, contra las condiciones económicas y sociales que el Capital impone al proletariado, contra el derecho que la burguesía tiene de explotarlo a su merced; a vanguardias que consideren que la defensa de sus organizaciones es aún más necesaria que las mismas conquistas inmediatas, por ser instrumentos de la unificación de la clase obrera en su lucha contra el Capital; a vanguardias que tiendan a reagrupar a todos los inorganizados y, en modo particular, a los más explotados y desguarnecidos, con la convicción de que, muy lejos de circunscribirse a límites estrechos y egoístas de categoría, su objetivo apunta a la emancipación de todos los proletarios; a vanguardias que no exageren los resultados coyunturales de las luchas inmediatas cuyas formas deben oponerlas neta y declaradamente a la burguesía, y que sepan que éstas combaten los efectos y no las causas del modo de producción capitalista, y que, por sí mismas, sólo pueden ser paliativos a esta explotación, pero no pueden extirpar el mal, más aún, que son impotentes contra las grandes causas que determinan las condiciones de vida y de trabajo de las masas obreras; a vanguardias que, precisamente a través de estas luchas, demuestren que son insuficientes para su emancipación del capitalismo y que, sin renunciar jamás a batirse en el terreno limitado y cotidiano de la "resistencia al Capital", vean la necesidad de forjar en él y más allá de él las armas de su superación en una batalla general política que tenga por objetivo el derrocamiento de la burguesía (4).

Sería insuficiente afirmar, pues, que lo que distingue a los reformistas, artesanos del sindicalismo democrático, de los militantes del asociacionismo de lucha de clase son los objetivos inmediatos y los métodos de lucha, bien que los objetivos y los métodos diferencien, cada vez más, a unos de otros. Por otra parte, un sindicalismo exclusivamente basado en unas tablas formadas por reivindicaciones dadas y métodos establecidos sería incapaz de resistir, afirmarse y desarrollarse en la guerra de guerrilla que enfrenta el Trabajo al Capital. Las huelgas por objetivos reivindicativos generales constituyen momentos privilegiados de la acción sindical, pero el asociacionismo obrero no puede resumirse a ellas, so pena de desaparecer con ellas; más aún, la misma razón de ser del asociacionismo consiste en asegurar la continuidad del movimiento y se construye con un trabajo de organización a partir de los intereses económicos inmediatos, incluso mínimos y hasta ultramínimos, que oponen los obreros al Capital.

La organización sindical, como la política, no es la mera expresión mecánica de las luchas inmediatas: es su expresión mediata, la expresión de la actividad de minorías de la clase. Son esas minorías -mucho más vastas, por cierto, que la del partido- las que aseguran la continuidad del movimiento en el espacio y en

(4) Por todas estas razones, enunciadas clásicamente por Marx, Engels y la Primera Internacional, la Izquierda afirmó en 1951, en un período ciertamente aún más negro que el actual, que un factor del futuro renacimiento del asociacionismo de clase sería, en particular, "la propaganda de la historia sindical" y "la historia de la fracción sindical comunista en la CGL, en el sindicato ferroviario, etc." (*Bollettino per la preparazione del II Congresso del Partito Comunista Internazionale*).

el tiempo; son ellas las que mantienen la continuidad de la propaganda, de la organización, de la agitación y de la movilización sindical del proletariado, tanto en los pequeños hechos contingentes de cada día como en las grandes luchas que arrastran consigo a las más amplias y profundas masas de la clase.

Ahora bien, ¿cómo han surgido esas minorías en el curso de la historia del movimiento obrero?

Parábola histórica de la organización sindical

El *inmediatismo* de todos los tiempos se ha embriagado con la "espontaneidad obrera", la que representaría una genuina expresión de la actividad de las masas y que bastaría, por sí misma, para mantener al movimiento proletario, incluso inmediato, en los justos carriles clasistas. Pero hay espontaneidad y espontaneidad. La actividad "espontánea" de las masas está condicionada por la interacción de factores económicos, sociales, políticos e históricos que determinan su corriente, así como la *geología* y la *geografía física* prefijan el curso de las aguas. Las expresiones de la "espontaneidad obrera", entendida como su actividad inmediata, está históricamente condicionada por la interrelación de factores cambiantes que tienden, de manera creciente, a determinar cada vez más férreamente su cauce.

El nacimiento del sindicalismo en Inglaterra, en la primera mitad del siglo XIX, no puede dejar de sorprender al observador contemporáneo por su vivacidad, su impulso, su "fluidez", por sus desarrollos y retrocesos fulgurantes. La "conductibilidad" social al asociacionismo tiene aquí su máximo índice de "espontaneidad", pero también su máxima falta de estabilidad. Al importante pero fallido intento de 1829-31 para formar la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo (NAPL), le sucede en 1834 la Grand National Consolidated Trade Unions que, con cientos de miles de adherentes, hasta llegó a tener una influencia importante entre los obreros agrícolas. Una historia paralela es la de los sindicatos de mineros y de los obreros textiles. Todos estos esfuerzos para organizarse, enraizados en la exigencia de defensa de un proletariado absolutamente privado de reservas, chocaron con la política de represión de la burguesía en esta primera fase, empujando a estas asociaciones profesionales a volverse posteriormente un pilar de la I Internacional en Gran Bretaña (5).

El monopolio comercial de Inglaterra, la consecutiva formación de una aristocracia obrera y el cambio de política de la burguesía empujó al sindicalismo en la vía del *corporativismo* y de la colaboración de clase en detrimento de las amplias masas obreras (6). El surgimiento del "nuevo sindicalismo", hacia 1890, "a partir pura y simplemente de la necesidad absoluta de los tra-

(5) Por cierto que no hay que idealizar al sindicalismo de entonces, cuya "alianza" con la Internacional obrera "era un matrimonio de conveniencias". "Las tradeuniones necesitaban de la Internacional para sacar adelante la reforma electoral, pero una vez aprobada ésta, empezaron a coquetear con los liberales, sin cuya ayuda no podían contar con entrar en el Parlamento". (Franz Mehring, *Carlos Marx*, Ed. Grijalbo, p. 470).

(6) Véase la carta de Engels a Bebel del 28.X.1885.

bajadores de defenderse", debió ser "preparado por las múltiples agitaciones de estos últimos ocho años" por parte del movimiento socialista, "a tal punto que la gente, sin ser ella misma socialista, sólo quiere a los socialistas por jefes" (7).

Desde entonces, está dada la prueba histórica de que la "geología" general de la sociedad burguesa moderna exige cada vez más la acción de vanguardias políticas revolucionarias para asentar la existencia del sindicalismo de lucha de clase. El hecho de que el dominio de la burguesía británica sobre su inmenso imperio y la débil fuerza del socialismo inglés hayan creado las condiciones para que el "nuevo sindicalismo" caiga a su vez en las redes de la colaboración de clases no desmiente, sino que confirma esta verdad vieja de más de un siglo.

En Francia, la feroz represión de la Comuna empujó "espontáneamente" al sindicalismo en la vía del corporativismo, y fue necesaria la vigorosa acción del movimiento socialista con Jules Guesde para arrancarlo de ese sendero. El naciente sindicalismo revolucionario animado por Fernand Pelloutier, y las Bourses du Travail, ayudaron a hacer del sindicalismo francés, a comienzos de siglo, el centro de una intensísima vida de clase.

Esta verdad se verifica también en Alemania, donde los sindicatos, desde su nacimiento, fueron un producto directo del partido socialdemócrata, quien "ha cuidado su crecimiento, dado sus dirigentes y militantes más activos" y "su superioridad respecto a todos los sindicatos burgueses", e impedido que desciendan "al nivel de un empirismo chato e indeciso", según las palabras de Rosa Luxemburgo de 1906 (8). Otro tanto puede decirse de los sindicatos en Italia y España, ligados orgánicamente a socialistas y anarquistas.

Nada más lógico. El sindicato se sitúa en el terreno de los intereses inmediatos, en ese mismo terreno que, a la vez que suscita la necesidad de la coalición para superar la competencia que los obreros se hacen entre sí, tiende a oponerlos unos a otros: por empresa, por categoría, por naciones; y estas divisiones, provocadas "espontáneamente" por la sociedad burguesa, son atizadas a su vez por la política de la clase dominante. Sólo la lucha tenaz y vigorosa sostenida por las vanguardias revolucionarias dentro -y no necesariamente a la cabeza- de las organizaciones inmediatas en defensa no solo de los objetivos, sino también de los métodos clasistas, que son los únicos que definen como proletario al asociacionismo obrero, puede impedir a este último, contra todas las influencias de la contingencia, el caer en las trampas que le tiende el enemigo y que hacen hincapié en los intereses de categoría que, bajo una forma u otra, constituyen el caldo de cultivo de la Realpolitik, de la capitulación abierta o tácita ante el Orden establecido.

En una época en que el oportunismo reformista no se había vuelto aún el socialimperialismo de hoy, alineación abierta de

(7) Carta de Engels a Sorge del 8.II.1890. En su *Histoire du syndicalisme britannique*, Ed. du Seuil, p.112, Henry Pelling escribe que "la ayuda suministrada por los dirigentes socialistas, tanto para la publicidad como para la organización, fue una de las características de la formación de los nuevos sindicatos" que comprendían a las masas obreras sin distinción de calificación.

(8) Huelga de masas, partido y sindicatos.

sectores decisivos del movimiento político socialista al flanco de la burguesía, Lenin ya podía escribir que "el desarrollo espontáneo del movimiento obrero lleva justamente a subordinarlo a la ideología burguesa(...) Por eso, nuestra tarea es la de(...) desviar al movimiento obrero de esta tendencia espontánea que tiene el tradeunionismo a refugiarse bajo el ala de la burguesía" (9).

La "espontaneidad" obrera en la fase reformista de la sociedad capitalista estaba condicionada por la existencia de fuertes partidos socialistas y, en los países latinos, por el sindicalismo revolucionario. Las masas obreras organizadas eran "espontáneamente" socialistas o, recíprocamente, sindicalistas revolucionarias (10). A pesar de esto, debió llevarse a cabo una lucha sin cuartel contra ese "empirismo chato", inseparable del reformismo a la Bernstein, que terminó por dominar las cúpulas sindicales.

La primera guerra representó un giro histórico de primera magnitud para la organización sindical en particular, y para el asociacionismo obrero en general. Si en la época a la que se refería Engels, el corporativismo de los sindicatos ingleses era la expresión de una situación "excepcional" que resultaba del monopolio comercial de Inglaterra y de una política lúcida de la clase dominante, y si dichas tendencias pudieron ser bien contrarrestadas en el continente gracias a la obra decidida de vanguardias políticas revolucionarias, con la primera guerra mundial -es decir, con la eclosión de los fenómenos más agudos de la época imperialista- el oportunismo obrero, vuelto ya socialimperialismo y socialpacifismo, arrastró al asociacionismo obrero hacia la órbita del Estado burgués, sometiéndolo de manera creciente a las exigencias cada vez más totalitarias del capitalismo monopolista y de la colaboración de clases.

Desde entonces, la fuerza de atracción que absorbe la "espontaneidad" obrera hacia un curso contrario a las exigencias materiales y generales de las masas está acrecentada por la obra consciente de partidos políticos con una influencia decisiva en las mismas filas proletarias. Las tendencias de las direcciones sindicales a la colaboración de clases están reforzadas por la acción política de los partidos que las controlan. Más aún, la acción paraburguesa de estos partidos que penetran por todos los tejidos sociales concierne no solo a dicha "espontaneidad" en el terreno exclusivo de la compraventa de la fuerza de trabajo, sino a todas las expresiones de la actividad de la clase: consejos de fábrica, organizaciones de barrio, y hasta a los soviets mismos, como en el curso de la ola revolucionaria de la primera posguerra.

Dando un salto de más de medio siglo, es fácil constatar hoy día que la "geología" que condiciona poderosamente la acción inmediata de las masas en su conjunto está conformada, no solo por la acción general de la socialdemocracia y del stalinismo (o de sus herederos), sino también por una densa red que, en un mar-

(9) "¿Qué Hacer?", *Oeuvres*, pp.391-2. ¿Y qué es acaso ese "refugiarse bajo el ala de la burguesía", si no la política actual de colaboración de clases del sindicalismo democrático que, tendencialmente, se integra cada vez más en el Estado burgués?

(10) Véase Rosa Luxemburgo, op.cit., donde demuestra luminosamente las relaciones entre las masas y el partido a través de las organizaciones sindicales, y esto contra la voluntad de los bonzos que preconizaban al "apoliticismo" o la "neutralidad" del movimiento sindical.

co establecido por la clase dominante, liga estrechamente las organizaciones obreras profesionales y políticas a todo el aparato y a la política capitalistas, marco que, en el terreno sindical, va de la "acción en la empresa" a la política de "negociación", ambas institucionalizadas.

En su notable artículo *Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista*, inconcluso debido a la mano asesina de la contrarrevolución, Trotsky sostuvo justamente que "hay un aspecto común en el desarrollo, más exactamente, en la degeneración de las organizaciones sindicales modernas en el mundo entero: su aproximación y fusión con el poder del Estado. Este proceso es igualmente característico de los sindicatos apolíticos, socialdemócratas, comunistas (Trotsky se refiere a los dominados por el stalinismo, ndr) y anarquistas. Este solo hecho indica que la tendencia a fusionarse con el Estado no solo es inherente a tal o cual doctrina, sino que resulta de las condiciones sociales comunes a todos los sindicatos". Y nosotros, que tenemos un análisis fundamentalmente idéntico de las tendencias "espontáneas" del sindicalismo en la fase del capitalismo imperialista, hemos añadido que dicha tendencia a la alianza de clases no resulta de cuestiones meramente ideológicas, sino de *determinaciones materiales*:

"Estas modificaciones radicales del contexto sindical, afirma nuestro texto basilar *Partido revolucionario y acción económica*, no provienen por supuesto únicamente de la estrategia política de las clases en conflicto y de sus partidos y gobiernos, sino que están también profundamente vinculadas con el mutado carácter de la relación económica entre empresario y obrero asalariado. En las primeras luchas sindicales, con las cuales los trabajadores procuraban oponer al monopolio de los medios de producción el de la fuerza de trabajo, la aspereza del conflicto derivaba del hecho que el proletariado, de tiempo despojado de toda reserva de subsistencia, no tenía ningún otro recurso que el salario cotidiano, y cada lucha contingente lo conducía a un conflicto de vida o muerte.

"Mientras la teoría marxista de la miseria creciente se confirma por el continuo aumento numérico de los proletarios puros y por la apremiante expropiación de las últimas reservas de estratos sociales proletarios y medios, expropiación que es centuplicada por las guerras, destrucciones, inflación monetaria, etc., y mientras en muchos países la desocupación y la misma matanza de los proletarios alcanza cifras enormes, es indudable que allí donde la producción industrial florece, toda la gama de las medidas reformistas de asistencia y previsión crea para el asalariado ocupado un nuevo tipo de reserva económica que representa una pequeña garantía patrimonial que perder, en cierto sentido análoga a la del artesano y a la del pequeño campesino; el asalariado tiene pues algo que arriesgar, y esto (que es un fenómeno por otra parte ya observado por Marx, Engels y Lenin en las llamadas aristrocracias obreras) lo vuelve irresoluto e incluso oportunista en el momento de la lucha sindical y, aún más, de la huelga y la revuelta" (11).

No es gratuitamente, por cierto, que tanto la democracia como el fascismo hayan *estatizado* los "servicios sociales" de jubilación, enfermedad, paro, etc., que eran previamente un potente factor de la estabilización organizativa autónoma de las organiza-

ciones sindicales. En un cierto sentido, esta estabilidad (que anteriormente les venía no tanto de esos "servicios sociales" como de su aptitud para la lucha y, por consiguiente y de manera creciente, de las vanguardias políticas que se situaban en un terreno de lucha de clase) le es concedida hoy por la política general del Estado capitalista y de sus agentes en las filas obreras.

Ni Trotsky ni nosotros hemos considerado tal tendencia como *irreversible*. En un marco histórico de fuerzas cada vez más férreo, tanto Trotsky como nosotros individualizamos en el *partido* revolucionario marxista la única fuerza histórica capaz de transformar radicalmente la "geología" actual de la sociedad burguesa y provocar un trastocamiento general y estable susceptible de lograr una inversión de tendencia del curso de la "espontaneidad" inmediata de la clase, incluso en el terreno sindical:

"Si a la ofensiva capitalista le hace frente un partido comunista fuerte, si se arranca al proletariado de la táctica sindicalista (democrática), si se lo arranca de la influencia de la política rusa actual (es decir, de los partidos stalinistas, ndr), en el momento X o en el país X pueden volver a surgir los sindicatos clasistas *ex novo* o de la conquista -quizá a palos- de los actuales. Esto no puede ser *excluido* históricamente" (12).

Esta perspectiva histórica, científicamente establecida, supone una visión dialéctica del problema, porque la extensión y reforzamiento del partido exige el renacimiento y la continuidad a una escala no desdeñable de la lucha de masas, y su participación en ésta. Además, el renacimiento de organizaciones sindicales de clase no será la condición previa, sino el resultado de trastocamientos profundos y generalizados en todo el cuerpo social, ya que "esos sindicatos se formarían en una situación de auge o de conquista del poder" (13). Esta perspectiva no excluye "que el renacimiento de organizaciones de clase no políticas con amplios efectos ocurra antes o después de que los efectivos del partido hayan aumentado considerablemente" (14), pero supone tanto la participación activa de propaganda, agitación, organización y movilización como el peso creciente en su seno -es decir, la extensión de la *influencia*, que no es siempre medible por el *control directo* que ejerce sobre el movimiento- de la vanguardia política que se sitúa decididamente en el terreno clasista.

En todo caso, y dado que la presencia de "un gran movimiento de asociaciones con contenido económico que abarque una parte imponente del proletariado" es un factor *sine qua non* de la perspectiva revolucionaria, de la cual es inseparable la presencia de "un fuerte partido de clase, revolucionario, (...) al cual el desarrollo de la lucha haya permitido contraponer válida y extensamente su influencia en el movimiento sindical a la de la clase y del poder burgués" (15), es un objetivo general del partido "la formación de una agrupación autónoma de clase del proletariado que nadie puede predecir hoy si ocurrirá con el resurgimiento del sindicato clasista o de otros organismos de masa; si en una fase de reanudación de la lucha de clase o en la del asalto para la con-

(12) *Bollettino*..., ya citado.

(13) *Ibidem*.

(14) *Ibidem*.

(15) "Partido revolucionario y acción económica", art.cit.

(11) En *Partido y Clase*, Ed. Programme.

quista revolucionaria del poder" (16).

Frente proletario de lucha, hoy

El desfase entre las actuales condiciones objetivas que ven agudizarse los antagonismos de clase y la débil respuesta proletaria, ha sido ahondado por la ausencia de una vanguardia probada en la cual las masas puedan reconocer una firme voluntad de lucha. Para combatir con decisión y *continuidad*, las masas necesitan sentir que tienen a su cabeza una dirección férrea que haya ganado su confianza: este factor es también un elemento determinante de la "espontaneidad".

En este sentido, la situación actual difiere radicalmente de la de la primera posguerra, cuando para tratar de enfrentar la ofensiva burguesa el joven Partido Comunista de Italia lanzó la consigna del "frente único sindical" (17). Y esto en dos planos diferentes.

Ante todo, difiere por la existencia entonces y la inexistencia hoy de organizaciones de clase (sindicatos, Cámaras del Trabajo) que constituyeran centros naturales de organización y movilización del proletariado. Pero hablar de dichas organizaciones equivalía a hablar no solo de los grupos comunistas actuantes en su seno, sino también de militantes ligados a la socialdemocracia y al sindicalismo revolucionario que no habían abandonado el terreno de la acción de clase; precisamente por eso, las *Tesis de Roma* hablan de la necesidad de "distinguir siempre entre los jefes y las masas", no solo de los sindicatos, sino también de esos partidos, y de "reincorporar en el terreno revolucionario" a muchos trabajadores que militaban en sus filas (18).

La "espontaneidad" obrera inmediata encontraba allí su marco organizativo directo que las cúpulas burocráticas, ligadas a la colaboración de clases, trataban de desviar o desnaturalizar en provecho de la conservación social. Pero hoy día dicho marco organizativo está enteramente ligado a la clase enemiga y vaciado de todo contenido clasista, y hasta faltan esas minorías politizadas, a las cuales el PC de Italia lanzó el llamamiento ulterior a la huelga de agosto de 1922, que aun estando orientadas por principios erróneos desde el punto de vista de la lucha por la emancipación proletaria, estaban animadas, sin embargo, de un sano odio contra la acción sabotadora de las cúpulas sindicales y toda vía se alistaban enérgicamente en el terreno de la acción de clase.

Desde este punto de vista, la situación de hoy día es desoladora. La trayectoria de los grupos de la "extrema izquierda",

(16) *Bollettino*..., ya citado.

(17) Este llamamiento tenía, entonces, un triple objetivo: la convergencia de fuerzas proletarias en un frente de lucha contra la ofensiva burguesa; la creación de las condiciones de la unidad de las organizaciones de clase del proletariado italiano; y, dialécticamente ligado a ambas metas, la extensión de la influencia del partido y, por tanto, de la disciplina revolucionaria unitaria de la clase.

(18) En *El Programa Comunista* nº 26, febrero de 1978.

trotskista y espontaneísta (para no hablar del maoísmo que transporta las peores tradiciones del stalinismo), que han dominado la "escena" del último decenio, los ha llevado a terminar jugando el papel de simple "oposición leal" a la política del sindicalismo democrático y, por tanto, a despilfarrar en una política capituladora (pues no está orientada a *trastocar* de raíz las alineaciones políticas y sociales) una generación completa de jóvenes proletarios animados de odio contra las jerarquías oficiales. En este sentido, la situación española da un ejemplo acabado y decisivo.

En segundo lugar, la situación actual difiere de la de la primera posguerra en la existencia entonces y en la inexistencia hoy a escala general de un fuerte partido revolucionario capaz de plantear su candidatura a la dirección de la lucha proletaria (19) o de constituir un factor activo de esta misma lucha, ya que la presencia de un partido comunista bien implantado entre las masas, aguerido en la acción y firme en los principios es un factor de primer orden en la movilización del proletariado en el terreno de la acción directa, debido al arrastre que puede ejercer sobre los militantes obreros no ganados aún a los principios del comunismo, por la presión que de este modo puede ejercer eventualmente sobre las direcciones oficiales oscilantes o capituladoras, y por la fuerza de atracción que las vanguardias forjadas y probadas tienen sobre las capas más profundas y extensas de las masas.

En 1974-75, en momentos del desencadenamiento de la crisis internacional, que no podía dejar de plantear el problema de la ofensiva burguesa, nuestro partido volvió a recoger la perspectiva del "frente proletario de lucha". En un artículo de enero de 1975, escribíamos: "Planteamos la perspectiva del frente único como *no realizable inmediatamente* en cuanto faltan las fuerzas que puedan realizarlo y, en particular, un partido revolucionario bien implantado en la clase proletaria -la cual, por otra parte, no posee los instrumentos de su defensa inmediata-, y nos prefiguramos el doble objetivo de construir y reforzar el partido 'en contacto con la clase obrera' y de ayudar activamente en todas las situaciones en las cuales se planteen la lucha y la organización de los obreros en cuanto tales" (20). En abril de ese mismo año, volvíamos sobre el tema: "Se trata de una perspectiva a la que debemos consagrarnos (...) porque si hoy las brechas para nuestra acción se perfilan más que en el pasado, su ampliación depende incluso y sobre todo de nuestra actividad más específica en el campo de las luchas inmediatas, tendiente a constituir, a partir de la base, es decir, de las luchas más aisladas y por los motivos aparentemente más irrisorios, un frente de agavillamiento de los trabajadores, que podrá desarrollarse dentro y fuera de los sindicatos, en defensa de las condiciones de trabajo, de vida y de lucha. En esta actividad, el partido obra en función de una perspectiva dialéctica: crear, en la defensa, los presupuestos de la ofensiva, es decir, de una reanudación en gran escala del movimiento de clase y, precisamente para esto, en lo vivo de las luchas y con la acción de los militantes, formar los cuadros del partido de clase.

(19) Sin embargo, allí donde localmente nuestros grupos comunistas están bien implantados, han logrado cristalizar a menudo una voluntad de lucha que, en su ausencia, se hubiera volatilizado.

(20) "Frente unito proletario e organizzazioni tradizionali, oggi", *Il Programma Comunista* nº 1, 7.I.1975.

"(...) En la fase actual, la perspectiva de una crisis re-siva larga y profunda con sus inevitables reflejos en el campo las fuerzas sociales, plantea la posibilidad no voluntarista, dictada por exageraciones de evaluación objetivas y subjetivas, el reagrupamiento de *núcleos* proletarios en torno a reivindicaciones de base como las que sostenemos en nuestras intervenciones, que se van llenando con un contenido práctico y articulado. Y en la entrevemos la posibilidad real, no ficticia, del nacimiento organismos espontáneos que, dentro o fuera del sindicato, expresen la exigencia de los proletarios, de cada proletario, frenando la agudización de la crisis y a la defensa de sus propias condiciones de vida y de trabajo".

En este terreno, continuábamos diciendo, sería inadmisibile establecer "discriminaciones políticas; por el contrario, consideramos indispensable que todos los que comparten por lo menos el punto esencial de la contraposición frontal contra el oportunismo trabajen en base a un acuerdo lo más amplio posible, subordinando la amplitud del frente al único elemento de la voluntad real de lucha por objetivos precisos.

"(...) Llamamos a la lucha al proletariado, antes bien, a crear las condiciones de la lucha, en defensa de las condiciones de vida y de trabajo; llamamos a hacerse cargo con nosotros de esa defensa a todos aquellos que, a pesar de tener diferentes y divergentes orientaciones y afiliaciones políticas, sienten la necesidad de contrarrestar frontalmente al oportunismo".

Sabiendo que, "al máximo, en una situación de agravación de las condiciones (de existencia), el proletariado toma conciencia de la necesidad de luchar por la defensa de sus intereses inmediatos, y tiende, pero solamente tiende, a unirse", "planteamos hoy como ayer la cuestión fundamental de la red de asociaciones económicas del proletariado que deben ser reconstruidas en el curso de un proceso de desarrollo de las luchas sociales dialécticamente ligado al de la influencia cada vez más vasta del partido entre los trabajadores" (21).

Este frente, pues, no podía excluir a priori las articulaciones *sindicales* de otras corrientes políticas. Pero no es ningún secreto el hecho de que la curva de las fuerzas que componen a "extrema izquierda" actual las ha alejado, y no acercado, del terreno de la lucha frontal contra las cúpulas y las burocracias sindicales. Más aún, tales organizaciones no han sido un factor neutro, sino *negativo* desde el punto de vista que nos ocupa. Es a *realidad de hecho* no vuelve imposible la perspectiva, que es siempre actual, del frente proletario de lucha, sino que, hoy por hoy, vuelve más difícil -pero no imposible localmente- su cristalización y, dialécticamente, la estabilidad y extensión de un empuje de asociacionismo obrero capaz de enfrentar a las fuerzas abiertas o enmascaradas del enemigo.

Esto tampoco significa excluir la aparición futura de otras minorías políticas significativas dispuestas a situarse enérgicamente en este terreno. Pero, a la manera de Lenin, podemos y debemos afirmar, *también en este campo*, que "no existe partido político que pueda, sin caer en el espíritu de aventura, regular su conducta en base a explosiones o complicaciones hipotéticas. Debe continuar nuestro camino, cumplir sin desesperar nuestra la-

bor sistemática, y cuanto menos contemos con lo inesperado, más posibilidades tendremos de no ser cogidos jamás por sorpresa por los 'giros históricos'" (22).

o o o

Sin duda, la formación de un frente proletario de lucha, y con mayor razón aún, del asociacionismo obrero de carácter económico, será el fruto de la confluencia de los impulsos "espontáneos" de las masas obreras y de la acción consciente de minorías de vanguardia. Pero el partido -y éste es el punto central de la cuestión- deberá jugar, en relación a estas últimas, un papel primordial de maduración, potenciamiento y cristalización, en el curso de un proceso que no será corto ni fácil, a la medida de las devastaciones causadas por las dos olas sucesivas de degeneración oportunista.

(22) "¿Por dónde empezar?", *Oeuvres*, V, p.20.

EL COMUNISTA

Nº 36 - Julio de 1980

- Contre el fascismo y la democracia :; Por una autodefensa de clase!
- El divorcio y la democracia burguesa
- El MC entre la impotencia y el seguidismo
- Directivas para la táctica antimilitarista (1921)
- Las movilizaciones de los parados de Madrid
- Los obreros eventuales y los bonzos sindicales
- IRIIF
- Estado de excepción en Euskadi
- Partido revolucionario y acción económica
- Carta de Argelia : Irremediables resquebrajamientos en el "frente de clases"

Nº 37 - Setiembre de 1980

- A 60 años del II Congreso de la Internacional Comunista : La revolución exige más que nunca una preparación de partido
- ¡Viva la lucha del proletariado polaco!
- Bolivia : El significado del golpe militar
- ¿"Frente único antifascista" o autodefensa obrera?
- Reunión general del partido : El partido frente a sus tareas internacionales
- Luchas sociales : La lucha de los estibadores - Nervacero
- CC.OO. : Vía libre a la ofensiva burguesa

(21) "Basi oggettive e delimitazione programmatica del fronte unito proletario", *Il Programma Comunista*, nº6 y 7, 20.III. y 3.IV.1975.

El marxismo y la cuestión nacional y colonial

Introducción

El lector encontrará en las páginas siguientes la publicación de una selección de escritos de nuestro partido del período 1954-1960 relativos a la cuestión nacional y colonial. Su publicación no es casual ni "historiográfica".

No es casual, pues vivimos hoy un período límite entre dos épocas históricas en lo que concierne a los pueblos de Oriente que han sido arrastrados durante más de medio siglo en la poderosa ola anticolonial ya anunciada, saludada y promovida por la Internacional Comunista desde su II Congreso de 1920, y que alcanzó su apogeo en la segunda posguerra. Esta ola, en sus grandes líneas generales, ya pertenece al pasado. Pero dio lugar allí, conjuntamente con la constitución de grandes Estados nacionales en Asia, Medio Oriente y parte de África, a la expansión impetuosa de la sociedad burguesa, y, consecuentemente, a la de un joven proletariado y de la moderna lucha de clases, abriendo así un nuevo período histórico en toda el área de los "pueblos de color", tal como lo ilustra la eclosión abierta de la guerra social propia de la sociedad burguesa en Egipto, Irán, Túnez, Brasil, Perú, Turquía, Corea y un largo etcétera.

Se trata de un hecho de un inmenso alcance mundial: a la vez que ha extendido internacionalmente las bases materiales de la lucha por el socialismo, decenas y centenas de millones de proletarios vienen a engrosar el ejército portador de esa otra revolución que no es nacional ni popular, sino comunista y mundial, y su importancia es tanto más grande cuanto que hoy en día es precisamente ese joven proletariado, vigoroso y rebelde, el que se encuentra propulsado en las primeras líneas de la lucha contra el Capital.

Tampoco se trata de una publicación "historiográfica", pues la posibilidad de integrar el inmenso potencial revolucionario del proletariado del Oriente moderno en la batalla mundial por el socialismo supone la continuidad de crítica teórica e histórica del partido de clase para con todas las fuerzas enemigas, sean éstas las del imperialismo o las de las nuevas burguesías emergentes.

Crítica marxista del imperialismo, en primer lugar, en cuanto fuerza decisiva y baluarte máximo del Orden capitalista, del entonces sometimiento colonial de los pueblos de Oriente y, por eso mismo, obstáculo fundamental al pleno desarrollo de la sociedad burguesa moderna en esa inmensa área. Pero esa crítica del imperialismo era (y es) inseparable de la crítica del indiferentismo, ya sea en su variante socialimperialista (stalinista o socialdemocrática) que ha condenado y combatido en los países imperialistas a los movimientos anticoloniales en cuanto dirigidos contra "su" propia burguesía, en defensa pues de la alianza entre el imperialismo y la aristocracia obrera, o en su variante de "ultraizquierda" que, en nombre de un "supersocialismo" derrotista y pacifista, condena a esos movimientos revolucionarios por sus límites burgueses e interclasistas, alimentando así la indiferencia criminal promovida por el socialimperialismo entre amplios sectores del proletariado metropolitano para con la lucha de sus hermanos "de color" y las masas explotadas en los pueblos colonizados.

Crítica marxista de la ideología y programas de los movimientos revolucionarios anticoloniales, nacionales, democráticos, interclasistas y, por tanto, burgueses, en cuanto ideologías y programas de otra clase que, aunque entonces revolucionaria, sería aquella contra la cual el proletariado naciente habría de entablar la batalla suprema por su propia emancipación.

La crítica del imperialismo era (y es) una condición sine qua non no solo para reconquistar la independencia de clase del proletariado metropolitano, sino también para forjar la unidad internacional de la clase obrera, en la medida que esa unidad supone la movilización en las metrópolis contra la opresión imperialista, pilar esencial del statu quo mundial, ayer asentado en el colonialismo y hoy en la dominación mil veces más sutil -pero no menos férrea- de carácter económico, financiero, político y militar sobre las áreas burguesas emergentes del Oriente, cuyas modernas clases dominantes se integran cada vez más en las redes del Orden establecido a escala internacional.

La crítica de las ideologías nacionales de los movimientos anticoloniales era (y es) una condición sine qua non de la forja de la independencia de clase del proletariado naciente, y, por tanto, de su defensa contra la dominación burguesa que habría de surgir de las luchas de liberación nacional, y de su futuro converger en el ejército mundial de la emancipación obrera.

En aquellos años, se trataba para nuestro pequeño partido de blandir el arma de la crítica. La destrucción de la Internacional de Lenin en manos de la contrarrevolución staliniano-democrática.

(1) Véase el resumen de la Reunión General del Partido de noviembre de 1979 ("Primer balance de las luchas anticoloniales" y "Complementos a la Reunión General") en *El Comunista* n.º 31 y 33 de febrero y abril de 1980. El informe completo será publicado en el próximo número de esta revista.

tica había aniquilado el instrumento cuya dirección mundial indis pensable para la perspectiva de 1920, es decir, para la soldadura de la revolución proletaria en las metrópolis con las revoluciones anticoloniales de los "pueblos de color", cuyas victorias respectivas habrían debido abatir a su enemigo común, las grandes potencias imperialistas, posibilitando así a los pueblos del Oriente saltar por encima del capitalismo o, por lo menos, quemar las etapas de la evolución económica y social hacia el socialismo. El stalinismo comenzó y continuó entregando atado de pies y manos el proletariado metropolitano a la democracia imperialista (¡Inglaterra 1926!, ¡Bloques de la Resistencia!, ¡Guerra de Argelia!) y el proletariado indígena a los movimientos burgueses y nacionalistas (¡Kuomintang!), volviéndose él mismo incluso la encarnación del nacionalismo burgués (maoísmo).

Hoy, a escala internacional, lo que se le plantea históricamente al movimiento obrero revolucionario es la soldadura de la revolución de clase de obreros y semiproletarios, urbanos y agrícolas, de las áreas del ex-Oriente con la del proletariado de las áreas imperialistas, en una batalla mundial cuyo enemigo central y determinante -aunque no exclusivo- será el frente cada vez más integrado del imperialismo y de las burguesías indígenas dominantes (1). Para eso, se trata de volver a pasar del arma de la crítica a la crítica por las armas, y esto exige la reconstitución del movimiento comunista revolucionario mundial y, en primer lugar, de su partido internacional.

o o o

Reunión de Génova 26 de abril de 1953

En la Reunión de Génova de abril de 1953, el informe sobre las "revoluciones múltiples" abordó el problema de la visión marxista de las áreas geo-históricas en las que se ha planteado sucesivamente la revolución burguesa de constitución de Estados nacionales (Inglaterra, Europa Occidental, EE.UU., Rusia y, finalmente, el Oriente contemporáneo), áreas bien delimitadas en el espacio y en el tiempo, y dentro de cuyos límites precisos "se impone la alianza del proletariado con los burgueses cuando éstos luchan con las armas para derrocar el poder feudal", rechazando sin embargo "toda confusión ideológica con las apologías económicas y políticas de la sociedad burguesa". Al mismo tiempo, se recuerda el problema de la revolución doble, es decir, el de injertar la victoria proletaria en el curso de la revolución burguesa, ya planteada por Marx en 1848-1850 para Alemania y victoriosa con el Octubre Rojo en Rusia, revolución que sólo puede alcanzar su objetivo último por medio de la extensión de la revolución a los centros mundiales del capitalismo, extensión que fracasó en el caso de la revolución rusa. Por último, se considera que aun en la situación de ausencia del proletariado como clase autónoma y, por tanto, de imposibilidad de revolución doble, la victoria de las

revoluciones anticoloniales del Oriente contemporáneo constituye un paso histórico gigantesco en cuanto han vuelto posible la formación de nuevas áreas aptas para el planteamiento de las reivindicaciones socialistas y por los golpes asestados por tales insurrecciones al imperialismo euroamericano, pilar del capitalismo mundial.

Las revoluciones múltiples

1.- La posición de la Izquierda Comunista se distingue netamente no solo del eclecticismo en el terreno de la maniobra táctica, sino también del tosco simplismo de aquel que reduce toda la lucha de clases al dualismo, repetido siempre y por doquier, de dos clases convencionales que serían las únicas en actuar. La estrategia del moderno movimiento proletario tiene líneas precisas y estables, válidas para toda hipótesis de acción futura, y que deben ser referidas a las distintas "áreas" geográficas en que se subdivide el mundo habitado y a los distintos ciclos históricos.

2.- La inglesa es la primera y clásica área de cuyo juego de fuerzas fue sacada por primera vez la irrevocable teoría del curso de la revolución socialista. Desde 1688, la revolución burguesa ha suprimido el poder feudal y extirpado rápidamente las formas de producción feudales; desde 1840, es posible deducir la concepción marxista sobre el mecanismo de las tres clases esenciales: propiedad burguesa de la tierra - capital industrial, comercial, financiero - proletariado, en lucha con las dos primeras.

3.- En el área de Europa Occidental (Francia, Alemania, Italia, países menores) la lucha burguesa contra el feudalismo va de 1789 a 1871, y en las situaciones de este ciclo se impone la alianza del proletariado con los burgueses cuando éstos luchan con las armas para derrocar el poder feudal -mientras los partidos obreros han rechazado ya toda confusión ideológica con las apologías económicas y políticas de la sociedad burguesa.

4.- Los Estados Unidos de América se ponen en 1866 en las condiciones de la Europa Occidental después de 1871, habiendo liquidado formas capitalistas espurias con la victoria contra el sudismo esclavista y rural. A partir de 1871, los marxistas radicales rechazan en toda el área euroamericana toda alianza y todo bloque, en cualquier terreno que fuera, con partidos burgueses.

5.- La situación anterior a 1871, a la que nos hemos referido en el inciso 3, dura en Rusia y en otros países del este europeo hasta 1917, y en ellos se plantea el problema ya conocido por la Alemania de 1848: provocar dos revoluciones, y luchar, por tanto, por las tareas de la revolución capitalista. Una condición para un paso directo a la segunda revolución, la proletaria, era la revolución política en Occidente, que falló, aun cuando la clase proletaria rusa conquistó sola el poder político, conservándolo durante algunos años.

6.- Mientras que hoy en el área de Europa Oriental puede considerarse como consumada la sustitución del feudalismo por el modo capitalista de producción y de intercambio, en el área asiática está en pleno curso la revolución contra el feudalismo y

contra regímenes más antiguos, conducida por un bloque revolucionario de clases burguesas, pequeñas burguesas y trabajadoras.

7.- El análisis ya ampliamente desarrollado ilustra cómo en estos intentos de doble revolución se han producido varios resultados históricos: victoria parcial y victoria total, derrota en el terreno insurreccional con victoria en el terreno económico social, y viceversa. Para el proletariado, la lección de las semirrevoluciones y de las contrarrevoluciones es fundamental. Entre tantos otros ejemplos, son clásicos el de la Alemania posterior a 1848 (doble derrota insurreccional de burgueses y proletarios, victoria social de la forma capitalista y establecimiento gradual del poder burgués) y el de la Rusia posterior a 1917 (doble victoria insurreccional de burgueses y proletarios, en febrero y octubre respectivamente; derrota social de la forma socialista, victoria social de la forma capitalista).

8.- Por lo menos en lo que respecta a su parte europea, Rusia tiene hoy un mecanismo de producción e intercambio ya plenamente capitalista, cuya función social se refleja políticamente en un partido y en un gobierno que han probado todas las posibles estrategias de alianzas con partidos y Estados burgueses del área occidental. El sistema político ruso es un enemigo frontal del proletariado y toda alianza con él es inconcebible, debiendo quedar no obstante bien establecido que el haber hecho triunfar la forma capitalista de producción en Rusia es un resultado revolucionario.

9.- En los países de Asia donde aún dominan economías locales agrarias de tipo patriarcal y feudal, la lucha incluso política de las "cuatro clases", aun cuando surjan a continuación poderes nacionales y burgueses, es un elemento de victoria en la lucha internacional comunista, sea por la formación de nuevas áreas aptas al planteamiento de las reivindicaciones socialistas ulteriores, sea por los golpes asestados por tales insurrecciones y revueltas al imperialismo euroamericano.

o o o

Siguiendo el hilo del tiempo

23 de julio de 1953

El siguiente "Hilo del tiempo", al evocar las Tesis del II Congreso de la Internacional Comunista de 1920 sobre la cuestión agraria y la cuestión nacional y colonial, reafirma la constante adhesión de la Izquierda italiana a dichas tesis, así como su plena validez de principio para el Oriente en plena revolución anticolonial.

Presión « racial » del campesinado, presión de clase de los pueblos de color

Normas del trabajo marxista

Al no ser nuestro objeto la producción y la crítica estética o literarias, los camaradas y lectores no tienen que detenerse a apreciar el pasaje, la página o el texto que publicamos, sino que deben tener presente el vínculo entre las diferentes partes del trabajo realizado por nuestro pequeño movimiento en su esfuerzo por volver a trazar todas las líneas del edificio marxista según un plan unitario.

No nos propusimos dictar un testamento. Por consiguiente, lo que guía nuestro trabajo en la realidad no es un método de exposición sistemático, sino la exigencia de hacer frente en los diferentes dominios a las rupturas y fallas que debilitan el movimiento revolucionario. Sin embargo, siempre tenemos bien presente en cada una de nuestras intervenciones su vínculo con la estructura única a la que se ligan todas las intervenciones anteriores.

Tras la lectura del texto, no es cuestión de organizar "lecciones libres" en cada fuero interno, de convocar al cuerpo legislativo en cada corazón y de pasar luego al voto. Por el contrario, el lector debe esforzarse al máximo por "volver a colocar" los hechos analizados en el sistema ordenado de nuestro programa. No debe emitir juicios, sino cumplir su parte de trabajo.

No hablan aquí ni individuos, ni teóricos, ni profesores, sino los hechos. Confrontamos, afrontamos los hechos pasados a los hechos presentes y futuros confirmando, así, en forma experimental, los resultados de confrontaciones análogas realizadas desde hace aproximadamente un siglo.

En una carta a uno de los que creen en la misión cartesiana de la crítica (instrumento respetable que admiramos en manos de la burguesía que supo forjar con él más de cinco siglos de historia de la sociedad humana; pero nosotros ya hemos empuñado otros instrumentos), un camarada escribía con mucha justeza: "La situación actual, caracterizada por la ausencia transitoria de un movimiento autónomo del proletariado, nos obliga a reivindicar en el dominio de nuestra actividad práctica la integridad de nuestros textos clásicos; a combatir toda alteración de los mismos; a saber esperar que el trastocamiento inevitable de la situación plantease nuevamente el problema del vínculo práctico entre el programa y las luchas del proletariado; a no pretender reemplazar esas luchas con nuestro cerebro para resolver problemas que, en realidad, 101 veces sobre 100 nos son sugeridos por la burguesía".

Dos puntos a establecer

Parece que ha llegado el momento de fijar nuestra atención en dos puntos del marxismo que, por otra parte, nunca hemos dejado de lado y que están estrechamente ligados entre sí: la cues-

ción *agraria* y la cuestión *nacional y colonial*. Esto es lo que ha remos próximamente en nuestros escritos y en reuniones de trabajo, lo que, desde luego, será hecho con interrupciones, paréntesis y reanudaciones ya que no somos un ministerio que distribuye cartas bajo el farsante pretexto de contar con competencias particulares.

Naturalmente, emprendemos este trabajo prometiendo no inventar ni difundir nada nuevo, sino ligándonos siempre al sólido material histórico del que disponemos. No trabajamos para someter el resultado a opiniones democráticas, sino para demostrar que cuando todos los hechos materiales están claramente establecidos y colocados en su justo lugar, a la Señora Opinión le queda casi tanta libertad como a la imagen que se forma en la pantalla según las leyes de la propagación óptica y de la sensibilidad luminosa.

En el curso de los años precedentes nos hemos ocupado de la economía marxista -considerándola sobre todo bajo el ángulo de la descripción científica de la sociedad que se caracteriza por el trabajo asociado- y del programa que es dialécticamente inseparable de ella. Esta parte de la crítica marxista "supone" una sociedad capitalista plenamente desarrollada, y ello por dos razones. En primer lugar, porque la escuela enemiga sostiene que todos los inconvenientes sociales y todas las causas de desequilibrio desaparecerían si todas las relaciones económicas de la sociedad fuesen mercantiles y salariales. Luego, porque si queremos definir la sociedad comunista en forma científica, en sus caracteres opuestos y antitéticos a los de la sociedad capitalista, como punto de llegada del desarrollo histórico y no como un cuadro frío y estático, sólo podemos partir de una sociedad precomunista plenamente desarrollada y, por tanto, de un capitalismo supuestamente integral. Tal como hemos mostrado, Marx elige a Inglaterra para extraer de allí sus datos, pero sabiendo claramente que no era ni es aún puramente capitalista más que en parte, y hace abstracción de lo que conserva de no capitalista. En otro texto mostramos que el mismo Marx lo afirma y que insiste en todas las formas sociales presentes en Inglaterra (aunque en menor grado que en otros lugares) y extrañas a las tres únicas formas sobre las que funda su demostración del carácter inevitable de la crisis: em presa industrial, propiedad de la tierra, trabajo asalariado.

Sin embargo, en la parte histórica de su obra -incluso podríamos decir geográfica, de geografía social-, parte que desarrolla paralelamente a esta teoría "maestra" de la economía capitalista pura, todas las zonas y fases "impuras" son consideradas y analizadas a fondo. Y allí tiene en cuenta el papel, a menudo de primer plano y de primerísima importancia, que juegan las clases sobrevivientes que se vinculan al precapitalismo (campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, etc.), así como el desarrollo histórico de los países que aún no entraron en la fase capitalista y, en particular, de las razas no blancas que aún están bajo formas no solo feudales, sino incluso esclavistas y bárbaras.

Parte histórica y filosófica

Por lo tanto, Marx consagró una gran parte de su obra a establecer las entidades y las leyes que rigen la economía del capitalismo y a definir los términos de la reivindicación comunista.

Hoy, como en tiempos de Lenin, la mayoría de las tesis correctas fueron olvidadas y deformadas, precisamente cuando los datos históricos actuales las vuelven más vigentes aún. No obstante ello, nosotros no hemos descuidado la "geografía de las áreas de lucha de clase y de revolución" y las modificaciones que intervienen en la extensión de esas áreas a medida que en los países avanzados se vuelven dominantes las formas industriales puras y que la producción y el mercado capitalistas invaden los países atrasados.

En la base de la doctrina marxista está el enfrentamiento entre una forma capitalista acabada y un proletariado que cubre el conjunto de los sectores del trabajo productivo. El objetivo al que apunta la organización revolucionaria es el de tejer una red internacional completa para llevar adelante una lucha que se desarrolle a escala mundial. Una vez establecido esto, no tendría absolutamente sentido alguno pretender que las situaciones *mixtas* deban ser lisa y llanamente ignoradas, y que el paso de las fuerzas sociales y de los organismos estatales que les corresponden no pueda ser importante, y hasta decisivo, para la tarea y la acción propias de la clase obrera moderna.

Al desarrollar la teoría económica y social del capitalismo y de su desenlace en el comunismo, con numerosas referencias a la historia y a la geografía de las *fases impuras*, hemos desarrollado también lo que corrientemente se denomina la parte "filosófica" del marxismo, es decir, nuestra teoría de la *dinámica histórica*, de las causas y de las leyes que rigen los hechos históricos, dando así la solución de los famosos problemas de la conciencia, de la voluntad y de la acción que están en el origen de tantas orientaciones falsas. Hemos demostrado que el determinismo económico, el materialismo histórico y dialéctico de Marx, del que tantos reniegan (y estamos más dispuestos que nunca a combatirlos) sólo puede significar la negación de la idea según la cual la acción del individuo estaría precedida por la conciencia y la voluntad y que, por medio de esta acción, podría ejercer una influencia sobre la historia de las colectividades. Por lo tanto, hemos examinado una vez más, en forma inmutable y textualmente conforme a los primeros enunciados del método marxista, la naturaleza y función del partido de clase. Solamente en el partido de clase, que es un órgano impersonal, se puede hablar de una *praxis* fundada en el conocimiento teórico y en la decisión voluntaria. Por otra parte, éstos no dependen de libres elecciones arbitrarias, sino de orientaciones establecidas previamente y de la realización de algunas condiciones dadas que es posible estudiar, descubrir, experimentar, pero nunca provocar por medio de recetas, expedientes, estratagemas o maniobras.

A este problema se vincula directamente el de la táctica, es decir, el de los métodos de acción propios a las diferentes fases y condiciones del desarrollo histórico. También aquí hemos acumulado un material útil y sólido -sin que jamás sea posible decir que este trabajo está terminado- recurriendo casi a cada paso a los esclarecimientos de principio indispensables para evitar los siempre posibles extravíos.

Uno de los errores más considerables es la afirmación -muy a menudo injustamente atribuida a la Izquierda comunista con el objetivo de desembarazarse de sus críticas, planteadas en 1920 y brillantemente confirmadas por la historia- según la cual sólo debamos ocuparnos de una situación "de dos personajes": los proletarios asalariados contra los empresarios capitalistas, y que el movimiento y el partido de los proletarios no tienen nada que ver,

qué decir, ni qué hacer, cuando entra en escena un tercer personaje. Por consiguiente, es útil analizar nuevamente la cuestión campesina y la de las nacionalidades conformándonos, por el momento, con una rápida síntesis documental que muestre que la Izquierda, lejos de ignorarlas, siempre les ha acordado toda su atención.

Ayer

Antes de Lenin

En exposiciones más detalladas será preciso recordar, ante todo, los resultados establecidos por Marx con respecto a estas dos grandes cuestiones: la cuestión agraria y la cuestión nacional.

Para la primera, la exposición del Libro III del *Capital* sobre la renta del suelo aporta elementos fundamentales. Para demostrar que en la hipotética sociedad capitalista pura la renta de la tierra se forma como parte de la plusvalía, mientras el poder del capital no se haya desembarazado de los terratenientes nacionalizando la tierra y los inmuebles (lo que aún no sería socialismo, lejos de eso), Marx nos dio, según el método del determinismo económico, la teoría y los "modelos" de los tipos de sociedad precapitalista en donde la economía agraria predomina en formas aún no burguesas. Y así como opone su "modelo" de la producción industrial moderna a los de los economistas clásicos y vulgares, así también opone sus modelos y esquemas de las economías preindustriales a los de los economistas fisiócratas o mercantilistas.

Por otra parte, en los textos de Marx y también de Engels sobre las luchas de clases en Francia y en Alemania, se encuentran innumerables aplicaciones históricas, así como todos los elementos de la doctrina tal como Lenin tuvo que restaurarla luego contra el grosero revisionismo tipo II Internacional de los burócratas conservadores que se habían puesto a la cabeza del proletariado urbano.

Con respecto a la cuestión de las nacionalidades, Marx no dejó de prestarle la misma atención, como lo testimonian no solo la parte histórica de sus obras económicas, sino los textos de la I Internacional y numerosas cartas de su incesante correspondencia. Es indiscutible que Marx no sólo se interesó en las luchas de liberación nacional, sino que proporcionó el apoyo de los proletarios y de los comunistas a la lucha de Polonia contra Rusia, por ejemplo, y a la de Irlanda, atrasada y agrícola, contra Inglaterra, moderna e industrial. No menos fundamental es el interés acordado por Engels (lo hemos recordado en otro texto) a las guerras de constitución de las naciones en Europa continental antes de la guerra de 1870-71.

Comprobaciones dialécticas

El sentido de todo esto es que en áreas geográficas y fases históricas determinadas, claramente definidas en el ámbito de

la teoría marxista general del curso histórico (y que no pueden surgir en cualquier momento, como sale un diablo de una caja), ocurre a menudo que la lucha de una masa de pequeños campesinos contra los terratenientes acelera la revolución burguesa y la liberación de las fuerzas productivas modernas de la traba de las relaciones de producción tradicionales. Esta liberación es la premisa indispensable de la lucha y de las reivindicaciones proletarias ulteriores.

Del mismo modo, ocurre a menudo que la liberación de fuerzas comprimidas por las viejas relaciones sólo puede producirse a continuación de una guerra de independencia nacional o de una guerra ligada a una reivindicación irredentista. Estas situaciones, no solo deben ser reconocidas y estar previstas en doctrina, sino que, además, cuando existen fuerzas proletarias de clase ya maduras, éstas deben apoyar a esos movimientos que abren la vía a las fuerzas productivas modernas. En consecuencia, en las áreas y fases evocadas anteriormente (y de las que debe excluirse resuelta mente a la Europa burguesa posterior a 1871), los proletarios apoyarán a esos movimientos en los que es indiscutible que luchan esencialmente las capas y fuerzas burguesas más radicales.

En estas áreas y épocas, el error y el derrotismo no residen en la alianza con movimientos -movimientos insurreccionales- de base agraria o nacional, sino, precisamente, en el desconocimiento del hecho de que esos movimientos tienen un objetivo democrático y capitalista. Hacia 1860, Marx exhorta a los trabajadores a luchar junto a los insurgentes de Varsovia pero, al mismo tiempo, ataca despiadadamente a la ideología liberal, patriótica y democrática radical de los jefes de esos movimientos. Lo peligroso sería, por el contrario, que para poder superar esta fase crítica, se sacrificase una fuerza proletaria ya desarrollada en un plano autónomo de clase, al dejarla adoptar la doctrina y la política de la libertad nacional como fin en sí y al admitir que ésta pueda constituir un patrimonio, una plataforma eterna común a burgueses y proletarios. Cuando Lenin decía que era inevitable favorecer a una forma burguesa, la llamaba burguesa con todas las letras, y no proletaria como hacen hoy los comunistas renegados (1). Por consiguiente, se trata de comprender la dialéctica y no se la puede suplir con la negación de los hechos y de las necesidades históricas; ni siquiera el hijo de Dios pudo alejarse de sus labios cierto cáliz. Pero a todo revolucionario le ocurre, cuando todavía no ha asimilado la dialéctica y cree razonar con absoluta libertad y conciencia, que presupone inconscientemente que su yo, colocado fuera del mundo y contra el mundo, posee una chispa de divinidad. Por tanto, no se trata de proponer a los proletarios y a los militantes que se coloquen cinturones de castidad, sino que aprehendan el sentido histórico del acontecimiento que constituye una doble negación: obreros de Varsovia, adelante junto a los burgueses para negar el poder zarista porque debéis pasar por allí para poder negar el poder burgués; intentad, aunque sea difícil, ayudar a los burgueses, pero sin por esto pensar con su cabeza. El determinismo es el juego de una miríada de unidades y fuerzas que actúan a escala mundial y no el resultado de una armonización artificial de la acción de cada individuo con su voluntad, su conciencia y su pensamiento...

(1) Con los movimientos de la Resistencia antifascista, estos últimos no solo dan su apoyo a las fuerzas democráticas contrarrevolucionarias, sino que también las tildan de proletarias.

El Congreso de la Internacional Comunista

Reservándonos el volver más detalladamente sobre los textos marxistas que confirman plenamente lo precedente y en los que ya nos hemos inspirado ampliamente, volvamos a las posiciones tomadas en el momento de la constitución de la Internacional de Moscú, en particular durante el Congreso mundial de 1920 cuyas tesis sobre la cuestión agraria y sobre la cuestión nacional y colonial fueron redactadas y presentadas por el mismo Lenin. Durante este congreso, anterior a la constitución del partido comunista de Italia, en todos los casos en que existían, la Izquierda expresó sus claras divergencias. Intervino, sobre todo, en la cuestión del parlamentarismo enfrentándose al mismo Lenin; en la cuestión de la escisión del partido socialista italiano (en acuerdo con Lenin) y en la cuestión de las condiciones de admisión que apuntaba, en particular, a la derecha alemana y francesa, planteando propuestas que Lenin aceptó e introdujo en el texto (la famosa 21ª condición).

La cuestión del parlamentarismo desembocaba en la de la táctica y la divergencia sobre esta cuestión apareció más claramente en 1921, 1922, 1924 y 1926, en las intervenciones de las delegaciones italianas pertenecientes a la izquierda del partido comunista de Italia cuya enorme mayoría estuvo representada por esta corriente hasta 1924 (2)..

Por lo tanto, si la Izquierda italiana hubiese tenido la más mínima objeción que oponer a las tesis sobre la cuestión agraria y sobre la cuestión colonial las hubiese expresado abiertamente. Ahora bien, al examinar los informes y los procesos verbales, no se encuentra indicio alguno al respecto. Por el contrario, en los textos en que estas cuestiones se plantean, se encuentran tomas de posición inequívocas sobre las tesis marxistas que concuerdan perfectamente con el sentido profundo de la restauración doctrinal e histórica de Lenin.

Al contrario, los que se levantaron vivamente contra esas tesis fueron los elementos de derecha: Serrati y Graziadei (como lo hemos recordado en el artículo intitulado *Oriente*, entre otros) (3). Estos textos son conocidos y, por lo tanto, debería quedar claro que de 1920 a 1953 nada cambió en nuestro análisis de estos problemas contrariamente a lo que parecieron creer algunos camaradas a propósito de la conferencia de Génova (4), que bosquejó

(2) El lector interesado en las posiciones y el combate de la Izquierda "italiana" en la Internacional Comunista, podrá remitirse particularmente al segundo volumen de la *Storia della Sinistra Comunista* (Historia de la Izquierda Comunista), Milán, 1972, cuyo capítulo sobre "El II Congreso de la Internacional Comunista" fue traducido al francés en los nº 59 y 60 de la revista *Programme Communiste*, así como en los artículos y series siguientes de la misma revista: "En memoria de Amadeo Bordiga" (nº 50 a 56) que reproduce un cierto número de sus artículos e intervenciones más destacados; "Intervención de Amadeo Bordiga en el VI Ejecutivo Ampliado de la Internacional Comunista, febrero-marzo de 1926" (nº 69-70).

(3) Ver *Factores de raza y nación en la teoría marxista*, publicado en italiano por Ed. Iskra, Milán, 1976, y en francés por Editions Prométhée, París, noviembre de 1979,

(4) Reunión realizada en Génova el 26 de abril de 1953 en la que se desarrolló particularmente el informe sobre *Las revoluciones múltiples* publicada en el presente número de esta revista.

un amplio panorama histórico de las "revoluciones impuras" pero que luego se ocupó más directamente de una economía plenamente capitalista: la de los EE.UU.

Volviendo a 1920, vemos claramente por qué la III Internacional consideró fundamentales algunos puntos que el socialismo occidental prácticamente había olvidado. La II Internacional, hundida hasta el cuello en el reformismo sindical y parlamentario, sólo prestaba atención a la población urbana y metropolitana pues era allí, sobre todo, en donde se reclutaban los electores. Pero la formidable preparación del partido ruso, bolchevique y marxista, no podía despreciar fuerzas que en Rusia eran cuantitativamente mucho más importantes que las del proletariado industrial y que ya participaban en la lucha abierta contra el poder zarista. Por una parte, los campesinos oprimidos por los grandes terratenientes y la Iglesia; por otra, los pueblos de todas las nacionalidades sometidas por el Estado gran ruso. Estas fuerzas debían converger en la revolución rusa (y no faltaron a la cita). Había que evaluarlas correctamente y utilizarlas imprimiendo a la revolución, sin embargo, un carácter de clase obrero y socialista.

Si la revolución rusa se hubiese quedado en el estadio de una lucha de liberación de las pequeñas nacionalidades y razas oprimidas, y de emancipación de los campesinos sometidos, no solamente no habría llegado a ser una revolución socialista dirigida por el proletariado ruso y la Internacional mundial, sino que tampoco habría dado a luz a una sociedad plenamente capitalista y con un desarrollo industrial acelerado en las ciudades y en el campo.

Por tanto, los marxistas rusos no podían dejar de plantear se un problema que, quiérase o no, es siempre actual en países de una importancia demográfica primordial como India y China (para hablar solamente de éstos), a saber, la actitud de los revolucionarios marxistas en una sociedad en la que coexisten el feudalismo, el señorío patriarcal, el capitalismo extranjero, la burguesía nacional, el campesinado pobre, el artesanado y, por último, un proletariado muy poco numeroso y disperso.

Lo que decían las tesis del II Congreso

a) Sobre la cuestión agraria

Un opúsculo sobre la cuestión agraria reeditado posteriormente (5), explicaba a los comunistas italianos el sentido preciso de las tesis de la Internacional para replicar a los que pretendían que los comunistas querían fomentar revoluciones campesinas e instaurar una sociedad basada en la defensa de la pequeña explotación. Mostrando la diferencia entre propiedad (criterio jurídico) y explotación (criterio técnico y económico) se estableció que los comunistas siempre están a favor de la gran explotación, tanto en el sector agrícola como en el industrial, pero las condiciones de la gran explotación no están reunidas exclusivamente por

(5) Amadeo Bordiga, *La cuestión agraria (elementos marxistas del problema)*, publicado en *El Programa Comunista* nº 32 y 33 de octubre-diciembre de 1979 y enero-marzo de 1980, respectivamente.

la existencia de grandes extensiones de tierra pertenecientes a un solo propietario (latifundio). Se pueden encontrar inmensas propiedades divididas en una miríada de pequeñas explotaciones (confiadas a arrendatarios o a aparceros), así como podría encontrarse el caso opuesto si una gran explotación industrial alquilase muchas pequeñas propiedades limitrofas. Socialmente, la pequeña explotación agrícola siempre resulta negativa y deficitaria; está en los antípodas del socialismo que queremos alcanzar, es la base de la ideología más reaccionaria. Las tesis del II Congreso dicen eso. Nos contentaremos con citar un pasaje del discurso del relator Meyer:

"¿Cuándo se tiene derecho a dividir la gran propiedad? Sólo lo puede plantearse la cuestión del reparto si la gran propiedad ya está alquilada a una serie de pequeños campesinos, es decir, si no constituye una unidad productiva. En ese caso, la división de ningún modo constituye la disolución de una gran empresa. La división también puede ser considerada cuando la gran propiedad está imbricada en las pequeñas parcelas. Aquí, el hambre de tierra es tan grande que es preciso satisfacerlo para asegurar la revolución. En todos los casos es importante no permitir a los grandes propietarios que permanezcan en sus tierras, es importante expulsarlos" (6).

Más adelante agrega que la Comisión suprimió el párrafo que decía que sería un error no dividir las tierras y lo reemplazó por una enmienda que afirmaba que debía mantenerse el principio de la gran explotación.

Las objeciones de Graziadei y Serrati concernían sobre todo a la táctica a emplear con respecto a los pequeños campesinos propietarios. En el caso de Serrati, competente y resuelto organizador de los obreros urbanos, se trataba de una verdadera comprensión de los datos del problema. Pero lo que dicen las tesis sobre el conflicto de intereses que opone esos pequeños campesinos al Estado capitalista en relación a los impuestos, las hipotecas, el capital usurario, se encuentra palabra por palabra en los textos de Marx a propósito de Francia. Con respecto a Graziadei, a pesar de que conocía a fondo la cuestión, se equivocó en lo que respecta a la noción de huelgas y organizaciones comunes entre los obreros agrícolas (que son proletarios en todo el sentido de la palabra) y los pequeños propietarios. En realidad, Lenin sólo había hablado de los semiproletarios, es decir, de los campesinos que poseen un pedazo de tierra pero que no pueden vivir de ella y deben emplearse en otro lugar con su familia. Por lo tanto, en este sentido, sus intereses son completamente paralelos a los de los jornaleros sin tierra y perfectamente pueden hacer huelga para mejorar sus salarios.

b) Sobre la cuestión nacional y colonial

En nuestro artículo *Oriente* hemos recordado lo que decían las tesis nacionales y coloniales del II Congreso. Lenin hizo un breve discurso para justificar la sustitución de la expresión "movimientos democrático-burgueses" por la de movimientos nacional-revolucionarios en los países atrasados. La segunda de estas ex-

presiones designaba una insurrección indígena armada contra los ocupantes imperialistas blancos, mientras que la primera podía sugerir un bloque legalitario con fracciones de la burguesía local, imitando el parlamentarismo occidental. Toda la construcción de Lenin reposaba sobre un hecho de un peso histórico innegable, que hoy adquiere tanto más relieve cuanto que debido al derrotismo de los stalinistas los movimientos en las colonias y las semicolonias dan al imperialismo occidental más quehacer que los de los proletarios de las metrópolis, y también debido a que regímenes terriblemente estáticos, como las teocracias y los Estados con base rural de Oriente, están hundiéndose en un estallido de guerras civiles.

El comunista hindú Roy presentó tesis suplementarias aceptadas por Lenin. La sexta de esas tesis, incontestable desde el punto de vista marxista, decía:

"Es indudable que el imperialismo extranjero que pesa sobre los pueblos de Oriente trabó su desarrollo económico y social y les impidió alcanzar el grado de desarrollo alcanzado en Europa y en América."

"Gracias a la política imperialista que obstaculiza el desarrollo industrial de las colonias, hace apenas poco tiempo que ha comenzado a existir el proletariado indígena. La industria doméstica diseminada local tuvo que ceder su lugar a la industria concentrada de los países imperialistas. Así, la enorme mayoría de la población fue constreñida al trabajo agrícola, que produce las materias primas para el extranjero."

"Por otra parte, se asiste a una muy rápida concentración de la propiedad de la tierra en las manos de los terratenientes, de los capitalistas y del Estado, lo que contribuye a acrecentar el número de los campesinos sin tierra. (Citamos este pasaje para mostrar sobre todo el vínculo existente entre cuestión agraria y cuestión nacional y colonial.) La enorme mayoría de la población de esas colonias sufre una opresión terrible."

"A consecuencia de esta política, el espíritu de revuelta permanece latente en las masas populares y sólo se expresa en las capas poco numerosas de las clases medias cultivadas. (No olvidemos que el que nos habla es un hindú y que, al igual que los chinos, tiene tras de sí más milenios de "civilización" y de "cultura" que los que Europa puede ofrecer a América.)"

"La dominación extranjera traba constantemente el libre desarrollo de la vida social. Por ello, el primer paso de la revolución debe ser la eliminación de esta dominación extranjera. Por tanto, sostener la lucha por el derrocamiento de la dominación extranjera en las colonias no significa adherir a las aspiraciones nacionales de la burguesía indígena, sino allanar la vía de su emancipación al proletariado de las colonias" (7).

En 1920 el cuadro ya era resplandeciente. Pero hoy, la situación reinante en una gran parte de África y Asia ha alcanzado el paroxismo de la tensión. No será justamente una mueca de intelectual despreciativo lo que permitirá ignorar a fuerzas en movimiento de tan formidable potencia.

(6) Protokoll des II Weltkongresses der Kommunistischen Internationale, Hamburgo, 1921, p. 549.

(7) Idem. pp. 147-148.

Hoy

La posición de la Izquierda

En el congreso de Roma de 1922 no se trató la cuestión nacional en particular; en cambio, la cuestión agraria fue tratada en tesis conforme al análisis que acabamos de recordar.

En el congreso de Lyon de 1926, última manifestación numéricamente importante de la Izquierda (que aún tenía la mayoría en el partido comunista de Italia, aunque esto poco importa), ésta propuso un sistema completo de tesis presentadas luego al ejecutivo ampliado de Moscú como manifestación orgánica de oposición al hundimiento de todo el Komintern, hundimiento que, como hoy sabemos, conduciría a una bancarrota total. Se encuentran allí párrafos sobre la cuestión agraria y sobre la cuestión nacional (8).

El párrafo sobre la cuestión agraria no solo recoge las posiciones anteriormente recordadas, sino que en gran medida admite la posibilidad de utilizar al pequeñísimo propietario agrícola en la lucha revolucionaria mostrando a la vez, junto con Lenin, los numerosos peligros de esta táctica.

El párrafo sobre la cuestión nacional se apoya también en la *clarificación fundamental* realizada por Lenin:

"Antes de que (en los países coloniales y en algunos excepcionalmente atrasados) hayan madurado las relaciones de la moderna lucha de clase, desarrolladas tanto por los factores económicos como por los importados con la expansión del capitalismo, se plantean reivindicaciones que sólo pueden ser alcanzadas con una lucha insurreccional y con la derrota del imperialismo mundial.

"Cuando estas dos condiciones están verificadas plenamente, la lucha puede desencadenarse en la época de la lucha por la revolución proletaria en las metrópolis, aunque no asuma localmente aspectos de un conflicto de clase, sino de raza y de nacionalidad".

Por tanto, la línea es continua y nadie tiene derecho a sorprenderse.

Para citar trabajos más recientes, los *Elementos de orientación marxista*, aunque no trata expresamente la cuestión colonial, dice en este pasaje:

"Los trabajadores de todos los países no pueden dejar de luchar junto a la burguesía por el derrocamiento de las instituciones feudales (...). Incluso en las luchas que llevan adelante los jóvenes regímenes capitalistas para impedir las restauraciones reaccionarias, el proletariado no puede rehusar su apoyo a la burguesía" (9).

(8) El proyecto de tesis preparado por Bordiga para el III Congreso del Partido Comunista de Italia (Lyon, 1926) fue publicado en español en *El Programa Comunista* nº 34/35 (abril-septiembre de 1980).

(9) "Tracciato d'impostazione", *Prometeo* nº 1, julio de 1946, traducido al francés con el título *Éléments d'orientation marxiste*, Ed. Programme Communiste, París, 1972.

Evidentemente, esto es aplicable a la Francia de 1793 o a la Alemania de 1848. Pero sería incoherente negarse a aplicarlo a los revolucionarios chinos de 1953 que, además, luchan contra el imperialismo capitalista más avanzado. Por supuesto, aún queda el problema de la justa soldadura entre la lucha despiadada contra el imperialismo en las colonias y la lucha en las metrópolis. Los stalinistas sustituyen la perspectiva de Lenin por la vergonzosa alianza con los franceses, ingleses y americanos, siendo su derrocamiento el responsable de la ineficacia de las luchas desesperadas de los explotados y oprimidos de color, a los que traicionaron y condenaron a permanecer sin eco alguno.

En las *Tesis de la Izquierda* (o *Plataforma del partido*) publicadas en 1947 pusimos en primera fila, naturalmente, la condición, que ya se encontraba en las tesis de Lenin, de la reconstitución del partido unitario de la revolución internacional del que hoy carecemos (10). Entonces, criticamos en ellas, como lo hicimos en toda nuestra polémica de 1920-26, la transposición abusiva de tácticas válidas en la Rusia anterior a 1917, a los países de capitalismo avanzado e incluso a los países extraeuropeos y coloniales, señalando que con la segunda guerra mundial el carácter unitario de la fuerza enemiga se acrecentó aún más en el mundo entero.

Precisamente, el problema es histórico y no táctico. El apoyo a los movimientos democráticos y de independencia que se colocan en el terreno insurreccional era lógico en la primera mitad del siglo XIX. Hoy sigue siendo plenamente válido para Oriente, como lo era para Rusia antes del 17. En las tesis evocadas anteriormente, hemos recordado precisamente esta posición marxista fundamental. En cambio, hemos combatido la pretensión de aplicar recetas tácticas desastrosas como la del frente único, del entrismo, de la organización en células, del funcionarismo, etc., indistintamente a los partidos que trabajan, supongamos, en Asia, en América o en Inglaterra, por más maravillosos resultados que promuevan. En realidad, hoy ya no se puede ocultar que esta táctica condujo a la destrucción de toda energía revolucionaria.

Ni libertad teórica ni libertad táctica

Hay que ponerse de acuerdo en este principio fundamental de la Izquierda. La unidad sustancial y orgánica del partido, que se opone diametralmente a la unidad formal y jerárquica de los stalinistas, es una necesidad en materia de doctrina, en materia de programa y también para lo que se denomina la táctica. Si entendemos por táctica los medios de acción, éstos sólo pueden ser definidos a través de la misma investigación que nos ha permitido formular las reivindicaciones de nuestro programa final e integral basándonos en los datos de la historia pasada.

(10) Las "Tesis de la Izquierda" fueron publicadas en 1946-47 bajo la forma de una serie de textos en diversos números de la revista *Prometeo*, publicados en español en *El Programa Comunista* nº 21 y 22, septiembre y diciembre de 1976, respectivamente.

Estos medios no pueden ser elegidos ni variar sin motivo a merced de las sucesivas épocas o, peor aún, de los diversos grupos, sin que se vean también afectados de modificación los objetivos programáticos y todo el curso que conduce a ellos.

Evidentemente, los medios no son elegidos por sus cualidades intrínsecas -belleza o fealdad, dulzura o aspereza, flexibilidad o dureza. Pero su sucesión tiene que haber sido prevista en sus grandes líneas por el partido y formar parte de su armamento común en lugar de estar abandonada al azar de las "situaciones" cotidianas. Siempre ha sido ése el sentido del combate de la Izquierda. Eso es lo que expresamos también cuando decimos que la "base" está obligada a ejecutar las indicaciones tácticas del centro, en la medida en que el centro mismo esté ligado por un "abanico" de tácticas posibles, ya previstas, y que correspondan a eventualidades también previstas. Sólo con ese vínculo dialéctico es posible superar un problema que es estúpido querer resolver a través de la democracia consultativa, cuya absurdidad ya hemos demostrado muchas veces. En efecto, todos la reivindican pero, en mayor o menor medida, todos están igualmente dispuestos a ofrecer el espectáculo de asombrosos abusos de autoridad y de cambios sorpresivos en la organización.

En consecuencia, desde el punto de vista de la teoría, ningún militante del partido comunista reconstituido podrá dejar de comprender que la alineación de las clases y la relación de fuerzas en un país como China, por ejemplo, son diferentes de las existentes en los países occidentales y que debemos contar con un proceso y un desarrollo de luchas diferentes, en el marco de un mundo moderno que cada día se unifica más por el juego de su base económica. No podrá dejar de comprender que la utilización de los impulsos antiimperialistas de los pueblos de color influye también en la relación de fuerzas entre los bloques imperialistas en conflicto latente y que la supremacía de uno u otro bloque debe tener consecuencias muy distintas.

Desde el punto de vista táctico, no podrá dejar de comprender que la exaltación de los movimientos coloniales contra Europa o América se torna abusiva cuando se la separa -como lo hace toda vía la IV Internacional- de la condición primordial, siempre establecida por el marxismo, a saber: la unidad de método de la clase proletaria mundial y de su partido comunista, precisamente destruida por la libertad de táctica y por la manía de las maniobras, expedientes, estratagemas y otros descubrimientos.

Entonces, podrá comprender que además de las dos fuerzas-tipo del "esquema" que nos resulta útil en teoría para demostrar con certeza matemática la ineluctabilidad del hundimiento del capitalismo, se encuentran en la escena del mundo inmensas fuerzas: en los países metropolitanos, las clases inferiores no proletarias; y, en todo el resto del planeta, las razas y los pueblos "atrasados" (adjetivo que, sin embargo, el II Congreso no supo definir).

Esta documentación sobre los "antecedentes" del problema es solamente una introducción al trabajo más profundo que deberá realizarse luego.

Hay que darse cuenta de que en los modernos países subsisten núcleos de pequeños campesinos que aún se encuentran fuera de la esfera del mercantilismo y que se transmiten viejas características que la época moderna ha borrado en todos los habitantes de las ciudades tanto en los multimillonarios como en los mendigos.

Como decía Marx, constituyen una verdadera raza de bárbaros en un país avanzado -avanzado en el sentido de su horrible civilización. Sin embargo, hasta esos bárbaros podrían volverse una de las misiones de la revolución que deberá sumergir esta civilización.

Hay que darse cuenta de que en los países de ultramar viven inmensas colectividades de raza amarilla, negra, aceitunada, cuyos pueblos, al haber sido despertados por el estrépito del maquinismo capitalista, parecen abrir el ciclo de una patriótica lucha de independencia y de liberación nacional como aquella con la que se embriagaban nuestros abuelos pero, en realidad, representan un factor considerable en la lucha de clases que la sociedad actual lleva en su seno y que mañana estallará con tanto más violencia cuanto más tiempo haya sido ahogada.

o o o

Reunión de Trieste 29-30 de agosto de 1953

El trabajo Factores de raza y de nación en la teoría marxista expone ampliamente la función de los factores de raza y de nacionalidad en el curso de la historia y la relación de proletariado moderno con ellas, y será próximamente publicado integralmente en castellano. Aquí sólo transcribimos su Introducción en donde se ataca vigorosamente la visión simplista y antimarxista de una lucha de clases internacional exclusivamente reducida al proletariado y a la burguesía, y que desconoce la inmensa influencia del factor de la nacionalidad en la historia moderna y contemporánea; y en donde se denuncia, por una parte, el oportunismo consistente en abrazar los postulados ideológicos y programáticos de los movimientos revolucionarios de liberación nacional, y, por otra, la traición que reside en extender la histórica alianza insurreccional antifeudal del proletariado y la burguesía más allá del ámbito geográfico y del ciclo histórico en que dicha lucha está planteada en el orden del día.

Factores de raza y de nación en la teoría marxista

Introducción

Impotencia de la posición « negativista » banal

¿ Razas, naciones o clases ?

1.- *El método de la Izquierda comunista italiana e internacional jamás ha tenido nada en común con el falso extremismo dogmático y sectario que pretendería superar a las fuerzas presentes*

en los procesos reales de la historia por medio de negaciones verbales y de fórmulas literarias huecas.

Con un reciente "Hilo del tiempo" (1), hemos comenzado la publicación de una serie de artículos sobre la cuestión nacional y colonial y sobre la cuestión agraria, es decir, sobre las principales cuestiones sociales contemporáneas en las que están en juego fuerzas notables, no limitadas al capital industrial y al proletariado asalariado. Se ha demostrado aquí, a través de citas documentales, que el marxismo revolucionario perfectamente ortodoxo y radical reconoce la importancia presente de tales factores y la correspondiente necesidad de tener, respecto a ellos, una práctica de clase y de partido adecuada. Para esto, no solo nos hemos apoyado en citas de Marx, Engels y Lenin, sino de los mismos documentos base, de los años 1920 a 1926, de la Oposición de Izquierda en la Internacional y del Partido Comunista de Italia que, en aquel período, era parte integrante de ella.

Sólo en las vanas insinuaciones de sus adversarios, encauzados desde entonces en la vía de un oportunismo que los ha llevado a renegar del marxismo de clase y a hundirse en la política contrarrevolucionaria, la Izquierda italiana habría sido participe del error absolutista y metafísico según el cual el partido comunista sólo debería ocuparse del duelo entre las fuerzas puras del capital moderno y los obreros de empresa, del cual surgirá la revolución proletaria, negando e ignorando la influencia sobre la lucha social de cualquier otra clase y de cualquier otro factor. En nuestra obra reciente de restauración de los fundamentos de la economía y del programa revolucionario marxistas, hemos mostrado ampliamente como incluso hoy esta "fase" pura no existe en realidad en ninguna parte, ni siquiera en los países más densamente industrializados donde la dominación política de la burguesía es más antigua, como pueden serlo Inglaterra, Francia o Estados Unidos. Hemos mostrado, además, que esta fase pura no se verificará nunca en ningún lugar, y que, por tanto, de ningún modo será una condición necesaria para la victoria revolucionaria del proletariado (2).

Es, pues, una pura bobada decir que por ser el marxismo la teoría de la lucha de clase moderna entre capitalistas y obre-

(1) Se trata del artículo "Presión 'racial' del campesinado, presión de clase de los pueblos de color", publicado en esta misma revista. Los artículos de la serie "Siguiendo el hilo del tiempo" volvían a ubicar los acontecimientos actuales en el marco de las cuestiones históricas y doctrinales del movimiento obrero y comunista.

(2) Esta idea ha sido precisada en diversos escritos económicos, como por ejemplo el artículo titulado "Attrachi il batiscafo storico!" ("¡Amarrad el submarino histórico!"), publicado en *Il Programma Comunista* n.º 9, 30 de abril de 1954, que formaba parte de una vasta serie consagrada a la cuestión agraria y que particularmente decía:

"Por tanto, es indudable que al mirar a nuestro alrededor, ya sea en Italia, Francia, Alemania, o en los E.E.U.U., no veremos un espectáculo con tres personajes solamente en el campo ni tampoco en la ciudad. Además de los capitalistas, los propietarios de la tierra y los asalariados, encontramos otras capas sociales a menudo en proporciones estadísticamente considerables. Aunque en forma limitada, estas capas también se mueven, se agitan, tienden a defender sus intereses y preconizan, en formas más o menos aceptables, nuevos repartos sociales". Esto plantea el problema "de las actitudes tácticas y políticas de un partido obrero de clase con respecto a estas fuerzas". Esta cuestión es recogida en el artículo citado en la nota anterior.

ros, y el comunismo el movimiento que guía la lucha del proletariado, nosotros negamos todo efecto histórico a las fuerzas sociales de otras clases -por ejemplo, a los campesinos- y a las tendencias y presiones raciales y nacionales, y que, al definir nuestra acción, nos desinteresamos de tales elementos por considerarlos superfluos.

2.- El materialismo histórico, al presentar de modo nuevo y original el curso de la prehistoria, no se ha limitado a considerar, estudiar y valorar los procesos de formación de familias, grupos, tribus, razas y pueblos hasta la creación de las naciones y de los Estados políticos, sino que, además, los ha explicado, mostrando que están ligados a las fuerzas productivas y condicionados por su desarrollo y que, de este modo, ilustran y confirman la teoría del determinismo económico.

Indudablemente, la familia y la horda son formas que también encontramos en las especies animales; pero no obstante, aun las más evolucionadas, aquellas que comienzan a presentar ejemplos de organización colectiva para fines de defensa y conservación común y hasta de recolección y almacenamiento de alimentos, no presentan todavía una actividad productiva, la cual distingue al hombre, incluso al más antiguo, del animal. Mejor sería decir que lo que distingue a la especie humana no es el conocimiento ni el pensamiento, ni la partícula de luz divina que ésta poseería, sino la capacidad de producir no solo objetos de consumo, sino también objetos destinados a la producción ulterior, como los primeros utensilios, por rudimentarios que fuesen, para la caza, la pesca, la recolección de frutos y, más adelante, para el trabajo agrícola y artesanal. Esta primera necesidad de organizar la producción de utensilios se empalma -y esto es lo que caracteriza a la especie humana- con la necesidad de dar una disciplina y una normativa al proceso de reproducción, superando el carácter ocasional de la relación sexual con formas bastantes más complejas de las que presentaba el mundo animal. En el texto clásico de Engels sobre el origen de la familia, al que haremos referencia ampliamente, se muestra, si no la identidad, al menos la conexión inseparable entre la evolución de las instituciones familiares y la de las formas de producción.

Por consiguiente, la visión marxista del curso de la historia humana proporciona aun antes de que estén presentes las clases sociales (el objetivo de toda nuestra batalla teórica es, justamente, el de mostrar que las clases no son eternas, que tuvieron un principio y tendrán un fin), la única explicación posible sobre bases científicas y materiales de la función del clan, de la tribu y de la raza, así como de su ordenamiento en formas cada vez más complejas por efecto de las condiciones del medio físico y del incremento de las fuerzas productivas y de la técnica de la que llega a disponer la colectividad.

3.- El factor de las nacionalidades y de las grandes luchas armadas de ellas y para ellas, presente de modo diverso en toda la historia, es decisivo en momentos en que aparece la forma social burguesa y capitalista, y a medida que ésta se extiende sobre el mundo entero. En su tiempo, Marx dedicó la máxima atención, no menor que la dedicada a los procesos de la economía social, a las luchas y guerras de formación de los Estados nacionales.

Al existir ya desde 1848 la doctrina y el partido del proletariado, Marx no solamente dio una explicación teórica de aquellas luchas según el determinismo económico, sino que también se preocupó por establecer los límites y las condiciones de tiempo y lugar para el apoyo a las insurrecciones y a las guerras estatales de independencia nacional.

Una vez formadas las grandes unidades organizadas de pueblos y naciones, y cuando ellas y su dinamismo social ya diferenciado en castas y clases son coronados por las formas de Estado con sus jerarquías, la importancia del factor racial y nacional debe ser apreciada según las épocas históricas: esclavitud, señoría, feudalismo, capitalismo. Su importancia es distinta en estas diversas formas, como se verá en la 2ª parte, y como se ha expuesto tantas veces. En la época moderna, que ha visto iniciarse y difundirse en el mundo el tránsito de la forma feudal, caracterizada por las relaciones de dependencia personal y de intercambios limitados y locales, a la forma burguesa, caracterizada por la servidumbre económica y la formación de grandes mercados unitarios nacionales tendente hacia un mercado mundial, la formación de la nacionalidad según la raza, la lengua, las tradiciones y la cultura constituye una fuerza fundamental en la dinámica de la historia. Es la reivindicación que Lenin resumía en la fórmula: "una nación, un Estado" cuando, al mismo tiempo que explicaba que era necesario luchar por ella, subrayaba que ésta era una fórmula burguesa y no proletaria y socialista. Esto que Lenin preconizaba para la Europa oriental anterior a 1917 fue preconizado por Marx, como es bien conocido, desde 1848 hasta 1871 para toda la Europa occidental (con excepción de Inglaterra). Y esto sigue siendo cierto hoy fuera de Europa en partes inmensas del mundo habitado, por más que el proceso sea excitado y acelerado por la potencia de los intercambios económicos, y de todo género, a escala mundial. El problema de la posición a asumir frente a las tendencias irresistibles de los pueblos "atrasados" a luchar por su independencia nacional es, por consiguiente, un problema actual.

El oportunismo en la cuestión nacional

4.- *El nudo dialéctico de la cuestión es el siguiente: no se trata de considerar como un renegamiento de la doctrina y de la política de la lucha de clase a una alianza de la clase obrera y de su partido con capas burguesas en la lucha armada por objetivos revolucionarios antifeudales, sino de mostrar que aun en las situaciones históricas y en las áreas geográficas en que ésta alianza es necesaria e ineluctable hay que mantener integralmente, e incluso llevar al grado máximo, la crítica teórica, programática y política de los objetivos y de las ideologías por las que combaten los elementos burgueses y pequeñoburgueses.*

En la tercera y última parte mostraremos cómo Marx, mientras defiende con toda su fuerza la independencia polaca o irlandesa, por ejemplo, jamás deja no solo de condenar, sino de demostrar a fondo y de aplastar bajo sus sarcasmos el bagaje idealista de los partidarios burgueses y pequeñoburgueses de la justicia democrática y de la libertad de los pueblos.

Mientras que para nosotros el mercado nacional y el Estado capitalista nacional centralizado son un puente de paso inevitable hacia la economía internacional que habrá suprimido Estado y

mercado, para los santurrones que Marx escarnece en Mazzini, Gari baldi, Kossuth, Sobietzky, etc., la formación democrática de los Estados nacionales es un punto de llegada que pondrá fin a toda lucha social. Lo que ellos quieren es un Estado nacional homogéneo en el que los patrones ya no aparezcan como un cuerpo extraño entre los trabajadores explotados. En realidad, en ese momento histórico, el frente estalla y la clase obrera se lanzará a la guerra civil contra el Estado de su propia "patria". Este momento se aproxima y sus condiciones maduran en el curso del proceso de las revoluciones y de las guerras nacionales burguesas de formación de los Estados en Europa (y hoy también en Asia y África): he aquí el problema, incesantemente cambiante y de variabilísimas derivaciones, que es necesario descifrar.

5.- *El oportunismo, la traición, la abjuración y la acción contrarrevolucionaria y filocapitalista de los falsos comunistas stalinistas actuales tienen un doble alcance en este sector (no menos que en el estrictamente económico y social de la llamada política ... interna). Aquéllos no solo vuelven a poner en boga las exigencias y los valores democrático-nacionales, a través de las alianzas políticas abiertas y amplias, aun en el Occidente capitalista avanzadísimo donde la plausibilidad de tales alianzas estaba excluida desde 1871, sino que, además, difunden en las masas el sagrado respeto a una ideología nacional patriótica y popular totalmente idéntica a la de sus aliados burgueses, y más bien cortejan a los campeones de tal política, que Marx y Lenin vapulearon ferozmente, y prosiguen así su trabajo de extirpación de todo sentido de clase en los trabajadores que desdichadamente los siguen.*

El hecho de reconocer que el marxismo ha admitido -en un marco histórico y geográfico totalmente diferente del de la Europa del siglo XX- la participación de los partidos obreros en las alianzas nacionales revolucionarias, no disminuye en nada la infamia de los partidos que hoy pretenden representar a los obreros, con falso nombre de comunistas y socialistas. Cuando en el conflicto surgió en el pleno marco del Occidente desarrollado (Francia, Inglaterra, EE.UU., Italia, Alemania, Austria), el Estado ruso y todos los partidos de la ex-III Internacional Comunista practicaron alianzas de guerra alternativamente con todos los Estados burgueses, los Napoleón III, los Nicolás II y sus semejantes ya no existían desde hacía tiempo. Hacer esto significaba simplemente renegar de las tesis marxistas tal como están expresadas, por un lado, en el Mensaje de Marx en la I Internacional a la Comuna de París de 1871, que cerraba y condenaba para siempre toda alianza con "ejércitos nacionales" dado que "de hoy en adelante (están) todos confederados contra el proletariado insurrecto" (3), por otro lado, en las tesis de Lenin sobre la guerra de 1914 y para la fundación de la III Internacional en las cuales se establecía que, una vez iniciada la fase de las guerras generales imperialistas, no tenían nada que ver con la política de los Estados las reivindicaciones democráticas y de independencia nacional, y se condenaba conjuntamente a los socialtraidores de ambos lados del Rin o del Vístula.

Toda revisión que trasladase las fechas límites de 1871 y

(3) Mensaje del Consejo General de la Asociación Internacional de los trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871, redactado por Marx, en *La guerra civil en Francia*, citado del francés, Editions Sociales, 1968, p. 87.

1917 a 1939 y a 1953 -para no hablar de una prórroga ulterior al infinito- sería una concesión al capitalismo y equivaldría a negar pura y simplemente el método marxista de lectura de toda la historia, haciendo tabla rasa de los virajes cruciales que su potencia doctrinal elucidó en lo vivo de la defensa del pasado: el 1848 europeo, el 1905 ruso. Además, esta revisión se choca contra todo el análisis económico y social clásico, en el intento de asimilar los recientes totalitarismos fascistas (¡y aún no fascistas, en el momento del reparto de Polonia!) a las formas feudales supervivientes de aquel período.

Pero la sentencia de traición completa está en el segundo aspecto: el abandono total e integral de aquella crítica a los "valores" propios del pensamiento burgués que exaltan, como estadio final del atormentado camino de la humanidad, un mundo sin clases, de autonomías populares, de nacionalidades libres, de patrias independientes y pacíficas. En efecto, Marx y Lenin, en el momento en que todavía estaban obligados a concertar pactos con los defensores de este podrido bagaje, llevaron a la más alta virulencia la lucha por liberar a la clase obrera de los fetiches de patria, nación y democracia agitados por los santurrones del radicalismo burgués, y, llegado el momento del viraje histórico, supieron romper con ellos también en los hechos y, cuando la relación de fuerzas lo permitió, yugularon sin piedad su movimiento. Los renegados de hoy han heredado la función de sacerdotes de aquellos fetiches y de aquellos mitos; no se trata de un pacto histórico que simplemente desearían romper más tarde de lo previsto, sino del sometimiento total a las reivindicaciones propias de la burguesía capitalista para felicidad del régimen que le confiere privilegios y poderes.

La tesis interesa porque concuerda con la demostración, ya efectuada en el terreno de la ciencia económica en nuestro *Diálogo con Stalin*, entre otros, de que la Rusia de hoy es un Estado de revolución capitalista acabada y que, sobre su mercancía social, están en su puesto las banderas de la nación y de la patria, así como las del militarismo más exacerbado (4).

6.- Sería un error gravísimo no ver y negar que en el mundo actual tienen todavía un efecto y una influencia grandísima los factores étnicos y nacionales. Entre las tareas actuales, se impone el estudio exacto de los límites históricos y geográficos dentro de los cuales las sublevaciones por la independencia nacional, ligadas a una revolución social contra las formas precapitalistas (asiáticas, esclavistas, feudales) tienen todavía el carácter de condiciones necesarias del tránsito al socialismo, con la fundación de Estados nacionales de tipo moderno (por ejemplo, en la India, China, Egipto, Persia, etc.).

La evaluación precisa de las diferentes situaciones se ha vuelto difícil, por un lado, debido a la xenofobia suscitada en esos países por el despiadado colonialismo capitalista; y, por otro lado, por la extrema difusión mundial presente de recursos productivos y de productos que llegan a los mercados más remotos; pero, a escala mundial, el problema candente de 1920 (que se planteaba

incluso en el área del ex-Imperio ruso) de dar apoyo político y armado a los movimientos de independencia de los pueblos de Oriente, de ningún modo está cancelado.

Decir, por ejemplo, que la relación entre el capital industrial y la clase de los obreros asalariados se plantea del mismo modo, pongamos por caso, en Bélgica que en Siam, y que la práctica de la lucha correspondiente se establece sin tener en cuenta en ninguno de los dos casos los factores de raza o de nacionalidad, no significa ser extremista, sino, simplemente, no haber comprendido nada del marxismo.

No es quitando al marxismo su profundidad y amplitud ni su dura y áspera complejidad como se adquiere el derecho de desmentir, y un día de abatir, a sus despreciables renegados.

o o o

Reunión de Florencia 25-26 de enero de 1958

El informe presentado en la Reunión de Florencia de enero de 1958 plantea eficazmente el problema de las revoluciones nacionales y anticoloniales en el marco histórico y materialista de la sucesión de los modos de producción, como el choque de las fuerzas productivas de la naciente sociedad burguesa de Oriente contra las viejas relaciones de producción; reafirma la necesidad de la independencia de clase del proletariado conquistada a través de la crítica programática del programa nacional y de su organización en partido de clase autónomo, y la participación en la lucha insurreccional contra el colonialismo y las formas feudales del Oriente; se ataca vigorosamente tanto al indiferentismo, nueva enarnación de viejos oportunismos, como al imperialismo, restableciendo la crítica marxista de esta fuerza que ha arrastrado a las áreas atrasadas en el torbellino de la historia moderna; y termina reivindicando como un aliado del proletariado comunista a todas las fuerzas de Oriente que se levanten en armas contra su dominación.

La lucha de clases y de estados en los pueblos de color, campo histórico vital para la crítica revolucionaria marxista

(4) La serie *Diálogo con Stalin* fue publicada en *Il Programma Comunista* nº 1 del 10 de octubre de 1952 al nº 4 del 20 de noviembre de 1952; existe una traducción francesa en *Programme Communiste* nº 8, julio de 1959.

La economía rusa sería objeto de un largo trabajo que luego desembocaría en la *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, cuya publicación fue objeto de una serie en *Il Programma Comunista* 1955-57 y vuelto a publicar en un volumen de las Ediciones Iskra, Milán, 1976.

(...) El lector debe recordar que, desde hace años, venimos dando una serie de escritos documentales y críticos sobre la cuestión nacional y colonial, y que esta serie continuará en los futu

ros números del periódico dada la importancia de este tema y las innumerables desviaciones a las que ha dado lugar y que circulan a nuestro alrededor, por lo que sigue estando a la orden del día.

(El informe continúa recordando que en el artículo *Oriente* demostramos históricamente que la Izquierda italiana *siempre* compartió la posición teórica e histórica de Lenin definida en el II Congreso de la Internacional Comunista, y que, por consiguiente, toda desviación con respecto a esta línea es también una desviación con respecto a la tradición de la Izquierda. El stalinismo rompió rápidamente con las tradiciones leninistas en esta cuestión y en la reunión de Florencia de 1953 vimos las justas críticas de Trotsky, aunque nuestra crítica haya ido aún más lejos que la suya.)

El punto fundamental del desacuerdo entre los defensores de las posiciones leninistas y Stalin reside en las relaciones que fueron instauradas en China entre el Partido Comunista y el Kuomintang, partido de la revolución democrática. La Internacional condujo al Partido Comunista a la derrota y a la ruina, debilitándolo, sometándolo al Kuomintang en la alianza y hasta en la fusión con él; permitiendo a Chang-Kai-Chek atacar y exterminar a los comunistas chinos que, entonces, eran muy distintos de los de hoy, ya que estaban colocados en el terreno del marxismo revolucionario.

La discusión de tan grave problema del movimiento revolucionario contemporáneo no puede basarse en prejuicios pequeñoburgueses. Exige un restablecimiento de los hechos históricos y una aplicación correcta de la doctrina y de la dialéctica marxistas.

Primera parte : La doctrina de los modos de producción válida para todas las razas humanas

La gran serie marxista

Es un error bestial pretender que la realización del programa socialista está exclusivamente ligada a las vicisitudes de la historia de una sola de las razas fundamentales de la especie humana, la raza blanca, llamada caucásica, aria o indoeuropea, y concluir que, puesto que esta raza ha llegado al fin de su ciclo histórico, lo que ocurre en el seno de las sociedades de las otras razas ya no reviste ningún interés. Se puede demostrar fácilmente que semejante error resume y engloba, mucho más que las pobres degeneraciones revisionistas, todos los errores cometidos en el curso de la historia por todas las corrientes antimarxistas.

La idea de que en la historia existe un pueblo elegido es una muy buena plataforma para una nueva clase de racismo y de nacionalismo, y tiene las mismas bases que las construcciones mítico-filosófico-científicas tradicionales y conformistas propias de la "cultura" burguesa (...)

El marxismo destruye la idea según la cual los pueblos y razas poseerían una personalidad y cualidades particulares que les asignarían su destino, del mismo modo que destruye la idea de

considerar a la personalidad y a la predestinación del individuo humano como un factor del desarrollo histórico.

No comprender el primer punto tiene las mismas consecuencias que olvidar el segundo, es decir, conduce a recaer en las concepciones pequeñoburguesas y anarquizantes individualistas banales. Es lo que constatamos todos los días cuando vemos a ex o a supuestos marxistas envilecer la potente crítica marxista de la democracia liberal reduciéndola a un demolaborismo miserable, como ocurre cuando oponen la clase bruta al Partido, posición ésta que no tiene más valor que el comunismo renegado de Moscú o Pekín. La doctrina según la cual la historia está regida por el juego de las condiciones materiales y de las fuerzas productivas es la única clave que permite explicar que el control total o parcial del mundo haya sido detentado sucesivamente por diversos Estados, pueblos y razas, sin excluir que en el futuro otros pueblos puedan lograr este control, y que a otras fuerzas bien diferentes que las de los pueblos y las razas corresponda cerrar este ciclo. Nacida en la época moderna, nuestra doctrina ya ha dado diferentes soluciones a la cuestión de la principal vía geográfica que podría llevar a la instauración del socialismo internacional. Esto está claramente demostrado en textos fundamentales y deducido de los principios generales del marxismo, el que, hasta ahora, tampoco ha excluido que la evolución general de las formas sociales pueda ser influenciada por luchas que estallen en territorios y pueblos inesperados.

Sin duda alguna, el marxismo es mucho más rico que la doctrina de la hegemonía de los Estados y de las naciones militarmente más fuertes o que están en el primer puesto del saber. Esta última doctrina es antideterminista y no cree en el hundimiento final de una o de todas las civilizaciones de hoy, aunque hable continuamente de ello.

Estructura y superestructura

La relación entre infraestructura económica y superestructura política jamás podría haber sido establecida si no hubiesen sido cuidadosamente observados y señalados los fenómenos de la superestructura. Asimismo, la ley de la gravitación universal, que confirman los satélites actuales, jamás hubiese podido ser descubierta si no se hubiese observado el movimiento aparente de los astros y si Kepler no hubiese establecido a partir de éste las reglas y concomitancias correspondientes.

Decir que sustituimos la historia de los Estados y de los pueblos por la historia de las clases no significa que nos limitemos al expediente banal de eliminar a los Estados con una simple patada en el culo, ni que cerremos los ojos frente a la sucesión de estos Estados, ni tampoco que, como un vulgar presidente de asamblea de charlatanes, demos la palabra a un nuevo protagonista -las clases- sobre cuyo nombre se hace gran alharaca a cada momento, pero cuya parte no tiene dinamismo vital alguno; es más, en esta visión simplista, el protagonista, en el fondo, no son las clases, sino la que ingenuamente se trata como la clase única, elegida, predestinada: el proletariado.

Marx se zafa de la estrechez del utopismo, edición proletaria generosa pero vacía de la metafísica de la historia, con planteos muy diferentes. Simplifiquemos. El historiador convencional

se imagina que la historia la hacen los ejércitos, con sus Estados mayores y sus grandes comandantes, pero aquéllos no son más que una prolongación de los Estados políticos y, a veces, la forma organizativa misma que éstos toman. Los Estados no son más que la manifestación y la expresión de la división de la sociedad en clases. Para el marxismo, son determinadas clases las que han organizado su dominación sobre la sociedad y sobre los pueblos. Pero una clase sólo se organiza en un Estado que la expresa, luego de haberse organizado en partido político, es decir, en un órgano destinado a tomar y a organizar el poder, el que, a su vez, es el producto de una serie de luchas sociales provocadas por las relaciones en que esta clase vive y produce. Según esta concepción fundamental de la historia, el que propone a la clase tomar el poder y dirigir el Estado sin recurrir a la forma partido, se parece al que sería capaz de proponer al artesano o al obrero que saque un bloque incandescente de la fragua con las manos y no con las tenazas, o al combatiente que tome la espada por la punta o el fusil por el caño. Esta gente, que se lamenta del peligro representado por el Estado o por el Partido, nos recuerda el dicho cómico, excusa de imbéciles y cobardes: "¡la culpa es del instrumento!"

Sólo lee la historia como marxista quien sabe remontar los eslabones de esta cadena de causas y efectos, de masas humanas en movimiento y de fuerzas motrices, la primera de las cuales es la violencia, partera de la historia. Ejércitos y policías estatales organizados; partido político que dirige la organización del Estado que domina la sociedad; clase que se vuelve protagonista de la historia organizándose en ese partido político, en sus formas y órganos; posición de la clase respecto a las relaciones de producción; conflicto de intereses entre ésta y otra clase y, en general, otras clases, unidas ya sea por dominar o por estar dominadas: he aquí los eslabones de esa cadena que acabamos de recorrer de arriba para abajo. El antagonismo entre dos únicas clases, como a menudo se pretende en forma abusiva, de ningún modo es el resultado obligatorio de esta larga cadena.

La doctrina del materialismo marxista ha sido la primera en clasificar en una *serie* histórica y causal de tipos, de *modelos* a las sociedades limitadas (es decir, nacionales, que preferíamos designar con el término matemático de *finitas*) que se van superponiendo con una inmensa variedad de situaciones y vicisitudes en este largo proceso de clases que se sustituyen unas a otras en la dirección de la política y de la economía social, de partidos y Estados que expresan el potencial de éstas, de choques entre clases dominantes y dominadas cuyo desenlace es favorable alternativamente a unas y otras, de enfrentamientos entre Estados de diferentes áreas geográficas y origen racial, en los que se liberan grandes masas de energías y que generalmente ocurren, incluso en la misma sociedad indígena, entre Estados que pueden ser rígidos por clases socialmente afines.

No sería posible hablar de sistema, de concepción marxista del devenir histórico, si no se hubiese logrado establecer por medio de una crítica científica una serie continua de tales modelos, es decir, la gran serie de las formas sociales y de los modos de producción que vincula, como los diferentes arcos de un puente, las primeras formas de vida social del hombre apenas salido de la animalidad a las últimas, de las que hemos deducido científicamente que el porvenir pertenece a la sociedad comunista,

La gran « serie » de los « modos » de producción

El marxismo de ningún modo ignora que los modos de producción que se suceden en las diversas áreas históricas puedan combinarse de las más variadas formas y hasta invertirse unos en relación a otros. Mientras nuestros adversarios se burlan de nuestra certeza de haber encontrado un sentido único a la marcha de la historia, las innumerables escuelas revisionistas que están situadas entre ellos y nosotros (apestando el aire límpido generado por el estallido abierto de los antagonismos) utilizan a diestro y siniestro nuestros criterios, adjudicándonos esquemas falsificados, rígidos y estrechos que no son más que caricaturas risibles de la gran conquista que constituye la dialéctica materialista. Entre estas escuelas, es preciso alinear a las actuales corrientes que niegan la rica fecundidad histórica de los choques de Estados y clases que se producen entre los miles de millones de hombres de los pueblos de color -cuya actividad en estos años es tanto más volcánica cuanto que decepcionante es la pasividad de las sociedades de raza blanca que están empantanadas en la fase más innoble de su historia y de su degeneración social, y que sólo son capaces hoy de dar lecciones de cobardía contrarrevolucionaria y de cinismo existencialista.

El marxismo posee una rica gama de brillantes hipótesis sobre el desarrollo de las sociedades modernas que extrae de su visión unitaria de la "gran serie" de los modos de producción y considera a la revolución como una fuerza capaz de abrirse camino incluso desde el fondo de callejones aparentemente sin salida. Esto salta a los ojos de la lectura de los pasajes y páginas más que clásico y es confirmado por los *Grundrisse*, magistral boceto del *Capital* que Marx escribió para él mismo y para nosotros, sin preocuparse de darle una forma aceptable para el lector impregnado de cultura burguesa. El capítulo al que nos referiremos casi íntegramente lleva el título "Formas que preceden a la producción capitalista". Este capítulo constituye el desarrollo de la famosa página de la *Introducción a la Crítica de la Economía política*, de 1859, y destinada a dar al público una primera idea del conjunto de la obra, desarrollo del que poseemos elementos dispersos en diversas obras, como el *Manifiesto*, el *Capital*, el *Anti-Dühring*. En esta página, Marx revela la forma en la que los hombres viven su historia y muestra que el secreto de las revoluciones reside en el antagonismo entre las fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción. Las "Formas que preceden a la producción capitalista" nos ofrecen hoy un desarrollo orgánico y potente de esta página, pero ese texto exige de nosotros la máxima atención, pues, en ese trabajo, el orden en el que se suceden las proposiciones y las posiciones no es cronológico, y porque la trama continua de la "gran serie" no se encuentra allí en forma explícita, sino en forma bruta. El gran interés que tiene esta página es que demuestra el teorema de la *invariancia* de la construcción marxista, cuyo esqueleto primitivo jamás fue modificado por su autor.

Igualmente importante es el hecho de que pasajes y páginas poderosísimas de este texto -que nos es restituido virgen, sin

haber sido violado por el trabajo secular de un siglo de sórdidas deformaciones llevado a cabo por indignos seudodiscípulos del Maestro- confirman la polémica de los marxistas integrales contra todos los falsificadores, y, en particular, nuestra polémica de Partido contra el máximo campeón: José Stalin. El marxismo estableció las características de la sociedad comunista deduciéndolas de las de la innoble sociedad burguesa. Las opone unas a otras despiadadamente. Demuestra científicamente que la forma capitalista se deriva de formas anteriores que supera ampliamente en infamia, estando el capitalismo situado en el punto más bajo de la curva de la evolución humana. Quien leyendo lo referido al paso de formas precapitalistas a la forma capitalista no comprenda que responden a los enunciados marxistas sobre el paso del capitalismo al comunismo, no puede pretender ser un comunista o un dialéctico. Ahora bien, ése es el caso de los oportunistas de las diferentes olas que comprenden completamente al revés esos enunciados y se imaginan que el comunismo extrae la mayor parte de esas características de las "conquistas indestructibles de la era capitalista". Es el caso también, de los grupitos de la izquierda heterodoxa que a cada paso dejan traslucir el respeto que les inspiran los valores capitalistas de libertad, civilización, técnica, ciencia, potencia de producción, y su sometimiento a esos valores que, tanto para nosotros como para Marx, deben ser barridos con el odio y el desprecio que merecen.

El maravilloso bosquejo

En lo que concierne a la descripción del comunismo y de su advenimiento, nos basta con el texto de 1859 de Marx, que ya tiene un siglo. Efectivamente, allí está descripta la serie de los modos de producción que parte del comunismo tribal primitivo y que desemboca en las formas desarrolladas que se encuentran en el mundo moderno: mercado, capital, salario. No tenemos ninguna necesidad de agregar nuevas armas sensacionales a las "armas convencionales" de la lucha de clase, ya bien afiladas teóricamente desde 1858. No queremos decir con esto que, desde entonces, la historia se haya detenido, sino que continúa hundiéndose en el fango del capitalismo y que *ya no tiene nada que enseñarnos* en cuanto Partido, a riesgo de escandalizar a los imbéciles.

Este es nuestro teorema central que es la negación de todas las mentiras revisionistas en circulación. No agota un tema que ha sido indignamente deformado, pero nos sirve para clarificarlo y para reforzar su presentación que es el fruto de duros esfuerzos. A riesgo de provocar la furia de los que sólo charlatanean sobre el tema, lo formularemos esquemáticamente: si las formas sociales y los modos de producción hasta el capitalismo integral son en número de n , su número total en la historia será de $n+1$ y nuestra revolución no es una de esas numerosas formas, sino la forma de mañana, la del futuro.

En teoría, el comunismo se volvería la forma $n+2$ si apareciese una forma poscapitalista que aún no fuese el comunismo tal como nosotros lo hemos caracterizado con precisión partiendo de las características que distinguen al capitalismo, que nos sofoca por todas partes, de las formas a las que ha sucedido. Si así fuese, el momento de fundar el sistema *invariante* de la revolución como doctrina, como partido y como lucha, no habría llegado

hace más de un siglo.

Afirmar que *la forma $n+1$ es el comunismo*, significa expresar simbólicamente una posición que hemos elaborado gracias a análisis históricos y económicos complejos, y que liquida dos aberraciones revisionistas: a) la de stalinismo y, más aún, del post-stalinismo que no considera que todo trabajo asalariado y todo mercantilismo que descansan sobre empresas nacionalizadas es una simple prolongación del capitalismo y, por tanto, una forma social a registrar en el número n de la serie; b) la del "trotskismo", o mejor aún, la de los que ora invocan a diestro y siniestro, ora comprometen a Trotsky, y que consideran que el socialismo o comunismo será la forma $n+2$, siendo la forma $n+1$ la dominación de la clase burocrática.

El principio según el cual los modos de producción precomunistas pertenecen a la misma serie histórica, echa por tierra también toda doctrina que admita la construcción del socialismo en un solo país a partir de la forma $n-1$, es decir, del precapitalismo feudal, antes incluso de que haya existido un ejemplo histórico del paso de la forma n a la forma $n+1$, que sólo puede realizarse a escala internacional. Con el rechazo de esta falsa doctrina, cae también la doctrina de las *vías nacionales al socialismo*, según la cual, de un país a otro, el número de los términos de la serie puede variar en muchas unidades por encima o por debajo de n .

Es completamente insensato también negar a la revolución nacional-liberal de los pueblos de color su carácter de salto revolucionario constituyéndose en tribunal de fantasía para condenar a estos pueblos a la inmovilidad y a la pasividad hasta que puedan dar el salto stalinista de la forma $n-1$ a la forma $n+1$ improvisando una lucha de clases entre proletarios y empresarios capitalistas a partir de nada, es decir, haciéndose inyectar desde el exterior una voluntad de construir el socialismo en el que sólo es posible creer pasándose al stalinismo.

Una de las características de la forma capitalista es el paso del objetivo interno al objetivo externo, es decir, del mercado nacional -que significa independencia nacional, Estado nacional burgués- al mercado mundial, término esencial en la doctrina de Marx. Sin duda, desde que apareció este modo de producción en vastas partes del mundo, el movimiento general se aceleró enormemente y se redujeron los espacios de tiempos necesarios para pasar de una forma social a otra en las diferentes zonas geográficas. En Europa, la revolución burguesa de 1848, que fue apoyada por la clase obrera, se propagó en el espacio de algunos meses de una de las grandes capitales a la otra, y ése es un ejemplo clásico del esquema marxista. A partir de esta época, el aburguesamiento y la industrialización del mundo avanzaron a un ritmo irresistible. Por tanto, lo que siempre llamamos *la revolución doble*, y que aquí llamaremos brevemente el paso de $n-1$ a n y luego de n a $n+1$, se presenta como una eventualidad histórica muy probable, al igual que en Rusia. Pero su condición, a saber, la revolución política y la transformación social en los países de capitalismo maduro, en otros términos, su paso del capitalismo al socialismo, es *internacional*.

La doctrina de la Izquierda probó que al no haberse producido o al haber sido traicionadas las revoluciones occidentales (es decir, el paso de n a $n+1$), la revolución rusa tuvo que reducirse a una pura revolución capitalista (es decir, a un paso de

n-1 a n). Indudablemente, los efectos de la bancarrota (más bien que de la traición personal) constituida por el stalinismo están allí. Al no ser posible esperar históricamente verdaderas revoluciones comunistas en Occidente, y, por el momento, tampoco en Rusia, porque no existen partidos organizados para la toma del poder sobre la base del programa revolucionario, los países aún precapitalistas tampoco pueden realizar revoluciones dobles, como se podía esperar de Rusia en la época de la primera posguerra, fecunda para Europa.

El resultado internacionalista y revolucionario reside hoy en el hecho de que esos países se desprenden de las formas precapitalistas y dan los primeros pasos en dirección de la forma burguesa que es la revolución nacional. Tanto en esos países como en los occidentales, el proletariado estará ausente como clase mientras adhiera a partidos contra-revolucionarios. En la medida en que esté presente como clase, debe:

- a) en el dominio teórico, someter el programa nacional y democrático a una crítica completa, como lo hizo Marx en 1860;
- b) en el dominio de la organización, no debe mezclar su organización en partido de clase a las organizaciones pequeño-burguesas;
- c) en el dominio de la política histórica, es decir, en la medida en que la acción no es burguesamente "cultural" y electoral, sino insurreccional, debe apoyar el derrocamiento de los poderes feudales, aun cuando esto sea llevado a cabo por aquellos a los que Lenin llamaba "nacionalistas revolucionarios" en el II Congreso.

Lógicamente, esta norma vale para todas las insurrecciones de este tipo, incluso y sobre todo cuando son xenóforas, es decir, dirigidas contra los imperialistas blancos, aliados o no a los viejos poderes locales o, incluso, a una burguesía local naciente.

Pretender que la existencia de rivalidades entre los imperialismos, entre los que indudablemente hoy hay que alinear al imperialismo soviético, es una razón para no apoyar a ninguna revuelta de los pueblos de color contra los imperialismos occidentales, constituye un argumento tan estúpido como el empleado en 1914-15 contra el derrocamiento revolucionario de Lenin, argumento por el cual se pretendía que golpeando, por ejemplo, al Estado francés, se corría el riesgo de pasar de la dominación de la burguesía francesa a la de la burguesía alemana: ¡clásico oportunismo!

Páginas clásicas

Si ese esquema un tanto grosero no fuese válido, las páginas más importantes de la literatura marxista perderían toda su fuerza y su vigencia.

En el *Manifiesto Comunista*, la crítica más feroz de toda la superestructura burguesa se alía admirablemente al mayor himno que jamás se haya consagrado a la función revolucionaria de la burguesía:

"La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de todos los medios de transporte por tierra. Este desarrollo in-

flujo a su vez en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo, la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

"Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las construye a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza."

Esta descripción de la función de la burguesía es tremendamente dialéctica. Cuando se dice que el odio de los bárbaros se rinde ante la omnipotencia del Capital, en esta lucha, cuyo desenlace es históricamente útil a la evolución general, el comunista no se coloca junto al blanco civilizado, sino junto al bárbaro rebelde.

Si no fuese así, ¿cómo sería posible encontrar un poco más adelante en el *Manifiesto*, en los pasajes que predicen el fin ineluctable de la civilización burguesa y que describen las crisis de producción cada vez más profundas que conducirán a la revolución, las siguientes palabras, que por sí solas bastarían para probar cuán extraños somos a los que admiran el poder de la técnica y de la "civilización mecánica" del industrialismo superproductor?:

"(...) la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada historia, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya al desarrollo de la civilización burguesa y de las relaciones de propiedad burguesas; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno."

Sólo los que sepan seguir estas directivas luminosas de 1848 serán capaces de comprender que, a la vez que exalta la destrucción por el capitalismo de todas las "murallas chinas", por tierra y por mar, Marx condena con indignación los métodos empleados en la guerra del opio y las masacres tristemente famosas de los cinco puertos y de Pekín.

Hoy, tenemos diez, cien veces más motivos aún para odiar a la civilización capitalista. Quien se levante contra ella, aunque esté simplemente armado con la azagaya del mau-mau, es un hermano del proletariado comunista.

Reunión de Turín

1 de junio de 1958

Este breve pero denso resumen de la Reunión General de Turín de junio de 1958 completa útilmente los textos publicados más arriba. En un momento en que las explosiones revolucionarias en el Oriente "atrasado" contra el imperialismo y los poderes reaccionarios locales contrastaban tajantemente con el silencio e incluso la hostilidad de los partidos oportunistas, en una situación general de pasividad proletaria, el texto muestra de manera particularmente neta que, lejos de constituir una respuesta a la traición del stalinismo, el indiferentismo de grupos pseudorrevolucionarios que niegan de manera absoluta que la burguesía y las capas paraburguesas pudiesen tener aún en ciertas partes del mundo una función revolucionaria, está vinculado a una incompreensión del materialismo histórico y de la perspectiva marxista de la revolución doble, y esta incompreensión les impide extraer las lecciones de la contrarrevolución, comprender el "despertar de los pueblos coloniales", y preparar la reconstitución del partido mundial del proletariado. Obrerista y antideterminista en el terreno de la teoría, el indiferentismo converge en política con el racismo imperialista y con el stalinismo que, sin embargo, pretendería combatir.

La cuestión nacional y colonial

El error de principio

Este error consiste en negar de manera absoluta y antihistórica que la burguesía aún pueda tener una función revolucionaria en ciertas partes del mundo y que esta revolución de clase pueda ser una etapa necesaria hacia el socialismo proletario. No se trata en absoluto de una cuestión de apreciación de las situaciones, sino de una cuestión de principio. La doctrina marxista del determinismo económico se aplica a todas las clases sociales, cuya sucesión sigue un ritmo diferente en los diversos continentes y en los diferentes pueblos. Negar esto no sería un acto de internacionalismo consecuente, sino de incompreensión de la dialéctica histórica. Marx ha explicado, en textos indiscutibles, que en todos los países coloniales se desarrollaban verdaderas luchas de clases contra las formas precapitalistas, y que el proletariado blanco debía apoyarlas y utilizarlas; además, consideraba que la revolución podría recibir el apoyo de las luchas de independencia de la burguesía liberal en Europa central, luchas a las que el 1848 no les había dado su conclusión histórica. Esto, de ningún modo estaba en contradicción con el hecho y la doctrina de la lucha de clases del proletariado contra la burguesía industrial, ni con el carácter internacional de esta lucha, incluso desde el punto de vista de la organización en partido. Esta fase termina para este área geográfica con la Comuna de París; pero, para Rusia, estaba aún abierta en 1917, en tanto que para Asia y los pueblos de color sigue estando abierta aún hoy.

No se trata solamente de la función histórica revolucionaria de la burguesía, sino también de las clases que no actúan como una fuerza autónoma y que sólo son remolcadas por la burguesía, de la que son caudatarias. En la revolución liberal nacional, los campesinos en los campos y, sobre todo los artesanos y los intelectuales en las ciudades, luchan al lado de la burguesía contra el Antiguo Régimen. Mientras este ciclo histórico no haya concluido, el proletariado debe entrar en esta lucha con toda su energía revolucionaria para proyectar el epílogo hasta su victoria de clase, como intentó hacerlo en Europa en 1848 y en Francia en 1870. Esto ya era afirmado por Marx en el *Manifiesto* cuando el proletariado naciente sentaba las bases de su doctrina y de su organización política.

La revolución rusa debe ser explicada en cuanto revolución primeramente burguesa y "popular", es decir, en cuanto revolución del bloque más o menos informe de estas clases infraburguesas. La penetración de la forma económica industrial y del mismo imperialismo moderno en el interior de la Rusia zarista, quita a la burguesía su carácter hegemónico en la revolución popular y obliga al proletariado a tomar su lugar. En Rusia, este arduo ciclo histórico no ha podido llegar a su término (es decir, a la realización del socialismo), y la historia no nos ha provisto de otros ejemplos, precisamente porque ha sido roto el lazo de la revolución internacional, indispensable para que una forma de clase pura, apoyada sobre las economías desarrolladas de Europa central y occidental, pudiera conducir a Rusia al socialismo.

Es necesario distinguir la cuestión política de la cuestión económica, puesto que el desarrollo, en Alemania por ejemplo, de las formas industriales podía permitir que la dictadura proletaria victoriosa no desarrollara las formas económicas mercantiles, o fundadas sobre la empresa, sino aquellas que tendiesen progresivamente al comunismo integral, al mismo tiempo que en Rusia habría acelerado el paso de las formas preburguesas a las formas capitalistas (capitalismo de Estado) evitando el suicidio de la revolución proletaria, que tuvo su expresión más desastrosa al de finir como "socialista" a una estructura que no había podido superar los límites mercantiles y monetarios. Es evidente que sólo la fuerza del partido internacional hubiera podido evitar una aberración semejante, cuyo saldo fue la ruina de la teoría y de la organización comunistas. En tal caso, se habría llamado por su nombre (capitalismo privado y capitalismo de Estado) a ciertas formas rusas y habrían sido correctamente definidos como socialistas los primeros sectores de gestión social, sin mercancías, valor ni cambio, los que, para ser realizados en un país como Alemania o Inglaterra, sólo requerían condiciones de fuerza política y no ya de estructura económica, incluso en la hipótesis abstracta en que unos pocos países, y hasta uno solo pero con una estructura completamente industrial, hubieran sido atraídos hacia el torbellino de la revolución y se hubiesen mantenido en el fuego de la revolución internacional, de la intervención directa en la lucha de clases armada de los otros países, repudiando toda paz, emulación o coexistencia que, por otra parte, los primeros desgarrones en la red del mercado mundial tornarían imposibles.

Por tanto, la blasfemia del stalinismo consiste en afirmar que el socialismo económico ha sido realizado en Rusia, y que en la Rusia feudal, aislada de los países capitalistas avanzados, es decir, de sus partidos proletarios revolucionarios, se podía hacer otra cosa que pasar de la estructura feudal a la estructura capitalista.

El Oriente contemporáneo

Vayamos ahora al período contemporáneo en los países de Asia, de Oriente y de Africa, en donde la revolución antifeudal y su ciclo popular están a la orden del día. Aquí, en lo que concierne a la tarea de la clase burguesa y de la clase proletaria a penas nacida, se añade el problema de las luchas contra los imperialismos blancos que quieren importar, a la vez, la estructura industrial y la dominación política colonial de las metrópolis. Con más razón aún que en la Europa del siglo XIX, la lucha debe estar dirigida contra el feudalismo despótico tradicional, local y autóctono en el interior y contra el extranjero blanco; y es inevitable que esta polarización de clase recorra la vía que, siguiendo formas complejas, conduce de la revolución popular y nacional a la revolución proletaria y de clase, vía que los acontecimientos de Europa (Américas, Australia, etc.) no solamente *no han* abreviado, sino que de ningún modo lo habrían eliminado totalmente, *incluso* si el proletariado hubiera vencido en alguna de las metrópolis, en lugar de estar adormecido y desarmado como lo está gracias a la política hipnótica de Rusia.

En la reunión de Florencia se ha mostrado claramente la ceguera de aquellos que no llegan a explicar el dinamismo que se manifiesta en los pueblos de color, contrariamente a la sumisión de clase manifestada en los países de raza blanca por el proletariado que no se ha despertado todavía del largo sueño provocado por la atroz picadura de la mosca tsé-tsé del más infame oportunismo y que aún está atravesando esta fase, tanto allí donde Moscú llega a implantar esta maldita infección como allí donde no llega a hacerlo. ¿Cómo explicar en cuanto materialistas históricos el fenómeno -para vergüenza de nuestros partidos obreros desde la primera posguerra- por el cual el potencial revolucionario se desarrolla plenamente en las clases existentes en Oriente (burguesía, pequeña burguesía y proletariado recién formado) mientras que, en las metrópolis, está ausente en cuanto lucha de la clase obrera industrial contra el capitalismo? En nuestros países, el proletariado no se mueve y da la espalda a la revolución y a la única vía revolucionaria, la de la Internacional histórica. ¿A caso sería un remedio contra esto el negar (evidentemente, no decimos el intentar detener) la irrupción de las masas de color con el pretexto escolástico y filisteo de que sólo deberían ponerse en movimiento para luchar contra el capitalismo sin pasar por la reivindicación popular y nacional? En esas áreas, esta reivindicación está aún vigente y es revolucionaria; por el contrario, aquí, debido a la traición rusa, *nos la hacen tragar* justamente en el área y en el ciclo histórico donde es posible superarla y reivindicar la dictadura integral del proletariado.

El error de estos deplorables aficionados con los que debemos romper definitivamente huele, a la vez, a racismo, a stalinismo y a bajo trotskismo. Equivale a situar la serie histórica de los modos de producción en el seno de un único pueblo elegido, el europeo de raza blanca, que llega al socialismo despreciando al resto del mundo en donde este socialismo debería ser inyectado luego por un imperialismo socialista. Además, reduce la involución de Rusia a simples errores de maniobra en la política y la conducta del Estado, lo que es una construcción totalmente anteterminista, en lugar de explicarla por medio de razones que emanen de la estructura social. Y justamente porque en todas partes sólo quiere ver a dos únicas clases opuestas en un antagonismo

frontal, en Rusia forzosamente ve a una nueva clase y a una nueva forma de producción, la de la burocracia de Estado que explota a los proletarios.

Para salir de estas tinieblas, debemos utilizar todo nuestro material de estos últimos años, incluso todo el trabajo sobre Rusia (reuniones de Trieste, Bolonia, Nápoles, Génova) (1), armas que deben ser utilizadas por todos los camaradas.

o o o

Reunión de Bolonia

12-13 de noviembre de 1960

El informe presentado en la Reunión General de Bolonia de noviembre de 1960 vuelve sobre el mismo tema; condensa de manera conclusiva nuestra posición de principio y la histórica visión estratégica mundial de la revolución comunista de Marx a Lenin, en la cual las revueltas anticoloniales de Oriente tenían un lugar vital; desarrolla nuestra crítica del imperialismo y del indiferentismo; evoca el ejemplo del Congo como ilustración de los principios que constituían la base de la perspectiva marxista de las luchas de los pueblos colonizados, y termina lanzando un llamamiento para que los proletarios de aquellas áreas ya no queden aislados en su heroica lucha. Y este llamamiento es hoy aún más actual, cuando es precisamente en la periferia del mundo capitalista, en las áreas ex-coloniales, donde empiezan a levantarse nuevas y crecientes masas proletarias en la guerra social contra el Capital, guerra que deberá abatirse en las metrópolis imperialistas para asegurar su victoria derribando a los centros neurálgicos del capitalismo y conquistando las bases materiales de las transformaciones socialistas a escala internacional.

El ardiente despertar de los «pueblos de color» en la visión marxista

La enorme importancia de los movimientos de emancipación colonial en la situación de la posguerra, considerados no solo en

(1) Todas publicadas en esta revista.

su dinámica cotidiana, sino en sus perspectivas futuras, pone permanentemente a la orden del día el apasionante problema de su interpretación en el marco de la ideología marxista y de su soldadura con la estrategia internacional de la revolución proletaria. Es te es un tema sobre el que hemos vuelto continuamente en el curso de los últimos años, y hoy ya no tendríamos necesidad de preceder el análisis de los últimos desarrollos de las cuestiones argelina y congoleña con una rápida síntesis de las cuestiones de principio que le están ligadas, si no tuviésemos que liquidar una polémica con dos posiciones de origen diferente pero fundamentalmente semejantes. Una, inspirada en un falso extremismo, proclama "la indiferencia" del marxismo revolucionario en relación a los movimientos de los pueblos coloniales y a su resultado histórico; la otra, los presenta como un "hecho nuevo", no solo extraño al marxismo, sino irreconciliable con sus previsiones. Ambas posiciones excluyen las luchas de los pueblos de color de la estrategia de la revolución proletaria, encerrándolas en los límites de una perspectiva democrática y nacional burguesa. La primera, con desprecio; la segunda, con una satisfacción mal disimulada.

En realidad, el violento desquite de los pueblos de color, cuya explotación comenzó con los inicios del capitalismo, ocupó y ocupa en la perspectiva marxista un lugar que jamás fue secundario ni accidental, imprevisto o imprevisible. Esta afirmación es inseparable de la restauración de la doctrina y de la organización del movimiento proletario en su integridad actuante.

Confirmación ideológica y reflejos prácticos

En realidad, sería insuficiente decir, a propósito de los movimientos anticolonialistas, que para el marxismo no existen fenómenos "indiferentes" en un sentido absoluto porque el revolucionario tiene el deber de tomar posición frente a todos los fenómenos, sean éstos favorables o desfavorables en relación al resultado final de su batalla. Se trata de fenómenos inseparables del curso histórico de la evolución capitalista desde su génesis, y, en cuanto tales, en la visión de Marx y Engels, y desde 1848, es tan indisolublemente ligados al curso histórico de su derrocamiento por el proletariado.

Ante todo, son una parte vital de la crítica de la sociedad burguesa. Tanto en el *Manifiesto* como en los escritos de 1850-1860 y en la sección del *Capital* consagrada a la acumulación primitiva, figuran, en el primer plano de esta batalla polémica y crítica (que era y sigue siendo para los marxistas el preludio necesario a la revolucionaria "crítica por las armas"), las dislocaciones producidas por el desarrollo gigantesco de la producción capitalista en las tierras, antaño lejanas, que el "heroico" comercio mundial abría con una violencia subversiva a los "progresos de la civilización". En realidad, esto comenzó desde el inicio de su triunfo sobre la economía feudal en Europa; el imperialismo es, desde su nacimiento hasta su muerte, el reverso de la economía basada en la mercancía, el trabajo asalariado y la ganancia.

Es allí, pues, más que en la atmósfera de la gran industria occidental e inglesa en particular, que la demolición mar-

xista de los pretextos morales, pacifistas, humanitarios con los que se oculta la explotación capitalista, extraña y extraña aún los elementos más candentes de su crítica. Es la dramática prueba de que la sociedad burguesa (al igual que las sociedades que la precedieron, e incluso en un grado tanto mayor cuanto más fuerte sea su potencia explosiva) nace y se afirma según un proceso que no es "idílico", "pacífico" ni "natural", sino salvajemente devastador, guerrero, marcado de sangre y miseria; la prueba de que sus conquistas históricas y sus fundamentos no se apoyan en la persuasión, sino en la violencia abierta. Ante esos dramas, el marxismo no derrama lágrimas como quien mira con nostalgia hacia un pasado que nunca debería haber cedido el paso al presente, pero tampoco los registra fríamente como etapas necesarias de la dialéctica hegeliana del Espíritu. El marxismo se apodera de esos anales en los que la historia del capitalismo está grabada con le tras de hierro y fuego, hace de ellos armas de batalla y los agrega al libro de cuentas que solamente el hierro y el fuego de la revolución proletaria podrán ajustar un día.

Son una parte vital (y no en forma paralela, sino convergente) de la perspectiva marxista. Precisamente en los años que siguieron a los grandes combates europeos del proletariado industrial en 1848-49, Marx y Engels dirigieron su mirada -con una pasión que sólo sorprende a los "indiferentistas" o a los que sueñan con "hechos nuevos e imprevistos"- hacia un dominio exterior al capitalismo avanzado, pero que se sitúa en el interior de su radio de acción, de su agresiva expansión, y, particularmente, hacia Asia, para entrever allí los síntomas de un cataclismo que, al repercutir sobre las metrópolis de la producción y del comercio burgueses, impulsará nuevamente a la escena de la historia al gigante abatido y temporalmente somnoliento: el proletariado occidental.

"Toda la prosperidad general -escribe Marx en 1850- en la que se desarrollan las fuerzas productivas de la sociedad burguesa, con toda la exhuberancia permitida en el marco de las relaciones capitalistas, no se puede pensar ni de lejos en una verdadera revolución. Esa revolución sólo es posible en los períodos en los que entran en conflicto estos dos factores: fuerzas productivas modernas y formas de producción burguesas". Y en el artículo "La revolución en China y en Europa" del 20 de mayo de 1853, escribe: "Cualquiera sea la agudeza que pueda alcanzar el conflicto entre las grandes potencias europeas, por más amenazante que pueda parecer el horizonte político, cualquiera sea el movimiento que pueda intentar una minoría romántica en tal o cual país, la ira de los príncipes y el furor de los pueblos también serán mitigados por el soplo de la prosperidad. No es probable que guerras o revoluciones puedan trastocar a Europa, si no es bajo el efecto de una crisis comercial e industrial generalizada, cuya señal, como de ordinario, deberá ser dada por Inglaterra, representante de la industria europea en los mercados del mundo". Pero "inevitablemente llegará el día en que la ampliación de los mercados no podrá ir a la par con el desarrollo de las manufacturas inglesas, y ese desequilibrio producirá una nueva crisis, del mismo modo en que la ha producido necesariamente en los años pasados. Si, además, uno de los mercados más vastos se contrae, la crisis forzosamente se acelerará. Ahora bien, tal como están las cosas hoy, la revolución china tendrá justamente ese efecto sobre Gran Bretaña".

Marx y Engels buscan la señal del tan esperado "desorden" europeo y, de rebote, de la inevitable reanudación revolucionaria

del proletariado metropolitano, en las perturbaciones económicas y políticas provocadas por la penetración del comercio capitalista en China e India; en las guerras comerciales; en las revueltas de los taipings y hasta en la resistencia de un imperio podrido y de una sociedad fosilizada a las tropas franco-británicas durante las guerras del opio; en la insurrección de los sepoys, privilegiados y tradicionalistas (movimientos que ni siquiera eran burgueses, sino preburgueses: ¿qué lejos estamos del indiferentismo!); en el "orden" que, en Oriente, tratan de restablecer los Seymour o los Dalhousie, usando la violencia más brutal y desvergonzada.

Esta posición es puramente dialéctica. Como en los artículos de Marx y Engels de 1853 sobre la India, sólo tiene derecho a saludar como "revolucionaria a pesar suyo" a la acción subversiva del imperialismo británico en la India o en China, portador involuntario de las relaciones modernas de producción en áreas precapitalistas que vegetan en un sueño milenarista, quien esté dispuesto a combatirlo con la violencia, o, si no puede hacerlo directamente, a tomar partido por el que lo combate, quienquiera sea, con tal que no esgrima ni el papel del voto, ni los instrumentos del ritual religioso, sino la espada. Sólo puede tomar partido por los pueblos que se revelan bajo cualquier bandera contra el "heroico" comercio burgués, quien dialécticamente espera que estos movimientos tengan por efecto el desencadenamiento de la guerra de clase proletaria en los países de capitalismo avanzado, la que, a su vez, repercuta en las áreas coloniales impulsando a las revueltas más allá de los términos en los que éstas se presentan a la "conciencia" inmediata de sus participantes. Para el marxismo, la revolución es un hecho internacional, una cadena cuyos eslabones reaccionan unos sobre otros, los movimientos coloniales sobre los movimientos proletarios, y viceversa, y, en la que incluso la derrota es fructífera si engendra, como no puede dejar de engendrar, las fuerzas y los instrumentos de una futura conquista más durable.

En uno de dichos artículos podemos leer: *"Los hindúes no podrán recoger los frutos de la nueva sociedad que, en su país, han sido sembrados por la burguesía británica, mientras el proletariado industrial no haya abatido a las clases dominantes en la misma Inglaterra, o mientras los mismos hindúes no sean lo suficientemente fuertes como para liberarse del yugo de la dominación inglesa. (...) Cuando una gran revolución social se haya apoderado de las conquistas de la época burguesa -el mercado mundial y las fuerzas productivas modernas- y las haya sometido al control común de los pueblos más avanzados, solamente entonces el progreso humano dejará de parecerse a ese espantoso ídolo pagano que sólo bebía el néctar del cráneo de los que habían sido sacrificados!"* Hoy, más de un siglo después, cuando la "ola de desorden" refluye de los teatros de un desesperado intento capitalista de "mantener el orden" en los templos dorados de la "grandeza francesa" y de la alta finanza belga y enmaraña los nudos ya inextricables (excepto si se emplea la espada) del supercapitalismo parapetado en los últimos restos de sus posesiones coloniales, ¿acaso deberíamos permanecer indiferentes ante la prolongación de los "hechos" no nuevos de antaño, en esta época del más despiadado capitalismo? ¿Acaso para nosotros puede ser nuevo e indiferente que esta entrada en escena de masas populares armadas en las colonias y semi colonias haya interrumpido ese "soplo aplanador de la prosperidad" y puesto así en movimiento a los proletarios de Lieja y de Bruselas, y desgarrado el tejido de la sociedad francesa? ¿Acaso pue

de ser nuevo e indiferente para la perspectiva histórica marxista el hecho de que junto a las relaciones de producción burguesas, el imperialismo *deba* dar vida a las fuerzas humanas que lo destruirán, los hindúes de 1960-61, quienes con su canto de gallo despiertan al proletariado adormecido de las metrópolis industriales?

Dos eslabones de una misma cadena

Pero en la perspectiva marxista los movimientos coloniales tienen un papel mucho más importante que el de simple agente pasivo, y, por así decirlo, mecánico de la reanudación proletaria.

En esta perspectiva, la *resolución* de los gigantescos conflictos sociales desencadenados por la expansión del modo de producción capitalista, sólo puede tener por teatro a los países en los que la historia ha puesto a la orden del día no una revolución vagamente popular, sino la revolución proletaria. En la famosa carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882, en una época en que el proletariado autóctono recién empezaba a nacer o aún no había nacido en las colonias extraeuropeas, Engels, mirando más allá del nauseabundo presente -tan caro a los oportunistas e inmediatistas de todas las épocas y colores- en el que los trabajadores ingleses *"recogían las migajas del monopolio británico sobre el mercado mundial y colonial"*, y pensaban por ello de la política colonial *"exactamente lo mismo que piensan de la política en general, o sea, lo mismo que piensan los burgueses"* (como ocurre hoy en Gran Bretaña y Francia, en Bélgica y América, para no hablar del resto), y anticipando, sin dejarse descorazonar por esto, un nuevo *"asalto proletario del cielo"*, un Octubre Rojo (y esto no es una metáfora, ya que los escritos sobre Rusia son contemporáneos de su lúcido pronóstico de una revolución que no solo sería antifeudal), Engels confiaba al proletariado revolucionario victorioso la tarea de *"tomar provisoriamente a su cargo"* a los países sometidos a la dominación europea con población nativa (e indicaba específicamente a India, Argelia, las colonias holandesas, portuguesas y españolas, ¡tan "profética" era la visión marxista!) y *"conducirlos lo más rápidamente posible a la autonomía"*. Esa era la tarea que hacían inmediatamente posible las condiciones objetivas de las colonias, a saber, la inexistencia o casi inexistencia de un proletariado autóctono, el estancamiento o atraso de la industrialización acelerada por las potencias coloniales aliadas a las clases tradicionales gobernantes locales y deseosas de retardar lo más posible la entrada en escena de competidores extraeuropeos.

Y, sin embargo, en un momento en que la parálisis de la revolución europea se haya prolongado y en que hayan crecido en forma gigantesca las fuerzas que impulsan a las áreas coloniales hacia la industrialización y la "capitalistización", las premisas de lo que será el encuadramiento de las luchas de los "pueblos de color" en la estrategia y la táctica de la revolución comunista establecidas por la III Internacional, ya estaban *integralmente* presentes en las directivas fijadas por Marx y Engels para las "revoluciones dobles" en imperecederos textos (basta con recordar el *Mensaje* a la Liga de los Comunistas de marzo de 1850). En realidad, los movimientos coloniales de hoy reproducen a escala mundial la situación que la Europa de 1848-50 presentada a la crítica marxista

ta, pero con una carga explosiva mayor: movimientos pequeñoburgueses de carácter radical y violento cuyo "horizonte" ideológico y práctico sólo puede ampliarse con la entrada en escena y la lucha abierta del proletariado revolucionario, sin la cual este horizonte necesariamente se restringe.

La perspectiva de la revolución permanente fijada por Marx y Engels era la siguiente: el proletariado europeo debía intervenir al lado de la pequeña burguesía armada y revolucionaria en la destrucción de los últimos bastiones del régimen feudal e impulsar más allá de sus límites a esta "primera revolución" para llevarla (teniendo a la pequeña burguesía, su ex-aliada, como una sierva sumisa o como una enemiga declarada) al plano del combate mortal entre capital y trabajo asalariado, y al dilema final: o dictadura abierta del capital, o dictadura abierta del proletariado comunista. Esta perspectiva, que en esa época era, por así decirlo, vertical, hoy se reproduce en un plano horizontal: la revolución puramente proletaria, la única posible en Occidente; una revolución con base popular radical en las ex-colonias, cuya solución está ligada a la primera, o condenada, por el retardo de la primera, a una involución más o menos rápida, a la que se agrega un potencial autóctono de proletarios auténticos que la marcha del capitalismo imperialista, incluso bajo el impulso de las resistencias revolucionarias locales, no pudo dejar de producir. La tarea de "tomar provisoriamente a su cargo" a las colonias con población autóctona se vuelve la de "tomar definitivamente la dirección" de insurrecciones violentas, de origen pequeñoburgués nacional y radical, que, no obstante, contienen en el plano internacional y, en parte, incluso en el plano nacional, potencialidades mucho más vastas y fecundas.

La III Internacional hizo suya esta tarea, como lo recordamos e ilustramos muchas veces, y hoy no podemos dejar de repetirlo a los que lo han olvidado. Ella reconoció en aquellos movimientos cuyo carácter social no proletario no vaciló en definir, un elemento cardinal de la estrategia revolucionaria del proletariado mundial. Fijó a los partidos comunistas la tarea de apoyarlos en el terreno de la lucha armada debiendo, denunciando al mismo tiempo los límites sociales y, por tanto, programáticos de las fuerzas dirigentes de esos movimientos, y debiendo impulsarlos, con su presencia activa pero autónoma en el plano de la ideología como en el de la organización, más allá de los límites trazados por su estructura social misma y su origen histórico. Revolucionaria, a pesar de sí misma y contra ella, la burguesía no solo ha acumulado el potencial incandescente de revueltas nacionales nativas, sino ese otro potencial más incandescente aún que es el proletariado de color. Corresponde al proletariado revolucionario de las metrópolis capitalistas nuclear en la lucha armada, tanto en la metrópolis como en las colonias o ex colonias, las energías que permitirán al viejo topo laborioso de la revolución superar de un salto la meta nacional burguesa para unirse al incendio generalizado del asalariado de todos los continentes y de todas las razas. Eso solo es posible bajo la dirección estratégica y táctica de un partido revolucionario marxista mundial que haya superado para siempre, en las metrópolis capitalistas, las ilusiones de mocráticas, parlamentarias, y la creencia en la coexistencia pacífica, un partido que indique a la clase obrera de los países industriales avanzados la vía, la única vía, la del *salto directo y violento* para la conquista del poder, la de la dictadura comunista, y que naga de ella la palanca de la radicalización en un sentido proletario de los movimientos coloniales. ¿Acaso es preciso recor-

dar que esas fueron las tablas de la ley, del II al V congreso de la I.C., para todos los partidos afiliados a la Internacional, antes de la victoria del oportunismo stalinista y de la mortal consigna del "socialismo en un solo país"?

La necesaria soldadura

Hoy, el "indiferentismo" se escuda tras el pretexto de que los movimientos coloniales tienen un origen y un contenido ideológico (y, en parte, también social) burgués y se prestan a ser manobrados por los bloques de los imperialismos rivales. Aquí está la insidiosa traición. Lo que bloquea el proceso de radicalización de los movimientos coloniales, lo que encierra sus perspectivas en los límites del programa y de fuerzas sociales burguesas y, por consiguiente, lo que los expone a la posibilidad de una cínica explotación de parte del gran capital parapetado tras los muros de la Casa Blanca o del Kremlin, es, precisamente, la *indiferencia* (que, por otra parte, en el terreno de las luchas de clases significa paso al enemigo) del proletariado revolucionario y, peor aún, de su Partido. Es la *renuncia* a la tarea que le ha confiado Marx, Engels o Lenin, sino la historia de la que ellos fueron los portavoces, lo que castra un fenómeno histórico tan cargado de posibilidades futuras. Desde hace años, y casi todos los días, el rudo puño de los "hombres de color" golpea a la puerta, no de los burgueses, sino de los proletarios de las metrópolis. Esto no es una metáfora, pues los proletarios belgas de 1961 o los proletarios franceses que llevaron adelante las grandes huelgas de los años pasados, responden y respondían, conscientemente o no, poco importa, a la "ola de desorden" que se desencadenaba en la selva congoleña o en el *bled* argelino. Esta respuesta es dada por los movimientos que irrumpen en toda la extensión de la clase proletaria, pero no viene de su supuesto partido, o, cuando viene de él, es lo contrario de la respuesta de la gran tradición revolucionaria: es la respuesta llorona de la democracia, de la conciliación, de la diplomacia, del patriotismo, o es la respuesta, no menos repugnante, de la "indiferencia" altiva y despreciativa. ¡Pauja, movimientos burgueses! Y sin embargo, en el Congo, el primer toque de alarma, en 1945 como en 1959-60, vino de gigantescas huelgas, no desencadenadas seguramente por burgueses, sino por auténticos proletarios (...). ¿No era acaso burgués el horizonte de febrero de 1848 y febrero de 1917? ¿Acaso la "primera revolución" rusa no hubiese caído definitivamente en las manos del imperialismo y de la guerra si los bolcheviques, en lugar de asumir la responsabilidad de llevarla más allá de sí misma, se hubiesen parapetado en la estúpida fortaleza de la "indiferencia"?

El proletariado revolucionario occidental debe recuperar el tiempo y el espacio trágicamente perdidos por seguir el espejismo de las soluciones democráticas de un problema que, a escala mundial, sólo puede resolver la revolución comunista. No puede exigir de los movimientos coloniales algo que sólo depende de él. Pero, aun así, los saluda con una pasión devoradora. Aun así, porque son la única chispa de vida en un presente mortífero que perturba el equilibrio internacional del orden establecido (más adelante veremos que la "explotación de los movimientos coloniales por parte de los imperialistas" debe ser tomada con muchas reservas); porque catapultan en la arena de la historia a gigantes cas-

masas populares (que abarcan incluso masas proletarias) que hasta ahora vegetaban en un "aislamiento sin historia"; porque aun cuando pudieran reducirse -pero la dialéctica marxista se niega a ello- a movimientos puramente burgueses, criarían en su seno a los sepultureros que el occidente putrefacto, hundido en una prosperidad estúpida y asesina, arrulla en un sueño más profundo que el que provoca la "droga soporífera que se llama opio"; porque en definitiva, en una tradición de una historia que tiene más de un siglo, son "revolucionarios a pesar suyo". Esto es algo que, para los burgueses y los indiferentistas radicales de hoy, como para los que Marx ridiculizaba en una carta de 1853 a Engels, es demasiado *shocking*, demasiado escandaloso, pero no para nosotros, no para los marxistas dignos de ese nombre.

El ejemplo del Congo

La mejor ilustración de los principios que constituyen la base de la perspectiva marxista en las luchas de los pueblos coloniales es provista, sin duda alguna, por la historia lejana y reciente del Congo, de la que nos hemos ocupado muchas veces en estas columnas, pero sobre la cual deberá emprenderse un estudio más profundo, económico y político, en un futuro próximo. Decimos la mejor ilustración, ante todo porque, de todos los grandes países del Africa Negra, el Congo es aquél en donde el movimiento de liberación del yugo colonial está más directamente ligado (y esto no data de hoy) a las luchas de clase del proletariado. Basta con recordar algunos hechos salientes. Los trágicos acontecimientos de 1960 en el Congo fueron inaugurados por potentes huelgas en el centro comercial y administrativo de Leopoldville, en donde se habían producido explosiones análogas el año precedente. En 1945, a fines de la segunda carnicería imperialista, tuvo lugar una gran marea de agitaciones puramente obreras. Datan de 1905-08 los episodios más repugnantes de explotación capitalista de la mano de obra autóctona por parte de Bélgica, la que en 1914 tendrá el cinismo (tantas veces denunciado por la izquierda socialista internacional, desde Lenin hasta nosotros) de protestar contra las "atrocidades alemanas", arrancando las lágrimas del mundo democrático, "atrocidades" que, no obstante, fueron oficialmente desmentidas más tarde, pero aun habiendo sido ciertas, sólo habrían significado una parte infinitesimal de las infamias perpetradas por la clase dominante belga sobre los pueblos confiados a su "tutela paternal".

Este vínculo estrecho entre movimiento popular y movimiento proletario se explica por la misma estructura de la economía congoleña, en la que, en sus centros vitales y desde hace numerosos decenios, la agricultura tiene los caracteres del gran monocultivo capitalista en las plantaciones de caucho, cacao y café, y, asimismo, la industria minera y siderúrgica, controlada por gigantescos organismos financieros internacionales, presenta una alta concentración de mano de obra asalariada, mientras que en las grandes ciudades comerciales, como la misma Leopoldville (que, al mismo tiempo, son grandes puertos fluviales), cuentan con un alto porcentaje de proletarios y subproletarios negros, empleados en penosos trabajos de carga y descarga. Por lo tanto, en el Congo había y hay premisas objetivas de esta radicalización del movimiento popular de independencia, cuya dirección fue confiada por

la III Internacional, hasta su IV Congreso, a los partidos comunistas metropolitanos y autóctonos.

Por otra parte, como lo demostramos en ocasiones precedentes, los dos partidos dominantes, que tienen tras de sí una larga historia de actividad clandestina y legal, presentaban el cuadro típico de las tensiones internas de todos los movimientos populares africanos. Mientras que Abaco, dirigido por el actual presidente de la República congoleña, Kasavubu, agitaba y agita un programa federalista con un acento claramente puesto en la preeminencia de la región de Leopoldville (antigua capital del reino del Bajo Congo), el Movimiento Nacional Congolés de Lumumba luchaba, por el contrario, por un Estado unitario y centralizado en el que se habrían superado y disuelto los odios ancestrales de tribus y pueblos. En efecto, se sabe que el mayor triunfo del colonialismo imperialista es la "balcanización" del Continente Negro, la explotación de los conflictos y rivalidades entre grupos étnicos de nivel cultural y económico diferentes, en nombre de una moderna variante de la vieja receta: "dividir para reinar". El destino del Congo, que oficialmente había adquirido su independencia, dependía, evidentemente, de la solución de este dilema.

El federalismo es considerado por la burguesía internacional como la ventana que puede permitirle volver a entrar en propiedades de las que ha sido expulsada por la puerta, y no es casual que contra el antifederalista Lumumba se hayan desencadenado, justamente, todas las fuerzas internas y externas ligadas a la alta piratería imperialista. Katanga, siempre maniobrada por los belgas (hasta la ONU lo reconoció) que poseen allí la mejor parte de las empresas mineras y siderúrgicas, aprovechó para reclamar enseguida su autonomía, y las Naciones Unidas (y, detrás de ellas, los Estados Unidos), a pesar de tener interés en una solución federal pero no impulsada hasta la secesión, debieron aceptar el hecho consumado -luego de algunas infructuosas amenazas- para no enemistarse totalmente con el gobierno de Bruselas. Luego, en el interior de la República, comenzó la ofensiva anti-Lumumba, con la ayuda de los Kasavubu y Mobutu, y, desgraciadamente, se llegó a lo que se asiste actualmente: la movilización de las hostilidades seculares entre tribus en interés del patrón extranjero.

Que el horizonte político del MNC y de Lumumba hayan sufrido taras propias a todos los movimientos indígenas con fondo racial pequeño burgués, es indiscutible. No solo no se trata de un horizonte proletario, sino que, por una parte, su programa unitario y centralista -que es en sí una fuerza de progreso, como lo es de retroceso el federalismo- no se extiende más allá de los límites políticos que la potencia colonialista europea le ha impuesto en forma arbitraria y no natural. Para el Estado congolés es vital desgarrar la camisa de fuerza del estrangulamiento que, como un segundo "pasillo polaco", lo comunica con el mar (y que de un momento a otro puede ser roto y transformado en una puerta cerrada) y unirse, así, a los movimientos de otras poblaciones similares que se encontraban bajo la dominación francesa o que aún se encuentran bajo la dominación portuguesa. Por otra parte, su programa estaba, y aún lo está, atado a la ilusión democrática y pacifista que lo condujo a hacer llamamientos a la ONU, cuando era claro que eso no significaba ir hacia una posible victoria, sino hacia una fatal derrota. Los últimos acontecimientos -Lumumba prisionero de los belgas por intermedio de Chombé y del movimiento panafricano de sus herederos políticos- demuestran, a la vez, todo lo que se perdió esperando que la ONU aportase una solución, y las

potencialidades que contenía, y que sigue conteniendo todavía, la rebelión congoleña.

Una responsabilidad histórica

Pero la tarea de impulsar al movimiento lumumbista más allá de sus posiciones inmediatas y de barrer del mismo golpe las resistencias centrífugas de la Abaco y de las tribus más atrasadas apoyándose en la base proletaria del MNC, en la posición de fuerza originaria de la idea unitaria, y en la decisión de emplear los medios no parlamentarios de los grandes virajes históricos, presente en las grandes masas indígenas durante las primeras fases del temblor de tierra congolés; esa tarea, incumbía al Partido internacional del proletariado si éste aún hubiese existido. ¿Qué hizo el Kremlin -que falsamente se pretende el heredero de la tradición leninista- sino precisamente lo contrario de lo que esta tradición exigía? En la retórica de los discursos oficiales proclama que sostiene a Lumumba, pero la decisión de confiar a la ONU la tarea de vigilar el paso del poder de la administración belga a la administración congoleña -con todo lo que ello significa para la liquidación del ala más avanzada del movimiento anticolonialista- lleva la firma de los soviéticos, y, desde entonces, éstos nunca dejaron (y en el futuro, indudablemente, tampoco dejarán de hacerlo) de desplazar la cuestión del Congo del terreno natural de la lucha abierta en territorio indígena, al falso y engañoso terreno del Palacio de Cristal. Por otra parte (y esto es también una respuesta a los que, reduciendo la historia a un drama banal entre monigotes, exclaman despreciativamente: "Es un movimiento no proletario, maniobrado por el imperialismo moscovita"), parece que jamás dieron otra ayuda a sus pretendidos amigos congoleños que la hipócritamente verbal y concretamente capituladora -como la ayuda para reprimir toda veleidad de elegir una vía no democrática, no conciliadora, no "localista" y no legalitaria: la de la revolución armada.

La gran ocasión

Es fácil imaginar el potencial explosivo que hubiese podido ser liberado de la rebelión congoleña si la Internacional Comunista aún hubiese estado viva y sólidamente parapetada en las posiciones programáticas de 1920-23 (y no reducida a marioneta diplomática de un Estado que ya no tiene nada de proletario) y, si en esta histórica batalla, ella hubiese lanzado el peso de su fuerza desplegada por el mundo entero y concentrada en las metrópolis y los centros vitales del imperialismo. Los estrechos límites del horizonte radical del MNC habrían sido rotos; las jóvenes fuerzas proletarias en los campos, las minas, los grandes establecimientos siderúrgicos, los portuarios de los numerosos puertos fluviales, habrían entrado en escena con la decisión y la violencia de las que habían dado pruebas a comienzos de 1960 y también antes, para escándalo de los blancos "civilizados", capaces de otras tantas violencias y de una hipocresía secular para disimularlas. Y el incendio hubiese podido extenderse no solo a los territorios vecinos, sino, como lo demuestran los acontecimientos de

diciembre de 1959 y diciembre de 1960-enero de 1961 en Bélgica, hubiese podido alcanzar, con su soplo impetuoso, la fortaleza metropolitana del "mundo de los negocios" europeo, Bruselas, Lieja, Amberes.

Hoy es fácil sonreír ante lo que se considera como la "opéreta congoleña", mientras que se trata de la tragedia de un pueblo al cual faltaron el sostén y la dirección de los proletarios de la Europa "civilizada" y del mundo. Es fácil también lamentarse sobre la suerte de hombres como Lumumba y sus partidarios que todos los miembros de la ONU, *sin excepción*, condenaron a un lúgubre destino. El hombre que encarnaba una posibilidad de radicalización del movimiento congolés es hoy prisionero de los federalistas y de los secesionistas. Este drama confirma que sólo hay una vía para la liberación de los pueblos de color: la que, con un vínculo indisoluble, liga sus movimientos a los del proletariado de las metrópolis, y que no tiene por lema ni "el socialismo en un solo país", ni la democracia, ni el pacifismo de la coexistencia, sino el internacionalismo comunista, la violencia de clase y la declaración de guerra abierta al mundo burgués internacional.

Por el momento, la partida está perdida en el Congo. Pero el proletariado congolés no está muerto, y es la misma dinámica del imperialismo la que está condenada a engrosar sus filas. Lumumba, o tantos otros, podrán desaparecer de la escena con todos sus prejuicios y todas sus posibilidades de superarlos, pero cuando la revolución estalla nunca deja de producir sus militantes, grandes y pequeños, sus jefes y sus simples soldados. Un hombre puede ser encadenado, sobre todo si, en parte, contribuyó a forjar sus cadenas, pero la historia es más fuerte que todos los aparatos policiales, y su venganza no tiene nombre ni fecha. Llegará un día en que los perversos y los falsos amigos de los revolucionarios negros se encontrarán todos juntos bajo una fuerte custodia proletaria en la prisión que, de buen grado o no, ellos mismos se habrán construido.

¡Que los proletarios de Leopoldville, Stanleyville, Elisabethville puedan ya no estar solos en su heroica batalla!

EL PROLETARIO

Suplemento para Latinoamérica de EL PROGRAMMA COMUNISTA

Nº9 - Setiembre de 1980

- De Bolivia, un enésimo llamamiento a la urgencia del programa y del partido comunista
- Bolivia : Significado del golpe militar
- A 60 años del II Congreso de la Internacional Comunista : Por el partido mundial centralizado de la revolución comunista
- Vampirismo imperialista
- Carta de Argelia : Irremediables resquebrajamientos en el "frente de clases"
- Consideraciones sobre la "revolución sandinista"
- Venezuela, el edecán del imperialismo en el Caribe
- La guerrilla venezolana, de la sierra al parlamento
- Partido revolucionario y luchas económicas
- Capitalismo = miseria

Precio del ejemplar: Europa y EE.UU. :US\$ 0.50 - América Latina:US\$ 0.35
Abono anual: precio de 5 ejemplares. Encargos a las Ediciones Programme.

Lecciones de las contrarrevoluciones

Introducción

La reunión general del Partido del 19 de setiembre de 1951 en Nápoles tuvo por tema las *Lecciones de las contrarrevoluciones*, no solo y no tanto para responder a dudas e incertidumbres de camaradas acerca de la correcta valoración de la naturaleza de la economía rusa y de su desarrollo histórico, sino también para restablecer los criterios fundamentales que, según el marxismo, definen los grandes modos históricos de producción y el recorrido -no siempre lineal ni privado de detenciones y retrocesos- por el que de un modo de producción se ha pasado o se pasará al otro.

Como siempre, se trataba de reafirmar, frente al trágico epílogo de la gloriosa revolución bolchevique, la integridad de la doctrina marxista que excluye la existencia de tipos de relaciones de producción "alternativos" entre el capitalista y el comunista, y la correspondiente entrada en escena de una "nueva" clase o "casta parasitaria" (en el caso en cuestión: la burocracia). Se pretendía también explicar en virtud de qué condiciones objetivas e internacionales la revolución rusa, que nace integrando dos revoluciones (la antifeudal y la antiburguesa), no ha podido superar, a pesar de la resplandeciente victoria política proletaria y comunista de Octubre, el marco económico y social burgués, lo que de ningún modo es desmentido por la estatización de la industria.

Esto no quita nada al resultado revolucionario en sentido antifeudal de ese acontecimiento grandioso, pero también permite esclarecer la realidad dramática de la contrarrevolución que convencionalmente toma el nombre de Stalin, en la que ha faltado (hecho históricamente no nuevo) el tradicional aspecto del choque frontal entre dos clases en el área rusa; y en la que, por la falta de ayuda de la revolución en Europa, tuvo lugar la destrucción incluso física del partido mundial de clase, con efectos a largo plazo difícilmente reversibles.

El carácter proletario y comunista de la revolución de Octubre debía y debe ser buscado en la naturaleza de su dirección política, en el ejercicio de la dictadura por obra del partido bolchevique que trabajaba en función de la revolución mundial y, en el frente interno, de la guerra civil contra la burguesía vencida pero sostenida en el desesperado esfuerzo de supervivencia y de reconquista por la burguesía internacional, y, además, contra los residuos del feudalismo zarista. Sería vano buscar ese carácter en sus medidas económicas que en los años de esplendor podían ser definidas legítimamente como "socialistas" en un doble sentido: en determinados sectores, por las exigencias y por la sola duración de la guerra civil, tuvieron un carácter antimercantil; en otros, sometieron la gran industria y el comercio al control y al manejo directo de un Estado que tendía a utilizarlos para los fines y en interés de la victoria de clase del proletariado en todos los países. Empero, por su contenido real, no podían sin aquella victoria salir de los límites del capitalismo que tiende hacia el límite extremo del capitalismo de Estado, superando en áreas geográficas enteras del inmenso territorio ruso formas no solo precapitalistas, sino directamente patriarcales y "naturales".

Es indudable que el texto publicado aquí trata parcialmente la vastísima y complicada cuestión de la estructura económica y social de la Rusia de hoy, como harán luego el texto homónimo del Partido, el *Dialogato con Stalin*, el *Dialogato coi morti*, *Russia e rivoluzione nella teoria marxista* y *Bilan d'une révolution*. También puede contener fórmulas susceptibles de engendrar equívocos, que luego serían precisadas mejor y que hemos tratado aquí de completar con algunas notas. Sin embargo, es fundamental no solo para el análisis teórico profundizado de los diversos tipos históricos de contrarrevolución, sino también para la síntesis bien precisa de las características distintivas de los modos de producción feudal, burgués y comunista, síntesis de vital importancia para destruir la infame mentira stalinista que bautiza como socialista a la industrialización capitalista bajo la égida del Estado, y que en esto pretende encontrar la justificación teórica de la suprema blasfemia de la "construcción del socialismo en un solo país".

o o o

Reunión de Nápoles

1 de setiembre de 1951

Lecciones de las contrarrevoluciones Revoluciones dobles Naturaleza capitalista-revolucionaria de la economía rusa

Sumario

1.- Tanto la aparición de formas de dictadura del capital como la disolución del movimiento comunista internacional y la degeneración completa de la revolución rusa no son "sorpresas de la historia", cuya explicación exija modificar la línea teórica clásica del marxismo.

2.- Los impugnadores frontales del marxismo en cuanto teoría de la historia son preferibles a sus "remendadores" y "enriquecedores", quienes son tanto más nocivos cuanto que se valen de una fraseología no colaboracionista, sino extremista. Según estos últimos, serían necesarios variantes y complementos críticos para corregir lo que ellos llaman los fracasos e impotencias del marxismo. Estamos en un evidente período de contrarrevolución social y política; pero, al mismo tiempo, de plena confirmación y de victoria crítica.

3.- El análisis de la contrarrevolución en Rusia y su reducción a fórmulas no es un problema central para la estrategia del movimiento proletario en el nuevo ascenso revolucionario que se espera, puesto que no se trata de la primera contrarrevolución; el marxismo ha conocido y estudiado toda una serie de ellas. Por otra parte, el oportunismo y la traición de la estrategia revolucionaria tienen un curso diferente al de la involución de las formas económicas rusas.

4.- No solo el estudio de las contrarrevoluciones burguesas pasadas, sino también el de las contrarrevoluciones feudales en detrimento de la burguesía insurrecta, conducen a la determinación de diferentes tipos históricos: derrota total, militar y social a la vez (guerra de los campesinos alemanes de 1525); derrota militar total, pero victoria social (derrota de Francia en 1815 por parte de la coalición europea); victoria militar, pero involución y de-

generación de las bases sociales (destrucción del capitalismo italiano a pesar de la victoria de las Comunas asociadas en Legnano contra el Imperio feudal).

5.- Para clasificar el tipo de la contrarrevolución rusa, en la cual faltó manifiestamente la invasión y la derrota militar por parte de las potencias capitalistas, debe examinarse el tejido económico ruso y su evolución que "tiende" al capitalismo en un doble sentido, político y económico, sin alcanzarlo totalmente y sin superar (pues sólo en la ciudad lo logra) el estadio de lo que se ha llamado, con razón, "industrialismo de Estado".

6.- Para eso es necesario restablecer aún conceptos marxistas elementales: a) definición del feudalismo como economía de producción parcelaria y de intercambio no mercantil; b) definición del capitalismo como economía de producción en masa y de intercambio mercantil integral; c) definición del socialismo como economía de producción en masa y de distribución no mercantil, distribución racionada pero ya no monetaria en el estadio inferior e ilimitada en el estadio superior.

7.- La lucha de clases en el estadio capitalista no es la lucha por la simple reducción del *quantum* de plusvalor, sino por la conquista y el control social de todo el producto del cual el trabajador individual ha sido sanguinariamente expropiado. La clase obrera lucha por conquistar todo lo que hoy forma la riqueza y el valor de las instalaciones y de las masas de mercancías: el capital constante, es decir, la herencia del trabajo de las generaciones pasadas usurpadas por la burguesía; el capital variable, o sea, el trabajo de las generaciones presentes, explotadas en su mayor parte por la burguesía; el plusvalor, que hay que reservar a las generaciones futuras para la conservación y la extensión de los equipos productivos, hoy monopolio de la burguesía. Estos tres factores son dilapidados continuamente por la anarquía capitalista.

8.- El capitalismo de Estado no es una forma económica nueva ni una forma de transición al socialismo: es capitalismo puro, y aparece con todas las formas del monopolio en el período de victoria de la burguesía sobre los poderes feudales. Por otra parte, la relación capital-Estado se encuentra en la base de la economía burguesa en todas sus fases.

9.- La visión marxista de la historia se derrumbaría si en lugar de reconocer un único tipo de relaciones capitalistas de producción que va de una revolución a otra, se admitiesen diferentes tipos sucesivos. Y esto es válido también para todos los otros modos de producción precedentes.

10.- Tal como la revolución alemana de 1848, la revolución rusa debía ser la integral de dos revoluciones: antifeudal y antiburguesa. En su lucha política y armada, la revolución alemana fracasó en el cumplimiento de ambos objetivos, pero socialmente prevaleció la primera: la antifeudal, es decir, la del paso a las formas capitalistas. La revolución rusa triunfó política y militarmente en ambas revoluciones y por esta razón llegó más lejos. Pero en el plano económico y social permaneció en el mismo nivel que la revolución alemana, limitándose a llevar adelante la industrialización capitalista del territorio que controlaba.

11.- Luego de la gran victoria política surgieron pocos sectores de economía socialista y, desde la época de Lenin con la NEP, hubo que renunciar a ellos en ausencia de la revolución internacional. Con el stalinismo se renunció a la revolución internacional.

intensificando la transición hacia el gran industrialismo, tanto en Rusia como en Asia. Elementos proletarios por un lado, y feudales por el otro, tienden al capitalismo.

12.- Todo esto surge de un análisis de la economía soviética hecho en base a los criterios establecidos anteriormente. La perspectiva de una tercera guerra mundial tampoco es un problema central del nuevo movimiento revolucionario. Dada la convergencia de las dos cruzadas antifascistas (contra las cuales los núcleos proletarios revolucionarios se mantendrán irreductiblemente enemigos), la occidental en sentido democrático y la oriental en el falso sentido proletario, la situación durante la guerra será contrarrevolucionaria. Esta será igualmente contrarrevolucionaria, durante un cierto período, antes de una nueva guerra, en el caso de un acuerdo entre Rusia y las potencias atlánticas sobre bases económicas y territoriales. El método del sometimiento colonial del país vencido asegurará un equilibrio contrarrevolucionario en el período posbélico en la medida en que venza el imperialismo más equipado y de mayor continuidad histórica. Así como el peor desenlace de la primera guerra mundial fue la victoria inglesa y el de la segunda la victoria anglo-americana, la victoria americana sería la peor solución en la tercera.

Informe detallado

1.- En el informe presentado en Roma a la reunión de Partido del 1.IV.1951, el cual ahora se intitula *Teoría y acción en la doctrina marxista* (referirse, en particular, al capítulo "La inversión de la praxis en la teoría marxista" y a los gráficos I y II del A ppendice en el opúsculo *Partido y clase*, Ed. Programme Communiste, París, 1974), se restablecieron los conceptos marxistas contra múltiples construcciones intelectualoides que pretenden que a una fase ascendente del capitalismo debe suceder una fase descendente.

La perspectiva expuesta por Marx no es la de un ascenso seguido de una declinación del capitalismo, sino la de una exaltación contemporánea y dialéctica a través de oscilaciones violentas y de rupturas periódicas de la masa de fuerzas productivas que el capitalismo mismo controla, de su acumulación y concentración ilimitadas y, al mismo tiempo, de la reacción antagonista constituida por una de las fuerzas dominadas, la clase proletaria. En otros términos, el potencial productivo continúa creciendo hasta tanto no se rompa el equilibrio y se abra una fase revolucionaria explosiva en el curso de la cual, durante un período muy breve de caída brusca, las antiguas formas de producción son destruidas y las fuerzas de producción caen para darse una nueva base y volver a tomar un ascenso más potente.

Se demostró cómo en la visión opuesta de una curva moderadamente sinuosa, en la que a la fase de ascenso gradual sucede una fase de descenso gradual, en el fondo de la cual se encuentran la agonía fatal del capitalismo y el paso casi automático del poder a la clase proletaria, están contenidos los dos errores: el gradualismo y el fatalismo. Y ya que la justa interpretación del desarrollo histórico postula como factor decisivo de la fase de violenta ruptura de la dinámica capitalista la intervención de la acción revolucionaria, se ilustró el proceso a través del cual, por un lado, los impulsos fisiológicos elementales de los indivi-

duos, de los trabajadores y, por consiguiente, de la clase, se ligaban a los intereses económicos, a la acción y sólo después a la conciencia, dirigiéndose y confluyendo hacia el partido; por otro, sólo el partido consigue "invertir el sentido de la praxis" y sólo en él, dentro de ciertos límites, es posible que la conciencia preceda a la acción.

De este modo, se volvieron a poner en su lugar en el plano teórico los factores objetivos y subjetivos de la explosión revolucionaria que madura en el seno del nuevo y tempestuoso ascenso de la economía capitalista, después de la caída vertical de la segunda guerra imperialista y del triunfo paralelo de la contrarrevolución "stalinista".

2.- Luego de la reunión de Roma, y para responder al problema de las escisiones del stalinismo en Italia y Francia, se hizo sentir la necesidad de recapitular en un *Llamamiento para la reorganización internacional del movimiento revolucionario marxista* (1) las posiciones esenciales sobre las cuales podía concebirse un reagrupamiento internacional de los grupos constituidos sobre la base del marxismo revolucionario, posiciones que se hallan en neto contraste con la de esos grupos escisionistas que, más de una vez, son una emanación directa o indirecta del pilar del imperialismo: los Estados Unidos de América.

3.- Se hicieron dos observaciones críticas al proyecto de este manifiesto, que por su naturaleza misma no podía ser de orden personal:

1º) se consideraba insuficiente la primera afirmación del párrafo 5 del "sumario" que precede al presente informe amplio, en el cual se declara que en Rusia "la economía social tiende al capitalismo";

2º) no se aceptaba que el imperialismo americano fuese calificado como la fuerza fundamental de la contrarrevolución, o al menos la afirmación de que su derrota poco probable fuese considerada objetivamente preferible en una próxima guerra.

4.- Tal como lo dijimos en la reunión de Nápoles del 1.IX.1951, para responder a estas críticas no podemos limitarnos al marco estrecho en el cual ellas se plantean: es preciso encuadrar estas críticas en el problema más vasto del examen del actual proceso contrarrevolucionario. Esto nos lleva a volver a poner en su lugar algunas posiciones fundamentales del marxismo aplicadas a períodos particularmente significativos de contrarrevolución, que conciernen no solo a la clase proletaria, sino también a la clase burguesa y a la fase misma de su constitución primitiva en clase dominante.

5.- Ante todo, debemos reaccionar enérgicamente contra el hecho de que las críticas que se hacen al stalinismo no tengan como resultado una cristalización de energías encuadradas sólidamente en torno a las tesis fundamentales del marxismo, sino una deplorable confusión sobre los principios que, sin embargo, deberían considerarse como definitivamente establecidos.

Un ejemplo detestable de esto es la charlatanería sobre una tercera fuerza o tercera clase -la "burocracia", los "tecnócratas"-, a la cual debemos responder que el marxismo debe ser acep-

(1) Véase la traducción francesa en *Programme Communiste* nº 3, abril de 1958 y la sinopsis del mismo que podrá encontrarse al final del presente texto.

tado o rechazado en bloque: éste no tiene necesidad de remiendos ni de reparaciones, que constituyen la peor de las deformaciones de la teoría revolucionaria.

6.- Es necesaria la mayor prudencia sobre el problema ruso. Si bien es cierto que el trabajo hecho a partir del desarrollo de la lucha de clases permite confrontar las formulaciones fundamentales del marxismo con las nuevas formas de aquélla, también es cierto que para lograr este resultado -que algunos pueden considerar demasiado modesto o insignificante- es necesario oponerse a la manía que se ha apoderado de demasiados grupos y militantes y que consiste en querer buscar la clave de problemas arrancados de su contexto general y en creer haberla encontrado en una frase o, peor aún, en una receta. Repetimos una vez más que no se trata, en este caso, del problema ruso, sino de aquel mucho más vasto y general: el de la contrarrevolución.

7.- Los hechos demuestran que desde la Universidad donde presumimos encontrarnos para tratar los altos problemas acerca de lo que sucede en Rusia, debemos volver a la escuela secundaria, o aún a la primaria, para restablecer las nociones de capitalismo e incluso de feudalismo, ya que por otra parte no se puede comprender correctamente el primero si no es en relación al segundo.

8.- Es falso, y por eso mismo incorrecto, pensar que el problema de "lo que ha ocurrido y de lo que ocurre en Rusia" pueda ser encerrado en la alternativa: capitalismo o socialismo, o en aquella otra que plantearía el "remedio" de la tercera fuerza o de la tercera "clase". Es cierto que la crítica dirigida a la expresión "tiende al capitalismo" exige que sea precisado de *dónde parte* en el *tender hacia*; pero ella no debe llevarnos a quedarnos en el problema ruso, sino por el contrario a replantear este problema en el marco general del examen de la contrarrevolución.

El marxismo no es la doctrina de las revoluciones, sino la de las contrarrevoluciones: todos saben orientarse a la hora de la victoria, pero pocos son los que saben hacerlo cuando la derrota llega, se complica y persiste.

9.- Lo que prueba que el problema ruso no puede ser reducido a sus propios límites es el hecho de que aunque Stalin se ubica a la izquierda de Lenin en el campo económico y en el de las medidas a adoptar en Rusia, él se halla a la derecha en el campo de la política interna y sobre todo internacional. Lenin mismo había considerado la entrada del capital extranjero en Rusia a través de las concesiones, pero nunca planteó una alianza con los Estados capitalistas, que es lo que Stalin hizo en 1939 con Alemania, en 1941 con Inglaterra y luego con los Estados Unidos. Los dos cursos, el económico y el político, no coinciden.

Tipos de contrarrevoluciones

10.- Un primer tipo de victoria de las contrarrevoluciones es aquel en el que la derrota militar y política, lejos de determinar su detención, se acompaña del desarrollo de la victoria de la clase revolucionaria en el campo social y económico. Inglaterra, país ya capitalista, hace una alianza con las potencias feudales y de-

derrota a Napoleón, pero a través de la Restauración de 1815 se asiste a la consolidación de la clase burguesa en Francia. Las derrotas de las revoluciones burguesas de 1848 evocan el desarrollo y no la detención del avance de la clase capitalista.

11.- Un segundo tipo es aquel en el cual coinciden la derrota militar y social de la burguesía. La guerra de los campesinos de 1525 en Alemania, analizada por Engels, muestra la traición de los burgueses de las ciudades que abandonaron a los campesinos a las represalias y a la represión, de las cuales resultó una victoria política y social del feudalismo que pudo permanecer en el poder tres siglos más, reforzando así la forma social de la servidumbre de la gleba.

12.- Un tercer tipo es aquel en el cual, sin choque armado, sin derrota política, la clase burguesa registra una derrota en el plano económico y social. Por ciertos rasgos, la caída de las Comunas puede relacionarse con la caída de la revolución rusa. Marx veía en las Comunas, en Italia y en Flandes, la primera afirmación de la clase burguesa. En Italia central y septentrional, las comunas estaban muy desarrolladas y respondían tan bien a las posibilidades ofrecidas a esta primitiva burguesía que ni los pequeños señores locales ni los ejércitos de Francia y Alemania lograron vencerlas. Su caída estuvo determinada por el descubrimiento, a fines del siglo XV, de nuevas vías de comunicación y por el contemporáneo desplazamiento del centro de la vida económica.

13.- Estos tres tipos diferentes del desarrollo de las contrarrevoluciones históricas demuestran, por una parte, la imposibilidad de conectar de manera puramente formal el proceso económico al político; y, por otra, la gran complejidad de este problema esencial de las contrarrevoluciones. Debemos explicarnos no el pretendido enigma ruso, sino por qué, luego de la segunda guerra imperialista, no hemos tenido una ola revolucionaria proletaria, sino el desarrollo de la contrarrevolución. Debemos examinar el comportamiento de la burguesía, la política del stalinismo, y sobre todo basarnos en el hecho de que el capitalismo, instruido por la primera posguerra (donde la explosión revolucionaria tuvo lugar en los países derrotados militarmente), ocupa y mantiene la ocupación de estos países vencidos. Este es el examen que debe ser hecho; las vacilaciones sobre las cuestiones de principio ligadas al problema sindical nos prueban que debemos atenernos a él.

14.- En lo que concierne a la clase proletaria, tenemos en primer lugar la derrota de Babeuf en 1796; más tarde, la de París y Lyon en 1831, a la que siguió la fundación de la Liga de los Comunistas (1836-1847); la de 1848 a la que sucedió la fundación de la I Internacional (1864); el estrangulamiento de la Comuna de París (1871), al cual sucedió la constitución de la II Internacional (1889); la bancarrota de la II Internacional en 1914, a la que siguió la victoria de 1917; y, por último, la victoria de la contrarrevolución en 1928.

15.- Luego de estas referencias históricas es necesario proceder al restablecimiento de alguna de las posiciones fundamentales de la doctrina marxista. Es necesario no plantear como esencial el problema del análisis de las situaciones ni el de las perspectivas, como si el proletariado estuviese desprovisto de éstos desde hace un siglo. La reunión de Roma del 1.IV.1951 se colocó sobre este terreno sólido e ilustró la realidad del proceso histórico que determina el choque revolucionario y los conceptos fundamentales del desarrollo de la lucha social. Si bien admitimos que esta

lucha asume nuevos aspectos en la fase del totalitarismo capitalista, en la cual el Estado burgués funda sindicatos, no deducimos de esto la invalidación, sino la confirmación de los principios del marxismo incluso en este terreno, y enfocamos los problemas actuales sobre la base de la actual y temporal victoria de la contrarrevolución. La reunión de Roma puso también en evidencia el carácter distintivo de nuestra corriente que, si bien fue antiparlamentaria, lejos de ser antisindical preconizó el más amplio y sistemático trabajo en los sindicatos. Finalmente, la reunión concluyó que una fase prerrevolucionaria es inconcebible sin una lucha de la clase proletaria por intereses económicos, sin organizaciones que abarquen amplios sectores de trabajadores, sin un partido de clase que encuadre sí a una minoría del proletariado, pero que tenga una influencia sobre el conjunto de este proletariado y se apoye en las determinaciones económicas y en las organizaciones sindicales.

16.- La presente exposición responde a la exigencia de una explicación más completa de los conceptos del marxismo que, una vez más, y tal como resulta de la dificultad misma de asimilarlos hasta en las filas de nuestra organización, son llamados a escena por la confusión ideológica y la amenaza de la aparición de desviaciones. El nudo de la cuestión es que si bien existen tres fases en la época capitalista (la revolucionaria, la pacífica y la totalitaria), existe sin embargo un solo criterio de interpretación y un único tipo de capitalismo a través del cual éste vence, se desarrolla y finalmente caerá. No debemos olvidar que el reformismo se inició justamente con la afirmación y con la pretensión de probar que nada es fijo, que todo se transforma por la vía molecular, que el capitalismo de 1895 ya no era el de 1789. El marxismo respondió y responde que existen efectivamente momentos de crisis, pero que éstos no originan diversos tipos de capitalismo. La historia es la historia de los tipos de formas de producción; y, en cada uno de éstos, con el crecimiento de las fuerzas de producción, crece también la resistencia de las formas de producción, el espesor de la caldera de estas formas. El capitalismo es constante y no flexible; no se adapta ni se dilata; sino que, finalmente, se lo destroza y se lo destruye.

17.- Existen fases pero no tipos de capitalismo, aunque el mecanismo real de la sociedad no se caracterice por un tipo puro en el tiempo (es decir, que se extendería inmediatamente a todo el mundo) y en el espacio (o sea, que eliminaría automáticamente a todas las clases preexistentes y derrotadas dentro de cada país), sino que se caracteriza por un tejido mixto de diversas formas de producción. Engels llega incluso a decir que en ciertas circunstancias históricas hasta puede ser difícil individualizar a la clase que detenta realmente el poder del Estado. En Inglaterra, por ejemplo, un país altamente capitalista, coexisten no solo numerosas formas de producción artesanales, sino hasta formas de producción prefeudales en Escocia. Lo mismo ocurre en los Estados Unidos, donde el Este industrial coexiste con el Oeste preponderantemente agrícola.

18.- Para explicar las tres fases de la época capitalista (la revolucionaria, la de consolidación y la de defensa contra la amenaza de la revolución proletaria) no es necesaria la presentación de los figurines de moda que son utilizados por la burguesía para alejar la visión del derrocamiento revolucionario. Con la misma definición del capitalismo se explica el Cromwell de 1652, el 1789, el 1848 y Stalin mismo. Por consiguiente, es necesario establecer

primero las características distintivas y esenciales del tipo de relaciones de producción capitalista-burgués, para poder ver después las diferentes formas en que se presenta en la estructura social de los distintos países del mundo y en las diversas relaciones de influencia y de lucha con los modos de producción que lo precedieron y lo seguirán. Sobre todo, las diversas relaciones históricas esenciales son las que nos hacen hablar de fases diferentes: la burguesa revolucionaria, en la cual la lucha está dirigida contra las formas feudales y en la que la alianza política con la nueva clase obrera, el Cuarto Estado, es total; la intermedia, en la que el capitalismo parece aceptar las justas exigencias legales de los trabajadores; la contrarrevolucionaria, en la cual todas sus fuerzas están dirigidas a impedir que el proletariado la destruya política y socialmente.

Para comprender lo que sucede cuando una tentativa proletaria de conquista del poder es derrotada, no basta con seguir el juego de las fuerzas y de las organizaciones políticas, policiales o militares, sino que es necesario representarse el cuadro de los tipos históricos de la economía social que están presentes en el marco del país considerado, y preguntarse cuáles progresan y cuáles no.

Por tanto, antes de descifrar la contrarrevolución en Rusia, es necesario reafirmar los caracteres fundamentales propios del tipo capitalista de producción, volviendo a las bases de los textos marxistas fundamentales. Pero esto no es suficiente: habrá que remachar el carácter del precapitalismo clásico, del régimen feudal. A esto dedicaremos los conceptos desarrollados en el curso de esta exposición (párrafos del 19 al 38).

Del feudalismo al capitalismo

19.- Más de una vez, en los textos de la Izquierda, hemos distinguido tres fases sucesivas de la época capitalista: la fase revolucionaria, la fase pacífica, la fase "totalitaria".

20.- Este concepto debe ser esclarecido y puesto en concordancia con la tesis esencial del marxismo: el capitalismo es siempre uno, del nacimiento a la muerte.

21.- El antagonismo entre la teoría evolucionista y nuestra teoría revolucionaria consiste en lo siguiente: para la primera, todo tipo histórico de sociedad se modifica gradualmente hasta transformarse insensiblemente en otro distinto; para la segunda, un tipo dado de relaciones de producción se mantiene tal como surge de una explosión revolucionaria provocada por la alta tensión de las fuerzas productivas, hasta la explosión siguiente donde es destruido por nuevas fuerzas de producción suscitadas por él.

22.- Así, pues, una vez bien establecido el antagonismo entre el sistema de relaciones de producción precapitalista, feudal, y el sistema burgués, las mismas características definen todo el período histórico que se desarrolla hasta el claro antagonismo sucesivo entre las relaciones de producción burguesa y la sociedad socialista: no existen subespecies del tipo social burgués o capitalista.

23.- Para entender correctamente tal enunciado no hay que olvidar que si la revolución burguesa tiende ya a ser contemporánea en el mundo entero, y si la revolución proletaria tiende a serlo de manera mucho más marcada, existen sin embargo situaciones muy diferentes entre las diferentes partes del mundo habitado.

24.- Obviamente, en el examen de estas situaciones es necesario tener presente:

1) la coexistencia en el mismo país de diferentes tipos fundamentales de técnicas productivas (servidumbre de la gleba, pequeña agricultura libre, artesanado libre, industria y servicios colectivos);

2) la coexistencia de diferentes clases sociales (que siempre son más que las dos clases protagonistas del paso histórico en curso);

3) la relación política de fuerzas con respecto a la clase que está más armada, que es más autónoma y que sojuzga a las otras.

25.- Cuando se examina el curso histórico de la época capitalista en ciertos países, grupos de países o continentes, se reconoce indudablemente la sucesión más o menos complicada no solo de diferentes relaciones de fuerza (antes aún, de la extensión y contracción de los sectores de los diversos tipos productivos), sino también una serie de avances y repliegues tanto sociales como políticos de la misma clase en la lucha por imponer su propio tipo de relaciones de producción.

26.- En los sucesivos tiempos históricos del dominio de la burguesía, como por ejemplo en Francia, en Inglaterra, en Europa, etc., existen pues una serie de diferencias en cuanto a la difusión del industrialismo, en cuanto a la resistencia y liquidación de la vieja clase feudal, en cuanto a la formación de los grandes Estados territoriales, en cuanto a la resistencia a la aparición amenazadora del proletariado revolucionario.

27.- Por consiguiente, es un problema fundamental para la teoría, la organización y la estrategia del partido revolucionario proletario comprender perfectamente todos estos aspectos, todas estas circunstancias y las innumerables combinaciones en los diferentes lugares y tiempos sucesivos.

28.- Sin embargo, coherentemente con su visión de la historia y del determinismo de las acciones colectivas, el partido proletario plantea en los mismos términos, durante todo el ciclo, la definición de las características de la sociedad capitalista, su condena y su superación.

29.- Entre las distinciones sociales y políticas de las fases sucesivas, es importante tener en cuenta también el arsenal ideológico de la clase burguesa, del que se sirve desde el inicio de su lucha revolucionaria y cuyo empleo refleja los sucesivos cambios que derivan del hecho de que la burguesía deviene clase autónoma, dominante y a su vez contrarrevolucionaria.

30.- La definición de las características del capitalismo es completa y definitiva desde los tiempos del *Manifiesto de los Comunistas* y desde los escritos que ya contienen exactamente la doctrina económica desarrollada en *El Capital*. Sin descuidar la apreciación de toda diferencia contemporánea y futura del desarrollo histórico, el análisis económico marxista examina las leyes de la producción capitalista tal como surgen de las hipótesis mismas

del adversario burgués: plena igualdad de todo ciudadano en el campo del derecho; plena e igual facultad para todos de acceder al intercambio en el mercado. Con dicho análisis, Marx demuestra de una vez para siempre e irrevocablemente que la entrada en vigencia de dicho sistema de ningún modo significa la apertura de una fase de equilibrio en la cual la humanidad podría instalarse confortablemente, sino que constituye el ascenso al poder de una clase dominante bien determinada contra la cual se suscitarán choques y crisis revolucionarias. El tipo de producción capitalista no ha presentado jamás ni jamás podrá presentar características imprevistas diferentes de las de la definición marxista inicial. Si tal hecho pudiese ser experimentalmente constatado, el marxismo en cuanto ciencia de la historia debería ser rechazado integralmente (2).

31.- Algunas economías precapitalistas han presentado concentraciones de masas de fuerzas productivas: hombres, equipos, herramientas, aprovisionamiento de víveres, grandes extensiones de tierra. En general, estas masas de fuerzas productivas eran propiedad privada y estaban limitadas a los hombres (esclavos) y a la tierra (Roma antigua), pero jamás concernían a la masa de las herramientas, incluso primitivas. Más a menudo, masas de fuerzas productivas dependían de los poderes estatales o militares: señores, jefes militares, reyes, repúblicas, a veces teocracias.

32.- El tipo de producción directamente precapitalista es el feudal. Luego de haber recordado que ningún tipo está presente solo en un cierto tiempo o espacio, definimos al tipo feudal como el de la división parcelaria de todas las fuerzas productivas y de la ausencia de su concentración en masa. En la agricultura, aparte de las tierras vírgenes, de las reservas de caza y otras similares, se encuentra la pequeña hacienda confiada a la familia ser vil. Cada siervo dispone de los productos del pequeño lote, pero debe una parte de éstos o una parte de su tiempo al señor feudal, a quien está subordinado por una verdadera división del trabajo: el siervo no puede alejarse; el señor, a su vez, defiende el territorio y las personas contra los enemigos rapaces. Es una dependencia personal. Existen también los campesinos parcelarios que disponen libremente de todo el producto y los artesanos dueños de su taller. El trabajador parcelario, que es la fuerza productiva humana básica, controla las parcelas de las otras fuerzas productivas: tierras, materias primas, utensilios, y controla del mismo modo su porción de productos que consume o intercambia integralmente.

33.- Hasta aquí, aunque el dinero ya puede constituir capital, bajo las dos formas comercial y usurario, se puede afirmar desde el punto de vista marxista que el dinero no es una de las fuerzas productivas, sino sólo un intermediario del intercambio. En el tipo feudal puro está prohibido comprar y vender tierras o masas de instrumentos de trabajo, así como está prohibido emplear asalariados.

34.- Recordamos estas cosas muy conocidas para poder definir las características del capitalismo: con dinero se puede comprar tierra en forma ilimitada; los particulares pueden comprar con dinero masas de instrumentos y de maquinarias a medida que se inventan y, de la misma manera, masas de materias primas o productos

(2) Véase el texto *La "invariancia" histórica del marxismo* en el nº 33 de esta revista.

semielaborados. Finalmente, masas de fuerza de trabajo o de tiempo de trabajo pueden ser compradas con dinero. Para que esto sea posible es necesario que los trabajadores sean libres y, por tanto, que los señores feudales sean desposeídos de sus privilegios; que los pequeños campesinos sean desposeídos de tierras y de equi-
pos; que los artesanos lo sean del taller, de los instrumentos de trabajo y de las materias primas. En estas condiciones, el dinero se convierte en una fuerza productiva porque puede asumir la forma no sólo de capital comercial o bancario, sino la de capital inmobiliario o industrial, según se lo invierta en tierras, inmuebles, herramientas, maquinarias, etc.

35.- En el tipo feudal la posesión de las fuerzas productivas es sólo parcelaria, siendo el privilegio feudal un derecho personal y no un derecho real sobre el hombre físico (como en el caso de la esclavitud) o sobre las cosas y la tierra (como en el derecho romano). Era pues perfectamente aceptable la definición del capitalismo como un sistema de la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra; más exactamente, el capitalismo es el sistema de la propiedad ilimitada en oposición a la propiedad parcelaria.

36.- Sin embargo, el hecho histórico esencial consiste en la contienda por la masa de productos. Una vez expropiados los trabajadores parcelarios de sus tierras, los productos, concentrados desde entonces en masas de mercancías, están a disposición de la clase burguesa que detenta el monopolio de la tierra y del capital (apropiación tanto de los medios de producción como de los productos por parte de la burguesía).

37.- La teoría de la economía burguesa sostiene que, una vez destruidas las barreras de los órdenes por nacimiento o por investidura, y pudiendo todos aspirar al principio a ser propietarios de tierras o de capital, se ha alcanzado un equilibrio pleno en la distribución potencial de la riqueza entre todos los que colaboran en la producción. Los fisiócratas, que defendían el feudalismo (aunque en su forma moderna), sostenían que la tierra era la fuente de la riqueza. Los mercantilistas sostenían que la fuente de esta última era el intercambio de mercancías. Los economistas de la burguesía sostuvieron que el trabajo era la fuente de la riqueza, que las mercancías no incrementan ni disminuyen de valor en el intercambio, mientras que en la producción, industrial o agrícola, toda intervención del trabajo que transforma las mercancías les añade valor; además, ellos pretendían que un intercambio perfecto entre valores equivalentes y entre contratantes libres e iguales tiene lugar cuando el asalariado recibe dinero por su trabajo.

38.- La refutación de dicha teoría se encuentra en la teoría marxista del plusvalor. Esta demuestra que al cambiar su producto en el mercado, el trabajador parcelario extraía de él todo el valor que le había agregado con su trabajo, mientras que, por el contrario, en el régimen capitalista el asalariado extrae de su trabajo sólo una parte del valor que su trabajo ha agregado al producto. También demuestra que ese fenómeno es inevitable a escala social desde que el trabajador parcelario ha sido privado violentamente de sus herramientas y, en esencia, de su derecho a disponer de una parte de sus productos. A esta expropiación inicial se le añade una serie indefinida y siempre violenta de expropiaciones a partir del momento en que el derecho prohíbe al asalariado apoderarse de una parte de sus productos, por más pequeña que sea.

... fin en el próximo número

Nota de lectura :

Pierre Franck manipula la historia

Los militantes "que hoy luchan por la victoria mundial del socialismo" y que imaginan poder encontrar en los dos volúmenes de la *Historia de la Internacional Comunista* de Pierre Franck (1) la trayectoria de la tercera organización mundial del proletariado, y, en particular, "los acontecimientos por los cuales fue creada, los análisis que preparó, las teorías y las políticas que elaboró, las intervenciones que hizo, los problemas que encontró y las crisis por las que atravesó" (p.8), esos militantes, se hacen ilusiones: de todo esto, los dos volúmenes no ofrecen más que un resumen pálido e incompleto, fragmentario y árido como un acta notarial.

Pueden manifestarse, como fue el caso de nuestra corriente, las más graves reservas sobre las formulaciones que el Ejecutivo de Moscú dio, sucesivamente, de directivas tácticas tales como el Frente Único o el Gobierno Obrero - formulaciones siempre mal definidas, a menudo contradictorias, o, en todo caso, heterogéneas y que justificaban, a veces, las interpretaciones más discordantes y los peores compromisos que en los hechos no se hicieron esperar. Pero el desacuerdo en este dominio implica (2) la reivindicación total y sin reservas de la herencia histórica de la III Internacional. Esta herencia habría seguido siendo impercedera aun si la historia hubiese decretado la muerte de la dictadura proletaria en Rusia y, con ella, la del Komintern, desde fines de 1920. Así pues, las tesis de los dos prime-

ros congresos sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado, sobre el papel del partido en la revolución y en la dictadura, sobre las tareas del nuevo organismo, etc. (tesis que Franck ya más cita por extenso), han sobrevivido magníficamente al triunfo catastrófico del stalinismo. Pero él no gusta detenerse sobre ese gigantesco patrimonio de principios, res tablecidos y precisados en toda coherencia con el marxismo; ni siquiera se preocupa en recordar al lector sus líneas fundamentales.

A la inversa, puede ocurrir que las directivas tácticas mencionadas más arriba sean consideradas de una importancia primordial y que se rechacen las objeciones que les han sido opuestas, sobre todo por nuestra corriente. Pero entonces, se tiene el deber de explicar su verdadero sentido y de exponer objetivamente y en detalle las objeciones. Ahora bien, lo que Pierre Franck sabe decirnos es, precisamente, cómo no debían ser comprendidas las directivas de la Internacional Comunista, pero nunca cómo las comprendían Radek y Zinoviev, Trotsky y Bujarin, por no decir Lenin, mientras pudo hacer oír su voz. En cuanto a las objeciones, más adelante veremos que sería inútil buscarlas en estas páginas; para explicarlas, el autor debería

(2) De hecho, en 1922-25, el debate se centraba justamente sobre la mejor manera de concebir la actividad del partido y la organización en la más estricta conformidad con los principios, sabiendo bien que en el caso contrario todo se desmoronaría: "sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria".

(1) Ediciones La Brèche, París, 1979, 2 vol.

tratar de experimentar la enorme dificultad -clara entonces para todos los delegados- de aplicar la teoría a la acción, los principios a la táctica, en vez de desplegar la suficiencia profesoral de aquel que pretende poseer Dios sabe qué talismán cuyos efectos estarían *garantizados* y sus virtudes comprobadas, pero se niega obstinadamente en mostrarlo.

Pueden reconocerse los errores cometidos de 1919 a 1923 (¡hoy es facilísimo hacerlo!) por tal partido o por tal dirección de partido en esos años tan ricos en potencialidades revolucionarias y que, no obstante, resultaron infelices. Pero este reconocimiento es estéril, peor aún, sólo alimenta la caza rencorosa y mezquina de las "faltas" y las "responsabilidades" de los individuos y grupos, si no se tienen en cuenta tanto los aspectos sombríos de la época como los luminosos formando parte de una tragedia o de una epopeya *colectiva*. Para extraer lecciones útiles, hay que remontarse a las causas profundas de los fracasos parciales y de las derrotas ardientes. Ellas echan raíces tanto en el proceso de formación de los diferentes partidos comunistas en situaciones en que los factores locales e internacionales se enmarañan, como en el juego difícilmente descriptible de las influencias ejercidas por la "periferia" sobre el centro de la I.C. que precedían a las del centro sobre la periferia. Este juego sólo puede ser explicado a la luz de causas que sería mezquino y, sobre todo, antimaterialista reducir a factores *personales*. Ahora bien, tal es, precisamente el camino que Pierre Franck no toma.

Finalmente, frente a la crisis crucial del PC ruso entre 1924 y 1927, es imposible detenerse en la superestructura, en los fenómenos superficiales de los que se alimenta la historiografía burguesa (y los periodistas), renunciando aunque más no fuera a intentar vincularlos a los hechos determinantes de la estructura. Las excusas burocráticas en el partido y en el Estado, que son innegables, no explican nada; más bien, ellas tienen necesidad a su vez de ser explicadas. Trotsky lo sabía bien,

cuando escribió *Nuevo curso*; los trotskistas jamás lo han comprendido. En cuanto a Pierre Franck, ni siquiera trata de dar la más mínima explicación.

¿Esto es todo?, se preguntará el joven militante después de haber recorrido las callejuelas de lo que aquí aparece menos como un cementerio (después de todo, el muro de los Federados es el símbolo de una derrota, pero afrontada a cara descubierta por gigantes anónimos, no por pígmicos diplomados) que como un campo de batalla vacío. Un campo en el que la historia parece haber esperado en vano los batallones armados y organizados de la clase obrera mundial; un campo en el que no queda ningún rastro de ese combate, ni siquiera las lecciones de su derrota que debían armar a las generaciones futuras.

Es cierto que al término de su largo y oscuro peregrinaje, el lector se encuentra ante un "balance" (3) en el que, sobre todo en lo que concierne a la teoría y el programa, Pierre Franck pretende condensar el inmenso esfuerzo de la Internacional Comunista. Pero, cabe preguntarse, ¿es suficiente reivindicar un vago internacionalismo proletario, como lo hace el autor, aun cuando sea evidentemente necesario hacerlo ante la lepra oportunista que la victoria del stalinismo, agregándose a la persistente influencia socialdemócrata sobre las grandes masas trabajadoras, inculcó en el movimiento obrero y comunista mundial? El polícentrismo, el eurocomunismo, las mil variantes sobre el mismo tema, no son más que una cara del proceso histórico a través del cual el principio de la revolución violenta, de la dictadura y del terror rojos ha sido abatido en provecho del principio antimarxista (o, si se prefiere, antileninista) de la vía democrática, pluralista al socialismo. La reivindicación del internacionalismo proletario es inseparable de la del partido mundial único de la revolución comunista, de su papel centralizador y unificador. No se trata de echar a la

(3) *Esquisses d'un bilan*, pp. 867-912.

democracia -y a sus necesarios correlarios pluralistas- por la puerta de las instituciones parlamentarias burguesas, para hacerla entrar a escondidas por la ventana de las instituciones dictatoriales del proletariado: el partido mundial único no tolera la pluralidad nacional de partidos.

Precisamente, es ese juego de manos el que hacen en general los trotskistas. Para Pierre Franck, lo mejor que la Internacional nos ha dejado es un conjunto de consignas de transición consideradas como adquiridas a pesar de las apasionadas discusiones suscitadas en 1922-25 a causa de su indeterminación. El realiza el milagro de elevar al rango de principios lo que entonces estaba considerado como orientaciones tácticas, y el de hacer pasar como opiniones discutibles, que hoy tendrían necesidad de profundas rectificaciones a la luz de la experiencia histórica, lo que entonces eran y debían ser principios indiscutibles, comenzando por el de la dictadura del proletariado dirigida solamente por el partido comunista. ¿Acaso este principio -señalará quizá algún ingenuo- está codificado en las tesis sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria, en las Tesis sobre las tareas fundamentales de la Internacional Comunista y en todos los documentos del II Congreso? En absoluto, responde Pierre Franck: son los congresos ulteriores los que han sido responsables de una tal aberración. No son más que "razones coyunturales (guerra civil, guerra extranjera)" las que impusieron en Rusia la adopción de "medidas que limitaban las libertades democráticas"; en principio, "la noción de un partido único habría sido extraña y ajena" (p. 879) a Lenin y, antes que a él, a Marx. Aparentemente, fue por error, o por una especie de capitulación frente a las circunstancias, que el primero escribió *El renegado Kautsky* y *Trotsky Terrorismo y comunismo*. Si, por consiguiente, el V congreso se equivocó, según Franck, identificando el gobierno obrero a la dictadura del proletariado (el que, como se dijo entonces, debía ser considerado como un "sinónimo" de la segunda), el IV (4) también se equivocó dejando suponer -error aún

más grave- "que esa consigna se diferenciaba de la dictadura del proletariado en el hecho de que sólo un gobierno estrictamente comunista podía constituir la dictadura del proletariado" (p. 882).

Recordemos que en el IV congreso nuestra corriente se opuso a las formulaciones de la consigna de "gobierno obrero", que en lugar de presentarla como un arma de "movilización revolucionaria de la clase trabajadora para derribar la dominación burguesa" en el marco de una "situación política transitoria y de una relación momentánea de las fuerzas sociales", sugerían la posibilidad de que "el problema esencial de las relaciones sociales entre la clase proletaria y el Estado (...) se resolviese de otro modo que por medio de la lucha armada por la conquista del poder y por el ejercicio de éste bajo la forma de la dictadura del proletariado" (5). En el V Congreso se reconoció oficialmente que, desgraciadamente, las tesis tácticas del otoño de 1922 habían sido interpretadas a menudo de esta manera con consecuencias prácticas que, sobre todo en Alemania en octubre-noviembre de 1923, habían sido decididamente catastróficas. Pero aquí y en 1979 -después de los desastres que se han sucedido en ese intervalo y precisamente en el terreno de la recaída en ilusiones legalistas, parlamentarias y reformistas-, Pierre Franck da como evidente la perspectiva de un régimen intermedio entre dictadura de la burguesía y dictadura del proletariado. Y si seguimos leyendo, resulta que el "gobierno obrero" y la dictadura del proletariado tienen en común el que nacen (¡por principio!) pluralistas y están firmemente decididos a seguir siéndolo a despecho de todos los principios marxistas,

(4) Siempre... bien informado, Pierre Franck habla de "III y IV congresos", por más que sea de notoriedad pública que en las tesis del III congreso no se dice ni una sola palabra del "gobierno obrero" ni incluso del frente único, al menos en su acepción clásica de diciembre de 1921.

(5) Discurso de Bordiga, p. 115 del *Protokoll des IV Kongresses der K.I.*, Hamburgo, 1923.

y que sólo se distinguen desde un punto de vista puramente *formal y accesorio*, como el primer y el último estadio de un proceso en el que el papel decisivo del partido dirigente -el partido comunista, el único que interpreta los intereses y los objetivos históricos de la clase- se desvanece y es absorbido en el magma indistinto de la "democracia obrera" y de la coalición de varios partidos.

Leed este pasaje, obra maestra de *seguidismo* frente a los mitos democráticos y los prejuicios pluralistas hoy corrientes, y admirad su lenguaje nebuloso, fiel espejo de la indeterminación de las ideas: la interpretación dada por el IV congreso a la consigna del gobierno obrero "implica, según nosotros, un paso peligroso en dirección del 'partido único'. El gobierno de los trabajadores puede ser el producto de una lucha generalizada de las masas que acomete contra la estructura del régimen capitalista (decir que "puede ser" significa que también puede no serlo, sino resultar... de una combinación parlamentaria) y constituye una consigna de transición cuyo éxito es aun incierto. Si triunfa, desemboca en la dictadura del proletariado (¿cómo?... ¡misterio!; pero los caminos de la providencia son infinitos), es decir, en un régimen que descansa sobre comités elegidos (poco importa que se alineen sobre el frente de Noske o sobre el de Liebknecht...; la historia decidirá con tal que hayan sido elegidos!), pero que no es necesariamente un régimen que descansa sobre (esto se llama hablar claro: siempre "descansar sobre", pero jamás "ser ejercido por") un solo partido; puede estar formado por una coalición de partidos en la que todos acepten la dictadura" (ibid.).

De este pasaje lapidario se deduce: 1) que cualquiera haya sido el pensamiento de Lenin y la III Internacional, el Partido Comunista sólo es uno de los numerosos partidos cuyos programas comprenden la dictadura del proletariado; 2) que basta simplemente con que la "reconozcan" (¡incluso León Blum en Tours no vacilaba en hacerlo, ¡es el mismo Pierre Franck quien lo recuerda!) para justificar el nacimiento de una dictadura de coa-

lición; 3) que no es cierto que, como lo decían las tesis del II congreso, "sólo si el proletariado está encabezado por un partido organizado y probado, que persigue objetivos claramente definidos y que posee un programa de acción preciso para el próximo porvenir, tanto en el campo de la política interior como en el campo de la política exterior, sólo entonces la conquista del poder político no será un hecho fortuito y temporáneo, sino el punto de partida de un trabajo duradero para la edificación comunista, llevada a cabo por el proletariado" (6); en cambio, el mismo objetivo puede ser alcanzado por un cartel de grupos y de organizaciones -anarquistas, "autónomos", obreristas, centristas, etc.- ligados por el programa más nebuloso e indefinido, por la vaga noción de la dictadura. Por último, no es cierto que "las nociones de partido y de clase deban ser distinguidas con el mayor cuidado", al contrario, deben ser confundidas; en efecto, solamente con esta condición los "comités elegidos" de Franck, las "informes organizaciones obreras" de las Tesis de 1920, ¡podrán celebrar su triunfo!

El "gobierno obrero" concebido de esta manera es el resultado necesario de la directiva de frente único que los trotskistas conciben como una alianza, aunque sólo sea temporal y por objetivos contingentes, con tal o cual variante del oportunismo obrero. Aquí, Pierre Franck tiene un momento de perplejidad: ¿cómo hacer hoy en que la existencia de dos grandes partidos oportunistas cuyos programas son prácticamente los mismos, elimina la posibilidad de "elegir" que, según él, existía aún en 1920-1924, por ejemplo, entre reformistas puros y maximalistas, entre socialdemócratas e "independientes"? Pero esta perplejidad es desechada enseguida con la observación de que hoy un dato de esta naturaleza plantea, cuanto más, "problemas de adaptación del frente único a las

(6) "Tesis sobre el papel del partido en la revolución proletaria", en nuestro opúsculo *Partido y clase*, p.34.

condiciones presentes del movimiento obrero país por país" (p.883). En otros términos, puesto que el reformismo socialdemócrata y el reformismo staliniano no son fenómenos mundiales sino... locales y adoptan formas y contenidos diferentes según su lugar de nacimiento, ¡viva las mil vías nacionales para el frente único y para el gobierno obrero! ¡Viva el policentrismo de las... adaptaciones tácticas!

Por otra parte, ¿por qué habría que inquietarse ya que la historia es el reino de lo imprevisible, o, como en la imagen de Dante, ya que "la providencia tiene tan grandes brazos"? En la visión trotskista del ciclo de desarrollo de las revoluciones nacionales y coloniales, a Mao, Liu y Chou les ha sucedido imaginarse que estaban creando "una nueva democracia" por un "período relativamente largo" con el riesgo de descubrir (¡) recién ocho años más tarde, aunque con una cierta confusión en sus ideas (¡es generoso el amigo Franck!) que no habían hecho una revolución burguesa de nuevo tipo sino una revolución permanente, ininterrumpida" (pp.549-550). Pero si es así, ¿por qué no podría sucederle lo mismo a un reformista "de nuevo tipo", a un anarquista, a un obrerista, a un "autónomo", etc., es decir, el hacer lo contrario de lo que está inscrito en su programa: e instaurar la más firme de las dictaduras revolucionarias, aunque "de coalición", para ir de este modo hacia la sociedad socialista?, a riesgo de descubrirlo luego para gran sorpresa suya, naturalmente. No te equivocabas, viejo Hegel, al hablar de "astucia de la Razón": espéremos con confianza la instauración por los antidictatoriales de un régimen dictatorial, de un terror regio decretado a pesar suyo por aquellos que niegan por principio el terror, y del comunismo por los anticomunistas declarados.

o o o

Hemos hecho alusión a la desenvoltura con la cual Pierre Franck manipula los hechos históricos, sobre todo, cuando se trata de ilustrar las posiciones de gru-

pos y de corrientes que él ve con malos ojos. Sería demasiado largo el hacer la lista de los "disparates" históricos que siembran sus dos volúmenes. Remítámonos -no por patriotismo de partido, sino por comodidad- a aquellos que nos conciernen directamente.

Nuestro abstencionismo. Para ponernos en... buena compañía, Pierre Franck sostiene que las tesis presentadas por Bordiga, de parte de la fracción comunista abstencionista del PSI, en el II congreso de la I.C., obtuvieron "el apoyo de ciertos delegados británicos así como del anarcosindicalista alemán Soucky" (p.93). Por el contrario, se sabe que Bordiga pidió explícitamente que sus tesis fueran votadas solamente "por los camaradas de orientación abstencionista que las aceptan en bloque y en su espíritu, porque ellos comparten las afirmaciones marxistas que forman su esencia" y que no tienen "nada en común con los argumentos antiparlamentarios de los anarquistas y de los sindicalistas" (7). Dichas tesis fueron votadas sólo por tres delegados de los que ninguno era anarcosindicalista, consejista u obrerista: el delegado belga, el suizo y el danés.

Orígenes de nuestra corriente. Reconstruyendo a su manera la historia de la tendencia de izquierda en Italia, Franck escribe (p.136): "una tendencia revolucionaria de izquierda se había formado, tardíamente, en mayo de 1920, alrededor de Amadeo Bordiga", eludiendo así, con el mayor desparpajo, el hecho bien conocido de que la fracción comunista abstencionista existía, con su propio órgano, *Il Soviet*, desde fines de 1918, que se había batido en el Congreso de Bolonia del PSI en el otoño de 1919 y que sus orígenes remontan a 1912, pero, sobre todo, escamoteando su actitud durante la primera guerra mundial, totalmente paralela a la de

(7) P. 707 del Protokoll alemán del II Congreso. El mismo Bujarin, relator oficial, había reconocido, por otra parte, que nuestras tesis se basaban en argumentos innegablemente marxistas: eran discutibles pero no heterodoxas!

Lenin, y a la de los Bolcheviques de la Izquierda de Zimmerwald (8).

El congreso de Liorna. Según Franck, si en las escisiones de Halle y Tours "cabía preguntarse si la ruptura no había sido hecha demasiado a derecha, en cambio, era claro que en Liorna ésta se había producido demasiado a izquierda" (p.140). Lo sentimos mucho, pero esto sólo estaba "claro" para... Paul Levi, de quien el mismo Pierre Franck debe reconocer "el quietismo" y las "tendencias de derecha en el plano político" (p.141). Es sólo más tarde que Moscú comenzó -desgraciadamente- a lamentar Liorna y su "ruptura demasiado a izquierda"!

Tercer congreso de la I.C. y "teoría de la ofensiva". Que Terracini -militante de origen bien diferente al nuestro, aun si entonces se había acercado a nuestra corriente- haya defendido en el III Congreso posiciones "infantiles" completamente ajenas a las de la dirección del PC de Italia (basta con citar no solo los documentos y manifiestos oficiales de 1921, sino un texto como *Partido y acción de clase*, que data de mayo de 1921, mientras que el congreso se reunió en junio-julio), es algo que nosotros mismos hemos declarado: "nuestros delegados al III congreso mundial y al Ejecutivo ampliado de febrero de 1922 (...) cometieron, en el primer caso sobre todo, errores 'izquierdistas'", puede leerse en nuestras tesis de Lyon (9); y en *El peligro oportunista y la Internacional*, artículo firmado por A. Bordiga y aparecido en *Stato Operario* de julio de 1925, se afirma: "En la actitud de nuestra delegación al III Congreso hubo, en parte, ciertas notas falsas debido a la gran facilidad de improvisación de uno de los actuales centristas (Terracini) que haría bien en asumir finalmente la responsabilidad. En las Tesis de Roma no hay ni rasgos de la teoría de la ofensiva

(8) Ver nuestra *Storia della Sinistra Comunista* (Historia de la Izquierda Comunista), primer volumen.

(9) Ver "Tesis de Lyon", en *El Programa Comunista* nº 34-35 (abril-septiembre de 1980).

que fue el centro de la lucha en el III Congreso y que fue criticada duramente por Lenin". Pero sostener que las enmiendas propuestas por las delegaciones de diferentes partidos, entre los cuales la delegación italiana, y defendidas por Terracini en la tribuna del congreso "presentaban una defensa incondicional de la acción de marzo", significa manipular la historia según sus propios y mezquinos intereses; y podemos decirlo con toda serenidad, sobre todo nosotros que no experimentamos verdaderamente ninguna ternura especial por la ex-ultraizquierda, hoy representante del "Ordine Nuovo".

Nuestra concepción del frente único. Pierre Franck ironiza sobre el hecho de que para nosotros "el frente único podía realizarse..." (los puntos suspensivos son del autor) en los sindicatos a través del canal de las fracciones sindicales nacionales de los partidos", olvidando que es precisamente de allí que parten las tesis de la I.C. dado que el nacimiento del frente único está previsto, como es natural, justamente en el terreno de las reivindicaciones inmediatas. Y se escandaliza de que "los bordiguistas hacían una distinción entre el partido y el sindicato e incluso entre el partido y su fracción sindical", como si la primera distinción no estuviese en todas las tesis de la Internacional y como si la segunda no equivaliera para nosotros -como podríamos demostrarlo a través de todas las declaraciones y medidas de la época- a una especie de división natural del trabajo en el marco del partido y solamente en ese marco.

Nuestra actitud frente al fascismo. Hablando del informe de Bordiga sobre el fascismo al V Congreso, Pierre Franck escribe: "Bordiga era víctima de su doctrinarismo con respecto a la democracia burguesa, de su desprecio hacia las formas de ésta (entre paréntesis, desde cuándo los comunistas no deberían despreciar las formas de la democracia, y cómo es que el hecho de despreciarlas sería un síntoma de doctrinarismo?). Entre la democracia burguesa y el fascismo, él no veía ninguna diferencia, comprendidas las represiones ejercidas por una y otro" (p.233). El lector no tiene más que buscar dicho

informe en las páginas 715-751 del *Protokoll* alemán (10) para convenirse de la mentira descarada de estas palabras. Indudablemente, ¡a más hemos sostenido que la democracia y el fascismo eran inconciliables por el hecho de representar dos métodos diferentes de dominación burguesa; jamás, tampoco, hemos dejado de resaltar sus necesarios puntos de convergencia contra las ilusiones frecuentes de poder llamar a la primera para defenderse del segundo. Pero, no obstante, jamás hemos pretendido que la democracia y el fascismo eran la misma cosa, que actuaban frente al proletariado con los mismos métodos y que el proletariado debía combatirlos con las mismas armas. Como puede leerse, en cambio, en el informe de Bordiga al IV Congreso de la I.C., nosotros éramos bien conscientes de que la victoria del terror negro había significado "una derrota del movimiento revolucionario", y, no solamente en nuestras declaraciones sino en los hechos, hemos indicado a los proletarios, contra los cuales se desencadenaba este terror, la vía de la única respuesta eficaz, la única conforme, por otra parte, a la visión general comunista de las perspectivas y de las tareas del proletariado en su guerra contra el capital: aceptar "la lucha en el terreno en

el que la burguesía se ha colocado y al cual la ha empujado irresistiblemente la crisis mortal que la atormenta", es decir, respondiendo "a la preparación con la preparación, a la organización con la organización, a la disciplina con la disciplina, a la fuerza con la fuerza y a las armas con las armas" (11).

Se podría continuar devanando la lista de las falsificaciones de Franck, pero tenemos mejores cosas que hacer. Creemos haber citado lo suficiente como para demostrar los métodos de la historiografía trotskista: escamotear los principios comunistas restaurados por la Internacional Comunista y elevar a principios sus más dudosos expedientes tácticos; desfigurar por medio de la calumnia y la falsificación de puro estilo staliniano a aquellos que han combatido los errores tácticos en nombre de los principios revolucionarios. Semejante "monumento" es digno de figurar en las bibliotecas al lado de la historia del PC ruso ponderada en Moscú: como ésta, éste apunta a impedir que los jóvenes militantes encuentren las indicaciones y las lecciones del pasado.

(11) "Llamamiento contra la reacción fascista", 6 de marzo de 1921, publicado en *Manifesti ed altri documenti politici*, Roma, Libreria edito- ra del PC de Italia 1922, Reprint Feltrinelli, pp.34-35.

(10) Ver *Communisme et fascisme*, Ed. Programme, pp.81-102.

o o

LAS TESIS CARACTERISTICAS DEL PARTIDO

seguidas de

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

75 Ptas - 4 FF - 3 PS